

Mitos y Leyendas

TOLTECAS Y AZTECAS



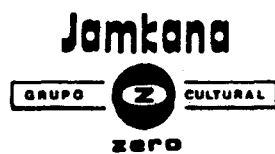
Selección y prólogo de Mario A. Valotta

Jamkana



Mitos y Leyendas TOLTECAS Y AZTECAS

Selección y prólogo de Mario A. Valotta



Director de la colección: Mario A. Valotta.
Portada: Diseño de M. V. Pérez sobre un dibujo de Quetzalcóatl
del Códice Borbónico.

Colección: LAS CULTURAS. «Mitos y Leyendas», n.º 2.
Edita: G. C. ZERO. Lérida 80. 28020 Madrid. Tel. 279 71 99.
JAMKANA LIBROS. Buenos Aires.
© Prólogo: Mario A. Valotta.
© De la presente edición: JAMKANA LIBROS, septiembre 1985.
I.S.B.N.: 84-317-0571-X
Depósito Legal: M-35473-1985.
Impreso en España/Printed in Spain.
Fotocomposición: Herrata, S. A. C/Alejandro González, 7.
28028 Madrid.
Imprime: Gráficas Peñalara. Ctra. de Villaviciosa de Odón a Pinto,
Km. 15.180. Fuenlabrada (Madrid).

PRÓLOGO

Mesoamérica ha sido, a lo largo del tiempo, una de las áreas culturales de mayor importancia del continente y del mundo. Las grandes civilizaciones surgidas en la región, que realizaron valiosos aportes a la humanidad, tuvieron sus antecedentes más remotos en los pueblos nómades recolectores y cazadores que llegaron hace decenas de miles de años a este vasto territorio, evolucionando hacia formas sedentarias de vida.

Los núcleos que alcanzaron el mayor grado de desarrollo durante el período denominado preclásico, en los tres milenios anteriores a nuestra era, se establecieron en el Altiplano central de México, en la costa del Golfo y en la de Oaxaca sobre el Pacífico, así como en el que habría de ser el territorio maya, desde Yucatán hasta Centroamérica. Todas estas comunidades practicaron una forma incipiente de agricultura basada en el maíz, el frijol y el chile, entre otros productos, y elaboraron una rica variedad de alfarería con características particulares en cada caso.

Los hallazgos arqueológicos, sobre todo en la zona de Tlatilco, señalan la aparición en esta etapa de las primitivas figuras de barro cocido representando mujeres de abultados vientres y muslos, las «Venus» encontradas también en otras latitudes, que son expresión del culto a la generación simbolizado por la Gran Madre. Este es un hecho confirmatorio de la existencia de un período matricéntrico originario, que precedió al florecimiento de las altas culturas, en cuya mitología se observan múltiples elementos demostrativos de este punto de partida común a todas las civilizaciones humanas.

Paulatinamente, dichos núcleos fueron alcanzando nuevos niveles en su evolución y, gracias al desarrollo de la agricultura, se produjo un rápido incremento demográfico. A partir de la observación del cielo se elaboraron sistemas calendáricos y numéricos

muy precisos; la escritura, primitivamente pictográfica, evolucionó hacia formas ideográficas y fonéticas y, en el plano religioso, se forjó un profuso universo de creencias de gran originalidad, en relación con el grado de complejidad adquirido por la estructura social.

La olmeca fue la primera de las grandes civilizaciones mesoamericanas y puede considerarse la madre de todas las demás. Originada en las costas del Golfo de México, su ciclo se extendió a lo largo del primer milenio anterior a la era actual, marcando sus logros lo que se considera el comienzo del período clásico en la historia de la región. Posteriormente, en Oaxaca, sobre las costas del Pacífico, tuvieron su entorno las culturas zapoteca y mixteca. Por su parte, en la península de Yucatán, y extendiéndose por los actuales territorios de Guatemala y Honduras, alcanzó sus niveles más altos la civilización maya.

Tras la desaparición de la cultura olmeca, en el Altiplano central de México se inició el florecimiento de la gran civilización teotihuacana, cuya gravitación se hizo sentir desde los albores de nuestra era hasta el siglo IX, concluyendo con ella el llamado período clásico. Más adelante, en la misma región, sucedieron a la teotihuacana, aunque con profundas diferencias derivadas de su origen nómada, las culturas de habla náhuatl, siendo sus máximas representantes la tolteca y la azteca¹. Precisamente, el presente trabajo se ocupa en particular de las civilizaciones de la meseta del Anáhuac.

Teotihuacán, la ciudad «donde se hacen los dioses», según la denominación que recogen las tradiciones, estaba situada en la Altiplanicie central de México y llegó a albergar a más de 100.000 habitantes en su momento de mayor expansión, en tanto que su influencia abarcó prácticamente todo el territorio mesoamericano².

¹ León-Portilla, Miguel, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

² Orozco y Berra, Miguel, *Historia antigua y de la conquista de México*, Editorial Porrúa, México, 1960.

La grandiosa metrópoli construida en torno del centro ceremonial, formado por las enormes pirámides de la Luna y el Sol, el templo de Quetzalcóatl y los demás recintos sagrados que unía la llamada Avenida de los Muertos, fue punto de referencia obligado y motivo de inspiración de todos los pueblos que vivieron en esta vasta región.

Las investigaciones arqueológicas y la estratigrafía han permitido levantar el plano de la ciudad, y determinar las distintas fases por las que atravesó en el tiempo. Se puede observar una clara estratificación social según las características de las viviendas, que van adquiriendo mayor sencillez a medida que se alejan del centro. Además, el estudio de los restos revela que en la última etapa se produjo una contracción de la ciudad en cuanto a su superficie, no así en lo que hace a su población³, dato que evidenciaría la existencia de problemas internos y la necesidad de extremar las medidas defensivas frente a amenazas exteriores. Estos hechos debieron, necesariamente, ser acompañados por la consolidación de las estructuras de poder que, en su caso, aparecen estrechamente vinculadas al aparato religioso, llegando a configurar una verdadera teocracia.

En la pérdida de la fuerza expansiva de Teotihuacán, producida por la incapacidad del núcleo dirigente para resolver sus contradicciones, hay que buscar las causas de su extinción alrededor del siglo IX de nuestra era. Es decir, sólo su propia entropía pudo determinar la caída de esta civilización y el consecuente avance sobre sus restos de los pueblos bárbaros, los chichimecas, que hasta ese momento vivían en sus márgenes o bajo su dominio. Éste es el verdadero sentido de los hechos y no el contrario, pues las grandes transformaciones sociales se explican, en general, por los factores internos que actúan como causas eficientes, y no por sus

³ Millon, René, *Extensión y población de la ciudad de Teotihuacán en sus diferentes períodos: un cálculo provisional*, XI Mesa Redonda, Teotihuacán, México. Sociedad Mexicana de Antropología, 1966.

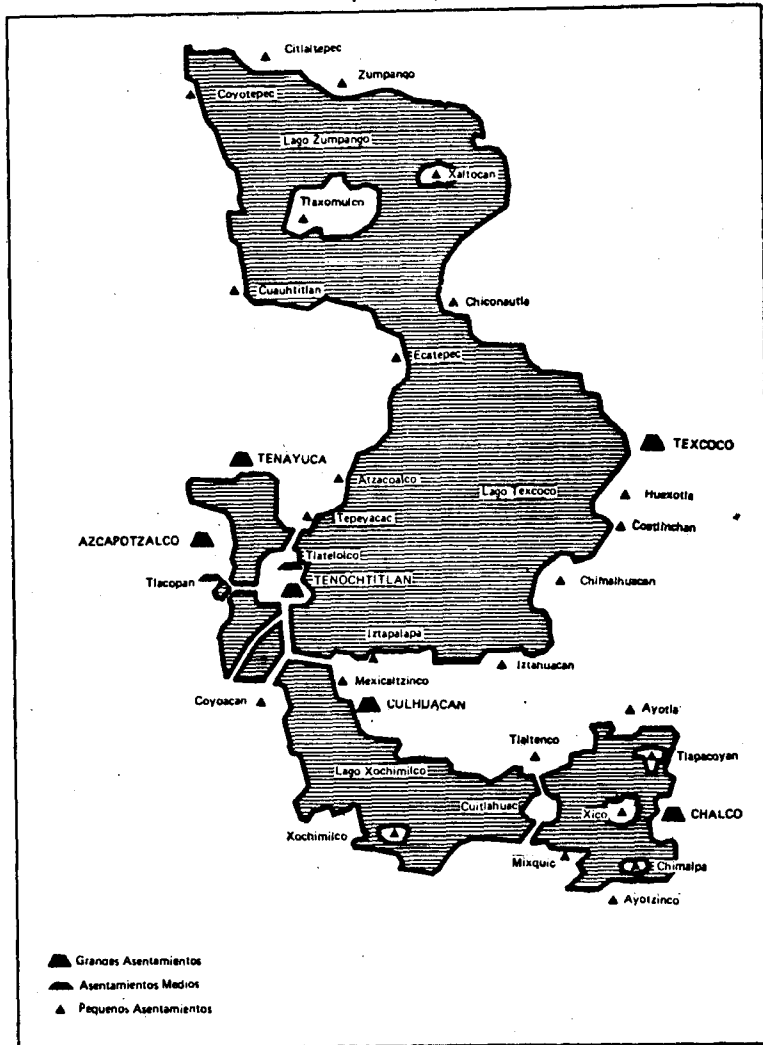
efectos que, en este caso, fueron las invasiones de los pueblos que habían sido siempre meros receptores de sus grandes logros culturales.

Como es notorio, el fin de Teotihuacán se vio seguido por una sucesión de disputas por el predominio entre los distintos pueblos de habla náhuatl, la mayoría de ellos nómades y guerreros, que se establecieron sobre sus ruinas. Entre éstos, los primeros en alcanzar una posición de supremacía fueron los toltecas que, apropiándose de los grandes aportes de la civilización teotihuacana, impulsaron una nueva etapa de florecimiento cultural, con una entidad propia, más allá de las semejanzas⁴.

La ciudad de Tula se transformó entonces en el nuevo polo del poder militar, religioso y comercial de la meseta del Anáhuac. Las figuras colosales de los guerreros atlantes, que parecen custodiar la urbe, son una expresión del belicismo en ciernes, que entraba en colisión con los valores heredados de Teotihuacán, aunque el mismo no alcanzara todavía el papel dominante que tuvo después bajo los aztecas.

El período de predominio tolteca no fue muy extenso, pues duró poco más de tres siglos. Presa de luchas internas y calamidades naturales, la ciudad de Tula se despobló y fue destruida por los bárbaros nahuas, siendo sucedida por Colhuacán y Azcapotzalco, de efímera primacía. Finalmente, México-Tenochtitlán derrotó a sus vecinos y se impuso sobre toda la región al frente de la Confederación de la Triple Alianza que formó con Texcoco y Tacuba. Su hegemonía se prolongó a lo largo de un siglo, concluyendo bruscamente bajo la acción de los conquistadores españoles apoyados por sus rivales tlaxcaltecas, después de haber llevado a su máximo nivel la mística guerrera, paralelamente a la consolidación de las pautas patriarcales.

⁴ Acosta, Jorge R., *Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca*, Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, México, 1956-1957.



Centros culturales nahuas en el lago del Altiplano mexicano.

La infraestructura económica

Para definir las características de la infraestructura económica imperante en Mesoamérica, es preciso partir de los elementos básicos constituidos por las comunidades familiares, que en México recibieron el nombre de «calpullis»⁵. Esta organización productiva indígena se apoyaba en el cultivo común de la tierra por sus miembros y era, en consecuencia, totalmente ajena a la propiedad privada de la misma. El conjunto de estos núcleos de trabajo comunitarios sostenía, mediante la tributación, al grupo dominante encargado de realizar las grandes obras necesarias para el desarrollo de las labores agrícolas. La gestión de este grupo despótico se realizaba desde los grandes centros urbanos administrativos y de culto, como lo fueron, en distintos momentos, Teotihuacán, Tula o México-Tenochtitlán. Su situación privilegiada y su papel dirigente se apoyaba en un aparato militar, que le permitía asimismo ampliar el sometimiento y la tributación a otros pueblos, y expandir el comercio hasta los rincones más lejanos.

En la última etapa, especialmente la azteca, a medida que se sucedían las disputas por el predominio y se consolidaban la aristocracia detentadora del poder político y religioso, la casta militar y las organizaciones de comerciantes, se desarrollaron formas de propiedad privada de la tierra entre estos grupos privilegiados. Este fenómeno constituye un claro proceso de disolución y transformación del modo de producción existente, aunque el mismo se limitó a un nivel determinado y, por tanto, tuvo un alcance restringido, coexistiendo con el mantenimiento de las comunidades de base.

Queda configurado así un modo de producción y una estructura política que pueden ubicarse dentro de lo que Marx describió

⁵ Monzón, Arturo, *El calpulli en la organización social de los tenochcas*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1949. Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

bajo el nombre de «modo de producción asiático»⁶ —que sería más justo denominar «tributario» para evitar connotaciones poco precisas—, aunque con particularidades propias de las formaciones sociales mesoamericanas. Por supuesto, estas características no coinciden con las de las sociedades tribales o gentilicias primarias, ni con las de las confederaciones que éstas constituían, en las cuales eran desconocidos la propiedad privada y el poder personal o de grupo, y cuya organización ha analizado con tanta precisión Morgan con respecto a los indios iroqueses⁷. Ello pese a que los «calpullis» conservaran algunos de los rasgos propios de esas sociedades. Tampoco puede hablarse de estados feudales o esclavistas, con estructuras de clase plenamente desarrolladas cuando se hace referencia a Mesoamérica, aunque existieran ya formas parciales de apropiación de la tierra y de esclavitud, subordinadas a las pautas económicas y políticas predominantes, propias del modo de producción tributario.

El papel de la mujer en la creación de cultura

El proceso de evolución sufrido por las estructuras económicas y políticas del mundo mesoamericano a lo largo de su historia, se ve reflejado en la superestructura ideológica, principalmente en el plano de la mitología, cuyo estudio en profundidad exige despojarse de prejuicios y condicionamientos culturales. Por lo tanto, para poder desentrañar su simbología es necesario superar el etnocentrismo ciego de los pueblos dominantes, que veda la comprensión de lo distinto, y el androcentrismo estrecho imperante entre los investigadores, que deforma y parcializa la visión de la realidad.

⁶ Marx, Karl, *Formaciones económicas precapitalistas*, Ayuso, Madrid, 1975.

⁷ Morgan, Lewis H., *League of the Iroquois*, The Citadel Press, Secaucus, New Jersey, 1962.

La notable complejidad del universo mitológico del antiguo México es más aparente que real, pues consiste en esencia en el desenvolvimiento dialéctico de una unidad originaria, que despliega sus contradicciones hasta transformarse en una multiplicidad de representaciones cargadas de simbolismos opuestos.

La Gran Madre, figura arquetípica de la mujer y su capacidad generadora, asociada a la de la tierra, que aparece en los orígenes desvinculada de toda intervención masculina, es esa unidad primaria presente en las creencias mesoamericanas⁸, lo mismo que en las de todas las sociedades matricéntricas. Las «Venus» primigenias de vientres y muslos prominentes, se encuentran entre las representaciones naturalistas tempranas de la Diosa, que luego adquirirán características más complejas a medida que se desarrollan las estructuras sociales.

La actividad productiva humana, incluyendo sus grandes logros culturales, tiene su punto de partida en el cultivo de la tierra, el cual está íntimamente relacionado con el trabajo de la mujer, cuya fecundidad se identifica, por otra parte, con la fertilidad del suelo. Mal que les pese a los impenitentes defensores del androcentrismo, la conformación dentaria de la especie humana demuestra que ésta ha sido a través de su evolución esencialmente herbívora y, por lo tanto, sólo secundariamente carnívora. Frente a lo que ha sido tradicionalmente sostenido por la antropología oficial, ello confirma que fue la recolección, y no la caza, la actividad principal y determinante del desarrollo de la civilización, al ser la base principal de la alimentación de los seres humanos.

Considerando que en todos los pueblos la progresión de la agricultura ha sido fruto del trabajo femenino, desde sus orígenes en la recolección, pasando por el cultivo de plantación, hasta llegar a la agricultura cerealera —momento en que sus exigencias y ventajas facilitan la apropiación de esta actividad por el hombre—, se puede comprender el papel relevante ostentado por la mujer

⁸ Garibay K., Ángel M., *Historia de la literatura náhuatl*, Editorial Porrúa, México, 1953-1954.

en la mitología, reflejo directo del que ocupaba en la sociedad⁹. La actividad del hombre en la caza, marginal y sólo complementaria de las labores agrícolas, debía también ser propiciada por la mujer, dada su profunda identificación con la naturaleza y, por ende, con todos los seres vivos.

Además, al contrario de lo que ha sido opinión generalizada, fue la mujer la descubridora del fuego, lo que no puede sorprender teniendo en cuenta su papel en la transformación de los alimentos, eminentemente socializadora¹⁰. Relacionada también con esta función, la elaboración de los recipientes de barro cocido para realizar todas las labores conexas estuvo en sus manos y, con ello, la creación artística a través de la cerámica, que ha resultado fundamental para la identificación de las distintas culturas. La utilización de las plantas con fines medicinales, derivada asimismo de su experiencia en las tareas de recolección, se encuentra en el origen de la ciencia de curar¹¹. La relación de la luna con la fisiología femenina y la procreación, condujo, además, a la observación del cielo y favoreció el conocimiento astronómico y la medición del tiempo. Finalmente, el proceso de socialización y asimilación del lenguaje por los hijos, atendidos en comunidad por las mujeres, fue el punto de partida de la convivencia humana y, en consecuencia, un elemento clave del desarrollo cultural de la sociedad.

Por todo ello, no es extraño que la mujer, tanto merced a su capacidad generadora como a su papel creador en la historia, haya adquirido un carácter mágico, convirtiéndose, a través de la figura de la Gran Madre, en la base primordial de todas las creencias religiosas, hecho aún no aceptado en toda su dimensión por la ciencia oficial al servicio de los intereses patriarcales dominantes.

⁹ Bachofen, Johann J., *Du règne de la mère au patriarcat*, Éditions de l'Aire, París, 1980.

¹⁰ Lévi-Strauss, Claude, *Mitológicas I. Lo crudo y lo cocido*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

¹¹ Reed, Evelyn, *La evolución de la mujer*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1980.

En el trasfondo del simbolismo que atraviesa todo el desarrollo de la mitología, se encuentra la profunda identificación de la mujer con la naturaleza y la fertilidad. Esta función dispensadora de vida tiene su contrapartida en la concepción de la tierra como morada de la muerte, dada su condición de «engullidora» de cadáveres, a los que transforma para volver a engendrar vida, en un ciclo que reitera una lucha de contrarios e implica movimiento, posibilitando la continuidad del mundo y la renovación de los seres humanos. De allí que la Gran Diosa Madre, que como dadora de vida también puede quitarla, se identifique, al igual que la tierra, con el proceso vital, tanto en su florecer como en su marchitarse, y adopte un carácter sublime y terrible a la vez, en su condición de figura creadora y destructora, luminosa y tenebrosa, que otorga dones e inflige castigos.

En la mitología mesoamericana esta asociación estrecha y contradictoria entre la vida y la muerte, dualidad sagrada original de la que son partícipes la mujer y la tierra, se refleja también en los múltiples símbolos que acompañan a la figura de la Diosa Madre en sus distintas representaciones. Así, se adorna a veces con mazorcas de maíz, expresión de la fertilidad y la vitalidad, y otras con calaveras y huesos, símbolo de la muerte. También suele llevar en sus articulaciones los ojos y colmillos representativos de las cavernas y las cuevas, ríos y montañas, a través de los cuales se vincula la superficie terrestre, donde moran los seres humanos y florece la vida, con el mundo subterráneo donde impera la muerte y se producen las transformaciones que reinician el ciclo vital.

Por otra parte, la luna, símbolo de la inmortalidad por su constante reaparecer, estuvo siempre íntimamente relacionada con la mujer dada su influencia en el ciclo femenino y, aunque en un principio fuera considerada el compañero masculino de la Diosa¹², terminó identificándose con ella, acompañando el desarrollo del culto solar en las sociedades patriarcales. En el mismo sentido, la

¹² Briffault, Robert, *Las Madres*, Editorial Siglo XX, Buenos Aires, 1974.

liebre o el conejo, por su fecundidad, el jaguar, por su nocturnidad, y la serpiente, por su aparente renacer al cambiar de piel, entre otros, son todos animales lunares, al presentar alguna característica que los vincula con el astro y los hace afines a la Gran Madre.

La transición de la comunidad matricéntrica al patriarcado

El desplazamiento sufrido por la mujer en la sociedad, al ser usurpado su papel en el proceso productivo con el avance del patriarcado, se refleja claramente en el mundo de las creencias mesoamericanas. En éstas ha quedado impresa la profunda alteración experimentada por los roles originarios después de haber asumido el hombre el papel dominante, condenando a la mujer a la subordinación social y confinándola a un papel mediatizado en el universo mitológico. La inseguridad del dominio masculino se evidencia en el despliegue de métodos autoritarios y la implantación de estructuras jerarquizadas, acompañados de la represión de la sexualidad, en franca oposición al carácter igualitario y libre de la etapa matricéntrica, en la que la actividad sexual era vivida naturalmente. De allí que no sea apropiado utilizar el término «matriarcado» para designar a la comunidad primaria centrada en la figura de la madre, como lo hiciera Engels, pero resulta un recurso inaceptable de los defensores abiertos o encubiertos del patriarcado, utilizar esa inexactitud, que es sólo semántica, como surge de la lectura de sus textos, para negar el valor global de una obra de tanta importancia teórica¹³.

La ruptura de la unidad original, personificada por la Gran Madre, que reunía en sí misma la representación de la naturaleza en su totalidad, del cielo y la tierra, de la luz y la oscuridad, de la vida

¹³ Engels, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Editorial Ayuso, Madrid, 1975.

y la muerte, de la materia y el espíritu, determina la aparición de una dicotomía en la simbología mitológica, por la cual el hombre se atribuye paulatinamente los valores y capacidades creadoras de la Diosa, reduciendo a ésta a la función de contrafigura, al adjudicarle los aspectos que aparecen como inferiores y negativos.

Sólo después de que se concibe la diferenciación de lo masculino en relación a lo femenino, se plantea el comienzo del mundo a partir de un acto de creación, seguido del inicio del movimiento del sol y de la aparición de la luz, que se asocian al despertar del poder patriarcal¹⁴.

Ello explica que en las tradiciones mesoamericanas, el oeste, Cihuatlampa o «lugar de las mujeres», se identifique con Tamoanchan, el «hogar primitivo», asiento de la deidad primordial, donde todo estaba contenido antes de que el mundo y la consciencia individual existieran. Allí se ubica también Aztlán, representado por el blanco, color del pasado remoto, donde se encuentra Chicómóztoc, las «siete cuevas» originales, el monte de las subsistencias, el árbol simbólico y la planta del cereal. Es, por lo tanto, el paraíso primitivo del maíz y de los seres humanos, y reúne todos los símbolos asociados a la Gran Madre después de haber sido desplazada del papel unitario y central que detentaba anteriormente en la mitología.

En adelante, el occidente, la cavidad donde desciende el sol, se convierte en el útero arquetípico de la muerte que destruye lo que ha nacido. Allí, en el crepúsculo, el sol es tragado por el monstruo de la tierra, concebido como una boca devoradora armada de colmillos, perteneciente a un reptil, cuya figura se reitera constantemente en el arte náhuatl¹⁵.

Por su parte, el este, lugar por donde asciende el sol, representado por el amarillo, se asocia con la luz, la fertilidad y el renacer

¹⁴ Neumann, Erich, *The Great Mother*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1974.

¹⁵ Krickeberg, Walter, *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975. Séjourné, Laurette, *América Latina I. Antiguas culturas precolombinas*. Siglo XXI, Madrid, 1976.

de la vida y, a partir de la quiebra de la unidad originaria, se identifica con la etapa patriarcal. La primera manifestación de esta instancia en la mitología es la aparición del héroe civilizador, hijo amante de la Gran Madre, que se apropia de su capacidad creadora y de sus logros y que, para diferenciarse de ella, debe protagonizar un proceso de iniciación, por el que debe morir para renacer a una nueva vida independiente. Más tarde, con el avance del patriarcado, será suplantado por un dios guerrero.

Consumada la división, lo femenino se identifica con la tierra, la luna, el agua, la oscuridad, el frío, el oeste y el color blanco, a la vez que con el conejo, el jaguar y la serpiente. En contrapartida, lo masculino se vincula con el cielo, el sol, el fuego, la luz, el calor, el este, el color amarillo, lo mismo que con el águila, el quetzal, el colibrí y las aves en general.

En su evolución posterior, la Diosa Madre llega a metamorfosearse en múltiples divinidades y a adoptar formas complejas, de acuerdo con sus diferentes funciones o características contradictorias, asumiendo nombres diversos según su región de origen. En el ciclo de la deidad femenina primordial, Teteoinnan es la «Madre de los dioses», a veces toma el apelativo de Tonantzin, «Nuestra madre», o adquiere la forma de Toci, «Nuestra abuela» y «Corazón de la tierra». Otras representaciones ctónicas son Tlalteu —de la cual deriva Tlaltecuhli—, con cuyo cuerpo desgarrado se crearon la bóveda celeste y la superficie terrestre en el mito «Cómo se hizo la Tierra»; Cipactónal, la primera mujer de la que nacieron los seres humanos, siguiendo el mito «La Creación del Mundo», y Coatlicue, la Diosa Madre azteca, cuyo hijo era el numen Huitzilopochtli.

Requiere una mención especial Cihuacóatl, la «Mujer serpiente», símbolo del principio femenino, deidad de gran importancia a la que se rendía culto en el Templo Mayor de México-Tenochtitlán. Daba su nombre al cargo de gobernante interno y administrador de justicia que, aún siendo una función que debía ser desempeñada por una mujer, en el período azteca fue ocupa-

da por un hombre, como consecuencia del vuelco al patriarcado.

En un plano de gran importancia se encontraba Chalchiutlicue, «Falda de jade», la principal diosa del agua contenida en mares, lagos y ríos. Su estatua se descubrió bajo la pirámide de la Luna en Teotihuacán y aparece en el mito «Los Soles y los Alimentos» presidiendo la última era de la humanidad; Mayahuel, la deidad del pulque, representada con cuatrocientos pechos con los que alimentaba a su hijos, los «Cuatrocientos conejos», dioses de la embriaguez ritual, figura en el mito «La Invención del Pulque»; Chantico, «en la casa», era la que transformaba los alimentos con el fuego del hogar y hacía madurar las mazorcas de maíz; Itzpapálotl, «Mariposa de obsidiana», siendo una diosa de la caza de las tribus bárbaras chichimecas, se asemejaba a la Diana de la mitología romana e interviene en el relato «Xiuhnel, Mimich y la caza».

En relación con la fertilidad, se destacaban Tonacáhuatl, cuyo nombre significa «Señora del grano» o «Señora de nuestra carne», diosa urobórica primordial, y Xochiquetzal, «Flor de pluma rica» o «Plumaje de rosas», joven diosa lunar, personificación de la belleza y el amor y protectora de las artes y los artesanos, lo mismo que de las cortesanías que vivían con los guerreros solteros. La identidad contradictoria de estas dos diosas, la madre primordial y la deidad joven, remite al principio de la unidad de los opuestos, de la vida y la muerte, que ejemplifica el constante morir y renacer de la naturaleza en su ciclo anual.

Otra antigua diosa de la fertilidad era Chicomecóatl, «Siete serpientes» o «Señora del maíz y de los mantenimientos», representada con siete culebras, siete mazorcas o siete cuchillos de sacrificio. Tlazoltéotl, diosa de las inmundicias porque devoraba los pecados, al estar vinculada con la voluptuosidad y la sexualidad, era asimismo una deidad de la vegetación, siendo su origen huasteco. En otras regiones de México la diosa de la fertilidad recibía el nombre de Xilonen, «Mazorca de maíz tierno», que en el ciclo vegetal se transformaba en llamatecuhtli, «Falda vieja» o «Señora de la mazorca seca».

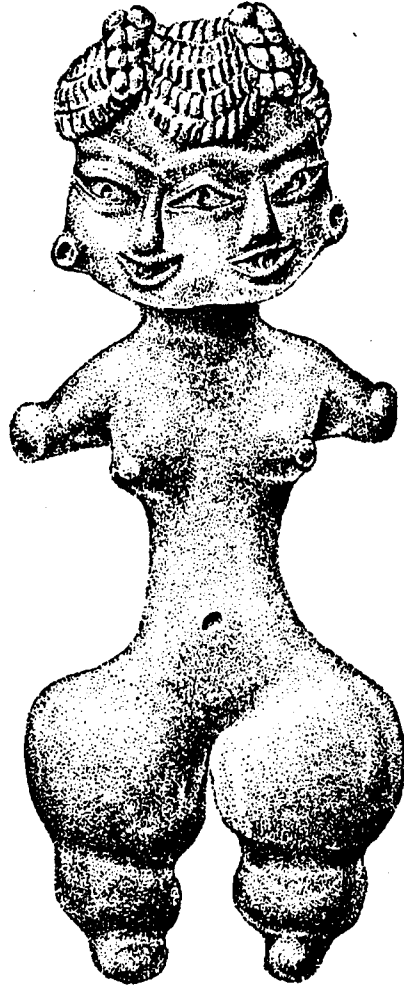


Figura de terracota representando a la Diosa Madre (México central).

La relación entre la diosa madre y la diosa hija, en la que aquélla retorna rejuvenecida, que se observa entre Tonacacihuatl y Xochiquetzal, es la misma existente entre Chicomecóatl y Tlazolteótl, o Ilamatecuhtli y Xilonen, y puede parangonarse con la de Deméter y Perséfone en la mitología griega¹⁶. Su simbología evoca el proceso que sufre el cereal que renace tierno en primavera, después de haber desaparecido bajo la tierra en el período invernal.

En el desarrollo posterior hacia el patriarcado, la joven hija será reemplazada por una deidad masculina solar, el hijo amante de la diosa madre, con la que consumará el matrimonio arquetípico, representando el cereal tierno. En el caso de la cultura náhuatl, la diosa primordial Tonacacihuatl, transformada en la joven Xochiquetzal, se unía con su hijo Xochipilli o Centéotl, pudiendo en este caso establecerse un paralelismo con el mito asirio de Astarté y Tammuz, el griego de Afrodita y Adonis, el frigio de Cibeles y Atis, y el egipcio de Isis y Osiris¹⁷.

El misterio de la transformación contenido en estos mitos se explica porque la muerte de la madre, el grano de cereal maduro, permitía el nacimiento de su hijo, el grano de cereal nuevo, lo que era patentizado en el sacrificio ritual de la diosa, cuya sangre se rociaba sobre la tierra y los alimentos para garantizar la feracidad de las cosechas.

En el mismo contexto mitológico se ubica Coyolxauhqui, deidad azteca lunar asociada con la fertilidad agrícola. En los mitos «El Nacimiento de Huitzilopochtli» y «Visión prodigiosa de México», el dios guerrero azteca, claramente solar, hace decapitar y desmembrar a su hermana Coyolxauhqui que, como astro lunar, encabeza a las estrellas en el intento de castigar a la madre tierra Coatlicue, «Falda de serpientes». Este sacrificio reproduce un rito de fertilidad, a la vez que ejemplifica el paso de la transmisión ma-

¹⁶ Neumann, Erich, *The Great Mother*, op. cit.

¹⁷ Frazer, James G., *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981.

trilineal a la patrilineal. Su significación se ve reforzada en el mito «El Corazón de Copil», en el que es sacrificado el hijo de la hermana, sobre cuyo corazón se edifica la ciudad de México-Tenochtitlán, contribuyendo así mágicamente a conformar sus cimientos.

La dualidad divina y los gemelos.

A medida que la sociedad va perdiendo su carácter matricéntrico y en lo que implica un paso más hacia las formas patriarcales abiertas de dominación, la Diosa Madre se desdobla en una figura femenina y masculina al mismo tiempo, deidad dual que expresa en el nivel religioso la evolución sufrida por la estructura social. La civilización teotihuacana es el ejemplo más notable de esta instancia intermedia entre las comunidades matricéntricas y el imperio patriarcal.

La figura de una divinidad suprema, única y dual a la vez, Ometecuhtli y Omecíhuatl, «Señor y Señora de la dualidad», llamada también Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl, «Señor y Señora de nuestra carne», encabeza ahora el universo religioso, aunque la descripción del proceso de creación concluya, de todos modos, con la intervención de una diosa ctónica, Tlalteu, a la que se divide para hacer el cielo y la tierra, otorgándosele, en compensación, el poder de dar vida a la naturaleza. Este relato está recogido en el mito «Cómo se hizo la Tierra», en el que se vuelve a recurrir a la figura de la Gran Diosa, aunque la pirámide mitológica aparezca presidida por una pareja divina, que habita en el último cielo, el más alto, según se relata en «Los Trece Cielos».

Manteniendo todo su valor el culto a la fertilidad, las deidades más representativas tienden a dividirse en dos figuras de sexo opuesto. Así, en el Tlalocan, el paraíso que tiene una importancia fundamental en las representaciones del centro ceremonial de Teotihuacán, Chalchiutlicue, la diosa de las aguas, es acompañada

por Tláloc, el dios de la lluvia, cuya imagen se multiplica en estatuas y pinturas junto a la del héroe civilizador, Quetzalcóatl. También en el mundo de la muerte, contrapartida y complemento del de la generación y la vida, la deidad rectora tiene un carácter doble, pues está formada por Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl, «Señor y Señora del inframundo», que habitan en el interior de la tierra, adonde se llega después de atravesar los nueve infiernos.

Del principio creador, la divinidad dual ya mencionada, a la que, en general, no se rendía un culto expreso entre los pueblos mesoamericanos, derivan todos los dioses y todas las cosas. Sus cuatro hijos, los Tezcatlipocas, rigen los cuatro puntos cardinales, en torno de los cuales se ordena el mundo y los seres, en tanto que la pareja primordial constituye el centro y la dirección arriba abajo, conformando un quinto punto que representa el movimiento. En el mito «La Creación del Mundo», la región del este está presidida por el Tezcatlipoca Rojo, llamado también Xipe; la del norte por el Tezcatlipoca Negro, que es Tezcatlipoca propiamente dicho; la del oeste por el Tezcatlipoca Blanco, que es Quetzalcóatl; la del sur por el Tezcatlipoca Azul, personificado en la etapa azteca por Huitzilopochtli. Esta concepción del espacio¹⁸ dividido según los cuatro puntos cardinales y un centro que corresponde a la divinidad primordial, se refleja también en el valor concedido a los números cuatro y cinco en todas las combinaciones mágicas.

Por otra parte, dos de los cuatro hijos de la pareja primaria son los realmente activos y tienen un papel decisivo en el universo religioso mexicano, hecho que los identifica con los gemelos que aparecen en tantas culturas en la transición al patriarcado. Se trata de Quetzalcóatl, la «Serpiente emplumada», y Tezcatlipoca, el «Espejo que humea», y sus características los definen como un desdoblamiento de la Gran Madre: el primero está asociado a la vida, la fertilidad, la luz, el viento y la estrella matutina, y el segundo a la muerte, la oscuridad, los poderes misteriosos y la noche.

¹⁸ Caso, Alfonso, *El pueblo del sol*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

Su intervención es decisiva en los mitos de creación «Cómo se hizo la Tierra», «Los Cuatro Soles» y «Los Soles y los Alimentos», y su antagonismo se proyecta en gran parte de la mitología del México antiguo. Quetzalcóatl es también el dios benéfico y el héroe civilizador, al que se adjudican los aportes de la Gran Madre: la enseñanza de la agricultura, las artes, las ciencias y la práctica religiosa, mientras que Tezcatlipoca es un dios malvado y guerrero, vinculado a los aspectos negativos de la Diosa: la hechicería, el engaño y la nocturnidad.

A su vez, ambos se desdoblan también en gemelos: Quetzalcóatl tiene como doble al perro, Xólotl, y Tezcatlipoca al jaguar, Tepeyólotl. Quetzalcóatl integra en sí mismo la serpiente, animal asociado con la tierra, el agua y la Gran Madre, y el quetzal, ave sagrada relacionada con el sol, el cielo y lo patriarcal, lo cual lo define como un héroe civilizador. Tezcatlipoca, a través del símbolo del espejo, que representa el autoconocimiento, es afín a la magia y al poder amenazante de la Diosa y, habiendo sido en los orígenes el compañero masculino de la misma, se vincula con la luna, aunque su carácter guerrero, que se acentúa con el tiempo, lo convierte en una figura claramente patriarcal.

Los dos dioses intervienen además en los mitos relativos a las eras o soles que habría vivido el mundo, manifestando nuevamente su carácter antagónico. Según el mito «Los Cuatro Soles», en el que se describen los grandes cambios sufridos por la humanidad y la evolución de las especies animales, con arreglo a las concepciones mesoamericanas, las cuatro primeras eras habrían concluido en catástrofes provocadas por los elementos fundamentales: agua, tierra, fuego y aire, mientras que la presente, la quinta o «Sol de movimiento», habrá de terminar con un terremoto. De acuerdo con otra versión, contenida en el mito «Los Soles y los Alimentos», las distintas edades aparecen vinculadas al desarrollo de la agricultura, base de la transformación cultural. Los dos primeros soles están regidos por los gemelos Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, respectivamente, que se desplazan entre sí, y los dos últimos por las dei-

dades de la lluvia y el agua, Tláloc y Chalchiutlicue.

En la llamada «Piedra de los soles», donde están representadas las distintas edades, orladas por una serie de símbolos relativos al movimiento de los astros, la figura central ha sido, en general, identificada con una deidad masculina: Tonatiuh, el sol. Sin embargo, su ubicación clave y sus características, como la lengua pendiente, la exhibición de los dientes apretados y el estar rodeada por serpientes, la equiparan claramente con la Diosa Madre terrestre y con las Gorgonas de otras latitudes, que eran también deidades ctónicas¹⁹. Por su posición central constituye el eje en torno del cual giran todas las edades o soles, formando el conjunto el jeroglífico «movimiento».

Quetzalcóatl, el héroe civilizador.

En «La Aparición del Sol y la Luna», los dioses se reúnen en Teotihuacán para poner fin a la oscuridad en que está sumido el mundo, lo que requiere el sacrificio de uno de ellos con el objeto de volver a traer la luz. En la competencia entre el rico y orgulloso Tecuciztécatl y el pobre y humilde Nanahuatzin, triunfa éste último, que se inmola para convertirse en el nuevo sol, el quinto, mientras que aquél se transforma en la luna, deidad femenina que es golpeada con un conejo —símbolo del hijo— para oscurecer su brillo, lo que expresa el pasaje a la etapa patriarcal. Nanahuatzin, el penitente, es también Quetzalcóatl que, con su expiación, inicia la nueva era.

Igualmente, en el mito «La Reconstitución de los Seres Humanos» se transmuta sí mismo a través de una ceremonia de iniciación, en la que se somete a la prueba de la muerte para dar vida a la nueva humanidad. Para ello desciende al reino del inframundo con el fin de rescatar los huesos de los seres de otras eras y entre-

¹⁹ Imbelloni, José, *La Segunda Esfinge Indiana*, Editorial Librería Hachette, Buenos Aires, 1956. Ibarra Grasso, Dick E., *Cosmogonía y mitología indígena americana*, Editorial Kier, Buenos Aires, 1980.

garlos a la diosa terrestre Cihuacóatl. Ésta los muele en una vasija, símbolo del útero, y Quetzalcóatl los fecunda con su sangre, consumando una unión incestuosa que da origen a los habitantes de la era que se inicia, con lo que queda reafirmada su condición de dios creador cercano a la Gran Madre.

Como héroe civilizador aparece trayendo al pueblo el grano de maíz, merced a la ayuda de la hormiga roja, símbolo ctónico femenino que recuerda el papel creador de la mujer en el desarrollo de la agricultura, la cual es la única que conoce la ubicación del Monte de los sustentos, según el mito «El Origen de las Plantas Alimenticias». También colabora con la diosa Mayahuel en la obtención de la bebida embriagante ritual en «La Invención del Pulque», actuando bajo la forma de Ehécatl, el dios del viento.

Las grandes conquistas culturales de la etapa matricéntrica son atribuidas asimismo a Quetzalcóatl que, reemplazando a la Gran Madre, se transforma en el eje de las creencias religiosas de la civilización teotihuacana. Todavía durante el período tolteca ocupará un lugar de predominio en la mitología, llegando a ser identificado además con una figura histórica, el sacerdote Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, que se verá enfrentado con las tendencias belicistas de su pueblo y deberá abandonar la ciudad de Tula.

En los mitos «Quetzalcóatl en Tula» y «El Florecimiento Tolteca», el héroe es descrito como maestro y protector de las artes, del conocimiento astronómico y de las ciencias en general, y creador de los ritos esenciales que integran el culto de la religión mesoamericana, en los que no admite los sacrificios humanos. También cultiva las virtudes de la vida civilizada, la conducta pacífica y la sobriedad en las costumbres, dando ejemplo mediante la abstinencia, el ayuno y el autosacrificio. Frente a ello, la tendencia belicista que encarna Huémac, afín a Tezcatlipoca y opuesto a Quetzalcóatl, marca el fin de la etapa creadora tolteca, según se recoge en los mitos «La Decadencia de los Toltecas» y «El Castigo de los Dioses».

En «Quetzalcóatl y el Espejo», el héroe se ve enfrentado con

Tezcatlipoca, el dios oscuro detentador de los poderes mágicos de la Diosa, quien lo obliga a contemplar su imagen en un espejo. Éste es el símbolo de la reflexión sobre sí mismo y del autoconocimiento que permite la conquista de la propia identidad, superando la etapa de unión indiferenciada del hijo con la Gran Madre, en lo que constituye un paso más en la marcha hacia el patriarcado²⁰. La imagen reflejada en el espejo y en el agua, al igual que la sombra, representa el alma en la concepción de muchos pueblos²¹. Precisamente, en la cultura náhuatl el espejo era elaborado en obsidiana, piedra preciosa que se asociaba con el alma, la creación y la divinidad, y tenía una gran importancia en las ceremonias rituales.

A su vez, el mito «Tentación y Caída de Quetzalcóatl» encierra una compleja simbología, en cuyo trasfondo se encuentra la relación incestuosa del hijo amante con la Gran Madre, que actúa también a través de Tezcatlipoca, reiterando de otro modo el contenido del mito anterior. Aquí, el héroe es tentado por su contrafigura con una bebida embriagante que lo lleva a unirse con su hermana Quetzalpetlatl —forma joven de la Diosa Madre—, abandonando su abstinencia y sus prácticas piadosas. El sentido de esta unión incestuosa se ve confirmado por algunos relatos en los que Quetzalpetlatl aparece reemplazada por Xochiquetzal²², la diosa del amor y de la sexualidad libre, que es negada bajo el patriarcado para asegurar la transmisión patrilineal. Consumada la caída, Quetzalcóatl lamenta la pérdida definitiva de su vida anterior, en la que era sustentado por su madre, «Falda de serpientes», en una clara alusión al paraíso original que deberá abandonar para dar inicio a una nueva etapa cultural.

²⁰ Ortiz-Osés, Andrés, *El inconsciente colectivo vasco*, Editorial Txertoa, San Sebastián, 1982.

²¹ Frazer, James G., *La rama dorada*, op. cit.

²² Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, Editora Nacional, México, 1951.

También en «El sacrificio de Quetzalcóatl», el gran árbol que encuentra en su camino es una evocación de la madre²³ y del Tamoanchan primigenio, en tanto que el acto de incrustar una piedra en su tronco simboliza la relación incestuosa. La caída del héroe, que determina el derrumbe del mundo feliz, lo impulsa a la expiación mediante el fuego. La consecuencia es su ascenso al cielo convertido en Tlahuizcalpantecuhtli, la «Estrella matutina», lo que posibilita el amanecer de un nuevo día y la apertura de un nuevo ciclo creador solar.

Todos estos mitos ponen de relieve, aunque en forma indirecta, el poder de la Gran Madre, cuya intervención, generalmente mágica, hace del héroe el protagonista de un verdadero proceso de transformación. El resultado final será la configuración de Quetzalcóatl en un símbolo de la luz y del creciente poder masculino, que se define como celeste y solar, hacia el desarrollo de la consciencia individual y la instauración del patriarcado. Como dios del conocimiento, la torre ascendente en espiral es uno de sus atributos²⁴.

Quetzalcóatl combina en sí mismo el carácter terrestre de la serpiente con el celeste de los pájaros, fusión de elementos contradictorios que conforma un símbolo de unidad²⁵. Al reunir la significación lunar, solar y astral, no debe considerarse una entidad conceptual, sino un arquetipo cuya figura sólo puede ser sugerida a través de símbolos. El predominio de Quetzalcóatl concluirá con la etapa tolteca, persistiendo su culto sólo en algunas ciudades, como Cholula, en tanto que en México-Tenochtitlán será reemplazado por un nuevo tipo de héroe.

²³ Graves, Robert, *La Diosa Blanca*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1970.

²⁴ Vaillant, George C., *La civilización azteca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955.

²⁵ Jung, Carl G., *Tipos psicológicos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954. Neumann Erich, *The Great Mother*, op. cit.

El dios guerrero Huitzilopochtli

En el período azteca de la cultura náhuatl, el papel protagónico fue desempeñado por el numen Huitzilopochtli, quien sustituyó a Quetzalcóatl como héroe civilizador. Si bien reunía algunos de los atributos de éste, su carácter abiertamente guerrero y la mística belicista de su culto, basado en la práctica obsesiva del sacrificio de los prisioneros capturados en las «guerras floridas», lo transformaron en modelo de una etapa más definida del patriarcado.

Al igual que su antecesor, era también el hijo amante de una madre virgen, Coatlicue, «Falda de serpientes», y portaba asimismo como cetro un reptil, símbolo de su vinculación con la diosa, aunque ésta fuera mucho menor que la de Quetzalcóatl. El nombre de Huitzilopochtli, «Colibrí mágico», tenía un sentido eminentemente celestial y solar, ajeno a toda identidad con la instancia matricéntrica. El dios guerrero azteca representaba, por lo tanto, el principio masculino heroico bajo una forma mucho más acabada. Sin embargo, su fuerza debía ser regenerada mediante la intervención de los seres humanos, a través de los sacrificios, en los que la extracción del corazón era equiparable al descascaramiento del grano, y la sangre vertida fecundaba la tierra a la vez que sustentaba al sol, posibilitando la renovación de la naturaleza.

En la sociedad mexicana, la relación entre la madre y el hijo se equiparaba a la del guerrero con su prisionero destinado al sacrificio, y ello estaba íntimamente asociado con la fertilidad agrícola. La mujer que moría durante el parto estaba bajo la protección de Cihuacóatl²⁶ y ocupaba en el paraíso el mismo lugar de privilegio que los guerreros o los sacrificados, según el mito «El Más Allá».

La estatua colosal de Coatlicue, encontrada en el subsuelo de la ciudad de México, constituye una suma de representaciones vinculadas al poder generador de la naturaleza. La falda de serpien-

²⁶ Heyden, Doris, *La Diosa Madre: Itzpapálotl*, Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia n.º 11, México, octubre-diciembre de 1974.

tes simboliza la superficie de la tierra que oculta el útero fecundo y amenazante al mismo tiempo. Las dos serpientes que forman su cabeza reproducen dos chorros de sangre brotando de su cuello decapitado, que evoca los ritos de fertilidad. En conjunto, su figura imponente es una demostración palpable del temor y el respeto que imponía a la sociedad azteca, dejando entrever el conflicto oculto en la mentalidad patriarcal imperante, pues pese a haber sido despojada de su posición central originaria, la Gran Madre estaba en el trasfondo de todas sus creencias y ceremonias rituales.

Los mitos «La Migración de los Pueblos Nahuas» y «La Peregrinación Azteca», además de presentar una visión idealizada de la etapa nómada anterior a la adopción de las costumbres sedentarias y a la vida civilizada, describe también el proceso evolutivo desde su comienzo en la instancia matricéntrica primaria, simbolizada por los lugares míticos Tamoanchan, Aztlán o Chicomóztoc, inequívocamente relacionados con la Gran Madre, hasta la formación de los grandes imperios patriarcales de Tula y México-Tenochtitlán. En «El Retorno a Aztlán» se relata el intento de los responsables del estado azteca de encontrar la región de los orígenes, para lo que se recurre a los sabios detentadores de los poderes mágicos, quienes hacen el viaje mediante alucinógenos. El retorno al punto de partida mítico es el encuentro con la Madre primordial que espera el regreso del hijo amante.

La imposición, por los aztecas, de la mística guerrera y la práctica de las «guerras floridas», que recibieron un impulso definitivo a partir del reinado del tlatoani Itzcóatl bajo la inspiración de su consejero Tlacaélel, creó una profunda escisión en el espíritu del pueblo náhuatl. Así, la posición filosófica del rey poeta de Texcoco, Netzahualcóyotl, que expresaba sus dudas sobre el valor de la vida y la gloria que integraban la concepción mexicana, ejemplifica el desarrollo de posiciones que tendían a cuestionar la exaltación guerrera de éstos y a afirmar una nueva alternativa creadora²⁷.

²⁷ León-Portilla, Miguel, *Trece poetas del mundo azteca*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1967.

Otra consecuencia del belicismo azteca opuesto a las virtudes del héroe civilizador, fue el temor a su regreso, anunciado en «La Profecía de Quetzalcóatl», que sumió a Moctezuma en la duda, acentuada por los presagios funestos que anticipaban grandes calamidades, llevándolo a deponer una verdadera resistencia frente a los conquistadores. Ello facilitó la derrota de México-Tenochtitlán, pese al heroico intento de defender la ciudad que protagonizó el joven tlatoani Cuauhtémoc, desastre terrible para su pueblo que dio fin a una de las más importantes civilizaciones que ha conocido la humanidad.

Bebiendo en su pasado, el pueblo mexicano sabrá extraer las enseñanzas necesarias para encarar sus contradicciones presentes y hallar el camino que lo conduzca a su plena liberación. Si bien no es aceptable la pervivencia de un mundo como el actual, asentado en contradicciones insalvables, no es posible tampoco un retorno lineal a las formas comunitarias primitivas. De acuerdo con la experiencia histórica, resulta claro ya que ni la supresión del sistema de explotación de clase termina automáticamente con las formas de opresión de la mujer bajo el patriarcado, ni la eliminación de éstas puede realizarse sin la desaparición de aquél. Es indudable entonces que ambos procesos están indisolublemente unidos y que las luchas contra la explotación y opresión de clase y de sexo son también inseparables. Sólo así podrá hacerse realidad una sociedad comunitaria de iguales, libre de todas las lacras de la dominación social o individual, y las grandes conquistas culturales de los pueblos, como las del azteca, volverán a florecer confundidas con los logros actuales.

Mario A. Valotta

LA CREACIÓN DEL MUNDO*

Tolteca - Azteca

De acuerdo con los dibujos y escrituras de los libros antiguos y según las relaciones de los ancianos, los sacerdotes y los señores a quienes se educaba en el conocimiento de la ley en los templos, los dioses que representan una unidad y una dualidad al mismo tiempo, *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl*, «Señor y Señora de nuestra carne», vivieron siempre en el cielo décimotercero, de cuyo principio no se tiene conocimiento, y dieron origen a todo.

Estos dioses tuvieron cuatro hijos: *Tezcatlipoca Rojo*, el mayor, nació todo colorado; *Tezcatlipoca Negro*, el segundo, fue muy poderoso pues nació en medio de todos los seres y las cosas; *Tezcatlipoca Blanco* o *Quetzalcóatl*¹, el siguiente, también tuvo por nombre «Noche y Viento»; *Tezcatlipoca Azul*, el más pequeño, fue llamado *Huitzilopochtli* por los aztecas o mexicanos, que lo tuvieron por su dios principal.

Cada una de estas deidades regía uno de los cuatro puntos cardinales: el Rojo, el este; el Negro, el norte; el Blanco, el oeste y el Azul, el sur.

* *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, ed. por Joaquín García Icazbalceta, en: «Nueva Colección de Documentos para la Historia de México», México, 1886-1892. Krickeberg, Walter, *Mitos y Leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*, FCE, México, 1975.

¹ *Quetzalcóatl*: la «Serpiente emplumada» (*quetzal*, ave sagrada de plumaje muy apreciado; *cóatl*, serpiente). Era la deidad más importante de la mitología náhuatl.

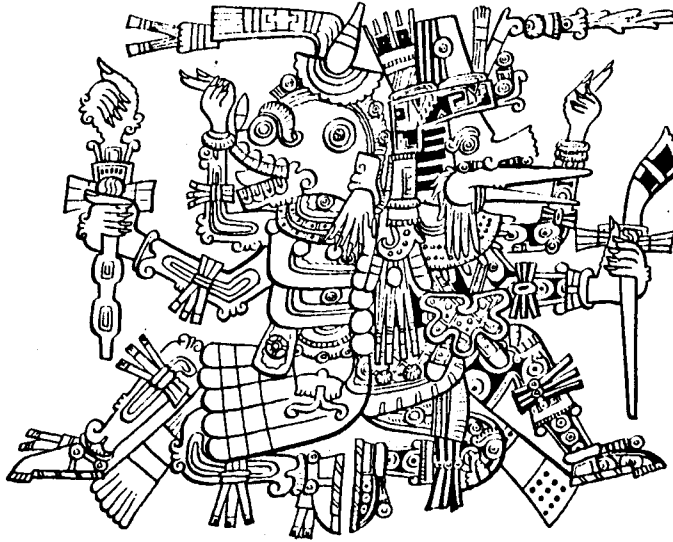
Los aztecas concedieron más importancia a *Tezcatlipoca Negro*, pues según decían, conocía los corazones y los pensamientos, estaba en todas partes y era todopoderoso, ya que nadie podía impedir que se cumpliera su voluntad, y a *Tezcatlipoca Azul*, que nació sin carne, sólo con huesos y que, siendo el menor de los cuatro, fue identificado con su propio dios guerrero, *Huitzilopochtli*.

Después del nacimiento de los *Tezcatlipocas* transcurrieron seiscientos años durante los cuales los dioses no hicieron cosa alguna.

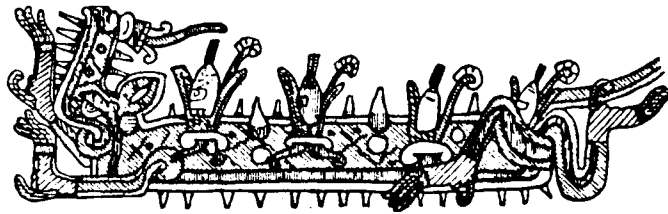
Entonces se reunieron los cuatro dioses hermanos y convinieron en que era necesario decidir lo que había que hacer y la ley que habría de regir. *Quetzalcóatl* y *Huitzilopochtli* fueron comisionados por los otros dos para la tarea de creación.

Primero hicieron el fuego y después medio sol, que por no ser entero, no alumbraba suficientemente. Luego formaron un hombre, *Oxomoco*, y una mujer, *Cipactónal*, de los que nacerían los *macehuales*, los seres humanos, y les mandaron que cultivaran la tierra. Además los dioses ordenaron a la mujer que tejiese e hilase y le dieron ciertos granos de maíz para que los utilizara en sus curaciones y visiones, como hoy día siguen haciéndolo las mujeres. Luego ordenaron el tiempo y lo partieron en meses de veinte días cada uno, con lo cual tuvieron dieciocho meses y trescientos sesenta días al año.

Después crearon a *Mictlantecuhtli* y *Mictlancíhuatl*, «Señor y Señora del inframundo», y los colocaron en el infierno. Para hacer los cielos comenzaron por el número trece y siguieron hacia abajo. Tocó entonces el turno al agua, a cuyos dioses, *Tláloc* y *Chalchicuetlicue*, había que pedirla cuando se tenía necesidad de ella y criaron allí un pez grande llamado *Cipactli*, que era como un caimán. Por último, estando los cuatro dioses juntos, hicieron la tierra con el pez *Cipactli* y la llamaron *Tlaltecuhltli*, pintándola como deidad tendida sobre un pescado, por haber sido formada a partir de él.



Representación de la dualidad divina (Códice Borgia).



Pez Cipactli, símbolo de la tierra (Códice Borgia).

CÓMO SE HIZO LA TIERRA*

Tolteca - Azteca

Según algunas tradiciones muy antiguas, la tierra fue creada por dos dioses: *Quetzalcóatl* la «Serpiente emplumada», y *Tezcatlipoca*, el «Espejo que humea». Para ello bajaron del cielo a una deidad femenina llamada *Tlalteu*, que tenía las articulaciones llenas de ojos y de bocas, con las cuales mordía fieramente. Al descender se encontraron con que todo estaba cubierto de agua, aunque no sabían quién la había creado. La diosa se puso a caminar sobre ella y, al ver ésto, los dioses se dijeron:

—Es necesario que hagamos la tierra.

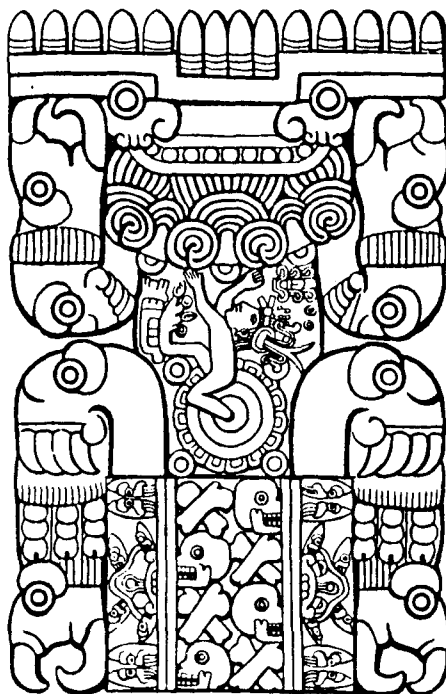
Inmediatamente después ambos se convirtieron en dos enormes serpientes que entraron en el cuerpo de la diosa: *Tezcatlipoca* por la boca y *Quetzalcóatl* por el ombligo y se juntaron en su corazón, que era el centro de la tierra. Luego uno tomó a la deidad del pie derecho y la mano izquierda y el otro del pie izquierdo y la mano derecha, y tiraron de ella tan fuertemente que la partieron en dos. Con la mitad posterior hicieron la bóveda del cielo y con la anterior la superficie de la tierra.

Esta conducta de *Quetzalcóatl* y *Tezcatlipoca* disgustó enormemente a los dioses, que descendieron del cielo para consolar y compensar a la diosa de la tierra por el daño que había sufrido. Ordenaron entonces que todos los frutos necesarios para la vida de los seres humanos salieran de ella. Así, de sus cabellos brotaron

* Fray Andrés de Olmos, en León-Portilla, Miguel, *Faldellín de Estrellas, Imagen Náhuatl del eterno femenino*, Revista de la Universidad de México, Abril de 1965. *Histoyre du Mechique*, Manuscrit Français inédit du XVIe. siècle, publicado por Edouard de Jonghe, Journal de la Société des Américanistes, París, 1905.

los árboles, las flores y las hierbas de mayor tamaño; de su piel salieron las hierbas y las flores más pequeñas; de sus múltiples ojos surgieron los pozos, las fuentes y las pequeñas cavernas; de sus numerosas bocas se formaron los ríos y las grandes cavernas; finalmente, de sus hombros y de los agujeros de su nariz crecieron las montañas y los valles.

Y esta diosa lloraba algunas veces durante la noche, pues quería alimentarse con corazones humanos y no se calmaba hasta que se los daban. Tampoco quería dar frutos si no era rociada con sangre humana.



Tlalteu, deidad de la tierra, con el signo de los ojos y colmillos en las articulaciones (en Macazaga, César, Mitología de Coyolxauhqui, Editorial Innovación, México, 1981).

LOS CUATRO SOLES*

Tolteca

En el año 1-*tochtli*, «uno conejo», tuvieron principio los *toltecas* y allí empezó la cuenta de sus años.

Dicen los ancianos que la tierra y el cielo se estancaron en esa época. Cuando esto ocurrió ya se habían sucedido cuatro eras o «soles» que terminaron en cataclismos, durante las cuales habían vivido cuatro diferentes clases de gentes, formadas con ceniza por el dios *Quetzalcóatl*, signo 7-*ehécatl*, «siete viento».

El primer sol se llamó *Atonatiuh*, «Sol de Agua», y su signo fue 4-*atl*, «cuatro agua». Esta era desapareció a causa de grandes inundaciones que arrasaron todo y los únicos seres vivos que quedaron fueron los peces.

El segundo sol fue *Ocelotonatiuh*, «Sol de Tigre», y estuvo bajo el signo 4-*océlotl*, «cuatro tigre». Como consecuencia del hundimiento del cielo, el sol se desplazaba únicamente hasta el mediodía, luego todo se oscurecía y los seres humanos eran devorados por las fieras. En este sol vivían gigantes y se dice que su saludo era: «No se caiga usted», pues el que se caía, se caía para siempre.

El tercer sol se llamó *Quiauhtonatiuh*, «Sol de Lluvia», y su signo fue 4-*quiauhuitl*, «cuatro lluvia». La gente de esta era pereció ardiendo a causa de una lluvia de fuego y sólo quedaron las aves para habitar la tierra. Dicen que también llovieron pedrezuelas, que son las piedras que vemos ahora, y se formaron los peñascos enrojecidos.

* *Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los soles*. Traducción del *náhuatl* por el Lic. Primo Feliciano Velázquez, UNAM, México, 1945.

El cuarto sol, bajo el signo 4-*ehécatl*, «cuatro viento»; fue *Ehecatonatiuh*, «Sol de Viento». En esta edad, todo fue barrido por el viento y únicamente sobrevivieron los hombres-monos esparcidos por los bosques.

El quinto sol es en el que está viviendo la humanidad actualmente. Se llama *Ollintonatiuh*, «Sol de Movimiento», y su signo es 4-*ollin*, «cuatro movimiento», porque se movió, poniéndose en marcha. Según han dejado escrito los antiguos, en esta era habrá grandes terremotos y hambre general, que pondrán fin a la misma.



Las cuatro eras según la «Piedra de los Soles» (Bajorrelieve. Museo Nacional de Antropología de México).

LOS SOLES Y LOS ALIMENTOS*

Tolteca - Azteca

Cuando los dioses vieron cómo el medio sol que habían creado alumbraba poco, pensaron que era necesario hacer la otra mitad para que la tierra estuviera bien iluminada. Entonces *Tezcatlipoca* se transformó en sol a sí mismo, utilizando su poder. Los dioses crearon luego a los gigantes, que eran seres humanos muy grandes y con tanta fuerza que arrancaban los árboles con las manos. Para alimentarse comían bellotas de encina y vivieron trece veces cincuenta y dos años, que son seiscientos setenta y seis años.

Pasado ese tiempo, para terminar con el caos existente, *Quetzalcóatl* se convirtió en sol después de derribar de un bastonazo a *Tezcatlipoca*, que cayó en el agua. Entonces el dios caído se transformó en tigre y salió a matar a los gigantes, lo cual se ve todavía en el cielo, pues dicen que la Osa Mayor baja al agua en memoria de *Tezcatlipoca*. El pie que le falta a este dios en algunas pinturas parece estar relacionado con este incidente.

Durante el sol de *Quetzalcóatl* los habitantes de la tierra sólo comían piñones. Transcurridos trece veces cincuenta y dos años, es decir seiscientos setenta y seis años, *Tezcatlipoca*, hecho tigre, derribó a su vez de un zarpazo a *Quetzalcóatl*. Entonces, grandes ráfagas de viento arrastraron a éste junto con los seres humanos, dejando solamente unos cuantos que quedaron por los aires y se convirtieron en monos.

El nuevo sol fue *Tláloc*, el dios de la lluvia y del paraíso terres-

* *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, op. cit. Krickeberg, Walter, *Mitos y Leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*, op. cit.

tre, el cual duró siete veces cincuenta y dos años, que son trescientos sesenta y cuatro años. Los seres humanos que vivieron en esta era sólo se alimentaban con *acecentli*, un grano parecido al arroz y al trigo, que crece en el agua. Pasados esos años, *Quetzalcóatl* dejó que del cielo lloviera fuego y reemplazó a *Tláloc* por la esposa de éste, *Chalchiutlicue*, que se convirtió en el nuevo sol.

La era de *Chalchiutlicue* duró seis veces cincuenta y dos años, es decir trescientos doce años. En este tiempo las gentes comían una simiente antecesora del maíz que se llamaba *cencocopi*. En el año postrero de esta era llovió tanta agua, que los seres humanos fueron arrastrados por las corrientes y de ellos se originaron todos los géneros de peces que existen.

Así dejó de haber seres humanos y el cielo desapareció al caer sobre la tierra. Desde el nacimiento de los dioses hasta el final del último sol transcurrieron, según la cuenta *nāhuatl*, dos mil seiscientos veintiocho años.



Chalchiutlicue, diosa del agua contenida en el mar y los lagos (Códice Borbónico).

EL LEVANTAMIENTO DEL CIELO*

Tolteca - Azteca

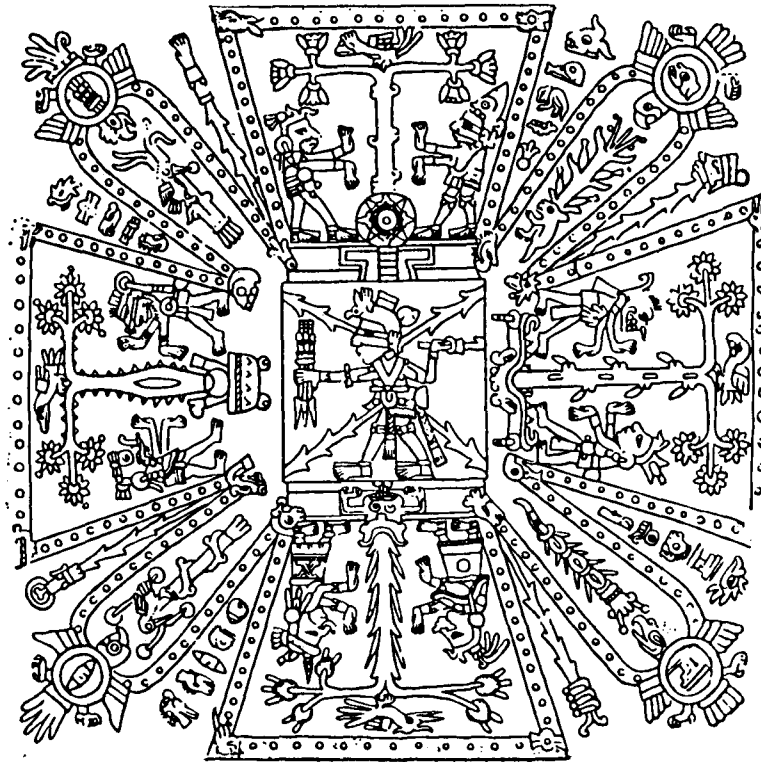
Al producirse la desaparición del cuarto sol como consecuencia de la caída del cielo en el año 1-*tochtli*, «uno conejo», los cuatro dioses ordenaron que desde el centro de la tierra se formaran cuatro caminos a través de los cuales pudieran entrar para levantar el cielo. Para que los ayudasen en su tarea crearon cuatro hombres: *Tzontémoc*, *Itzcóatl*, *Itzmalín* y *Tenexóchitl*, que se ubicaron en los puntos cardinales.

Luego los dioses *Tezcatlipoca* y *Quetzalcóatl* se convirtieron a sí mismos en árboles de gran tamaño: el primero en el «árbol del espejo» y el segundo en el árbol llamado «gran flor de quetzal».

Con la ayuda de los dioses, los hombres y los demás árboles, alzaron entonces el cielo y las estrellas y comenzaron a recorrer el camino que forma la Vía Láctea, estableciendo allí su asiento. A continuación rehicieron la superficie de la tierra, que había muerto a causa de la caída del cielo en la era precedente.

En el segundo año posterior al diluvio, 2-*ácatl*, «dos caña», *Tezcatlipoca* se transformó en *Mixcóatl*, que significa «Serpiente de nubes». También en ese año hizo hacer una fiesta en honor de los dioses y, a tal fin, extrajo lumbre de un instrumento formado por unos palos que tenían corazón. Fue la primera vez que se hizo eso y, obtenido el fuego, la fiesta consistió en hacer muchas y grandes fogatas en conmemoración del acontecimiento y en homenaje a los dioses.

* *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, op. cit.



Quetzalcóatl en el centro de la tierra y los cuatro árboles cósmicos
(Códice Féjervary-Mayer).

LA APARICIÓN DEL SOL Y LA LUNA*

Tolteca

Aún era de noche, no había todavía ni luz, ni calor, cuando los dioses se reunieron en un lugar llamado *Teotihuacán*, «lugar donde se hacen los dioses», con la intención de designar a alguien que se encargara de iluminar al mundo:

—¿Quién se ocupará de traer la luz? —se preguntaron.

—Yo lo haré —respondió el dios *Tecuciztécatl*, «Señor de los caracoles».

—¿Quién más? —dijeron.

Ninguno de los otros dioses se animó a ofrecerse, pues desconocían lo que podía pasar y sentían miedo. Mirándose unos a otros se excusaban entre sí. Finalmente repararon en un dios que permanecía en silencio, a un costado, limitándose a escuchar a los demás: era el dios *Nanahuatzin*, el «buboso».

—Ofrécete tú, bubosito —comenzaron a decirle todos acercándose a él.

—Acepto vuestro deseo como un honroso deber —contestó *Nanahuatzin*, obedeciendo humildemente.

Entonces, *Tecuciztécatl* y *Nanahuatzin* se dispusieron a hacer cuatro días de penitencia. Encendieron un fuego en la peña que estaba en el sitio llamado *teotexcalli*, «el brasero divino». Todas las ofrendas de *Tecuciztécatl* eran preciosas: en lugar de ramos ofrecía ricas plumas de quetzal, en lugar de pelotas de heno ofrecía pelotas de oro, en lugar de espinas de maguey ensangrentadas

* Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Porrúa, México, 1956. *Anales de Cuauhtitlán*, en Garibay K., Ángel, *La literatura de los aztecas*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1978.



Nanahuatzin, el «buboso», y Xólotl, el «doble» (Códice Borgia).

ofrecía espinas hechas de coral colorado y, por último, ofrecía un copal muy oloroso.

La penitencia de *Nanahuatzin*, por el contrario, consistió en ofrendas y sacrificios como los que más tarde formarían parte de la práctica ritual de los sacerdotes. En efecto, *Nanahuatzin* sólo hacía ofrendas humildes: en lugar de ramos ofrecía cañas verdes atadas de tres en tres, hasta llegar a nueve; brindaba pelotas de heno y espinas de maguey teñidas en su propia sangre y, a cambio de copal, ofrecía las postillas de sus bubas.

Luego se edificaron dos torres semejantes a montes para cada uno de estos dos dioses, donde hicieron penitencia durante cuatro noches. Ahora esos montes se conocen con el nombre de *tzaqualli* y se encuentran cerca de *Teotihuacán*. Después de cumplido ese período, ambos dioses arrojaron los recipientes y los demás elementos que habían utilizado.

A la media noche siguiente comenzaron a hacer los oficios, una vez que les fueron entregados sus aderezos. *Tecuciztécatl* recibió un plumaje llamado *aztacomitl* y una chaqueta de lienzo. En cambio, *Nanahuatzin* tuvo que ataviarse con aderezos de papel: un tocado llamado *amatzontli*, una estola y un taparrabos o *maxtli*. Todos los dioses se pusieron de pie frente al *teotexcalli*, formando dos filas y, entre ellos y el fuego, dando la cara a éste, se colocaron *Tecuciztécatl* y *Nanahuatzin*.

—*Tecuciztécatl*! ¡Entra en el fuego! —dijeron los dioses.

Tecuciztécatl hizo ademán de tirarse, pero el calor que desprendía la gran hoguera le dió miedo y se volvió atrás. Un nuevo intento, en el que trató de poner mayor empeño, resultó fallido otra vez, y lo mismo sucedió con los dos siguientes. Estaba determinado que sólo podría probarse cuatro veces, por lo que entonces se dirigieron al otro dios:

—*Nanahuatzin*, prueba tú!

No bien escuchó estas palabras, *Nanahuatzin* juntó fuerzas y, cerrando los ojos, se arrojó en la hoguera y comenzó a chisporrotear. Al verlo, *Tecuciztécatl* también se tiró tras él. A continuación

hicieron lo mismo un águila, que se quemó, y por eso tiene las plumas negras, y un tigre, que no se quemó pero se chamuscó, y por eso su piel está manchada. Por este hecho, a los hombres hábiles en la guerra se los llama *Quauhtliocélotl*, que significa «águila-tigre», colocándose primero *quauhtli*, porque el águila se arrojó al fuego antes que el tigre, *océlotl*.

Después que los dioses se hubieron consumido en el fuego, sus compañeros se sentaron a esperar la aparición de *Nanahuatzin*. Pasó un largo rato hasta que el cielo comenzó a teñirse de rojo, mientras la luz del alba surgía por todos los lados. Entonces los dioses se arrodillaron buscando con la mirada el lugar por donde saldría *Nanahuatzin*. Sin embargo, no acertaban a determinar el sitio, por lo que unos miraban al norte, otros al mediodía, otros al este. Estos últimos fueron los que tuvieron razón. Eran *Quetzalcóatl*, llamado también *Ehécatl*, dios del viento, *Xipe-Totec*, cuyos otros nombres eran «Señor de la tierra costera» o *Tezcatlipoca Rojo*, otros dioses llamados «Serpientes de nubes», que son innumerables, y cuatro mujeres, que se llamaban: la hermana mayor, la que le sigue en edad, la del medio y la menor de la diosa *Tlazoltéotl*.

El sol apareció muy colorado y moviéndose como si se contoneara. Emitía enormes rayos y su resplandor era tan grande que nadie podía mirarlo pues enceguecía. Su nombre era «cuatro movimiento», *4-ollin*, y correspondía al quinto sol o quinta era de la humanidad.

Tras él, por el mismo lugar, apareció la luna. En el mismo orden en que *Nanahuatzin* y *Tecuciztécatl* se arrojaron al fuego, salieron el sol y la luna. Como los dos brillaban con igual intensidad, los dioses se consultaron nuevamente entre sí:

—¡Oh, dioses! ¿Qué es esto? ¿Es justo que los dos tengan el mismo resplandor?

Finalmente, sentenciaron:

—No, no es justo.

Después de decir esto, uno de ellos arrojó un conejo al rostro

de *Tecuciztécatl*, lo cual disminuyó su esplendor y por esta razón la cara de la luna se ve ahora manchada.

Sin embargo, después de salir, el sol y la luna se quedaron inmóviles. Ante ello, otra vez hablaron los dioses:

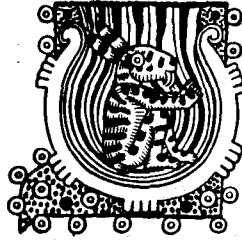
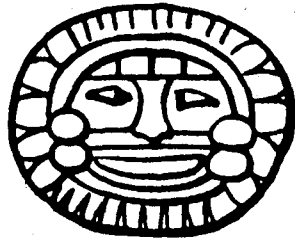
—El sol no se mueve. Ofrezcamos nuestra vida para que el sol resucite gracias a nuestro sacrificio.

El encargado de matar a todos fue el dios del viento, *Ehécatl*, pero uno de ellos logró escaparse. Era *Xólotl*, que significa «doble» o «gemelo», quien se puso a llorar gimiendo:

—¡Oh, dioses! ¡Dejadme vivir!— Lloraba tanto que se le hincharon los ojos.

Cuando el dios del viento ya estaba próximo, echó a correr para esconderse entre los maizales, transformándose allí en una planta de maíz con dos cañas que los labradores denominan *xólotl*. Como fuera descubierto nuevamente, se metió entre las plantas de maguey, convirtiéndose en maguey de dos cuerpos, que se llama *mexólotl* y, finalmente, se arrojó al agua, donde se transformó en el pez conocido como *axólotl*. Por último, allí fue atrapado y muerto.

No obstante, pese a la muerte de los dioses, el sol no se movió. Recién cuando el viento comenzó a soplar con fuerza, tuvo el impulso necesario para moverse y caminar. Luego lo siguió la luna. Por este motivo, uno y otra salen en diferentes momentos: el sol durante el día y la luna durante la noche.



El Sol (Pintura mural de Teotihuacán) y la Luna con conejo (Códice Borgia).

RECONSTITUCIÓN DE LOS SERES HUMANOS*

Tolteca

Después de haber levantado el cielo, los dioses se preguntaron afligidos unos a otros:

—¿Quién ha de habitar la tierra?

Reunidos todos, la diosa de la falda de estrellas, el dios de la luz solar reluciente, el que manda en las costas, el que sale en lugar de otros, el que da consistencia al mundo, el que mueve la azada de labranza, aquél de quien somos esclavos y el de las plumas preciosas decidieron enviar a este último, *Quetzalcóatl*, al inframundo, a buscar los huesos de los seres humanos de las eras anteriores.

De inmediato se puso en marcha y cuando llegó ante *Mictlantecuhtli* y *Mictlancíhuatl*, «Señor y Señora de los muertos», dijo:

—¡Tú guardas preciosos huesos! Vengo a tomarlos.

—¿Qué vas a hacer con ellos, *Quetzalcóatl*? —preguntó el «Señor de los muertos».

—Los dioses están dolientes y dicen: ¿Quién ha de habitar la tierra?

—¡Bien está! —respondió *Mictlantecuhtli*—. Tañe primero mi caracol y da cuatro vueltas en torno de mi solio circular hecho de esmeraldas.

Pero como el caracol no estaba perforado no podía asirlo. Llamó entonces *Quetzalcóatl* a los gusanos, que al punto lo perfora-

* *Anales de Cuauhtitlán*, en Garibay K., Ángel, *La literatura de los aztecas*, op. cit. Krickeberg, Walter, *Mitos y Leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*, op. cit.

ron. Entraron por los agujeros las abejas y los avispones y se pusieron a tañer soplando todos.

Al oír el «Señor de la región de los muertos» el sonido del caracol, dijo a *Quetzalcóatl*:

—Está bien, toma los huesos.

Sin embargo, enseguida se arrepintió y ordenó a sus servidores que fueran a decir a *Quetzalcóatl* que debía devolver los huesos, pero éste se negó, respondiendo:

—Por cierto que he de llevarlos para siempre y de una sola vez.

No obstante, al mismo tiempo le ordenó a su *nahual*, su doble:

—Di a los dioses que voy a dejarlos —aunque en su interior estaba dispuesto a no hacerlo.

Subió entonces *Quetzalcóatl* a lo alto y tomó los preciosos huesos. En una parte estaban colocados los huesos de varón y en otra parte los huesos de mujer. Los reunió rápidamente e hizo un fardo con ellos, que cargó en sus espaldas.

Al verlo, el «Señor de la región de los muertos» gritó de nuevo a sus servidores:

—¡*Quetzalcóatl* se lleva los huesos preciosos! ¡Abrid fosos en la tierra para impedirselo!

Enseguida hicieron los fosos y en ellos cayó el dios de las plumas preciosas, golpeándose contra las paredes. Salieron despavoridas las codornices y él perdió el conocimiento a causa de la caída. Todos los huesos rodaron por tierra y las codornices comenzaron a picotearlos y romperlos.

Al volver en sí, *Quetzalcóatl* se puso a llorar, diciendo a su *nahual*:

—¡Mi doble! ¿Qué puedo hacer? ¡Sea como fuere he de llevármelos!

Se puso luego a recoger los huesos, los juntó nuevamente e hizo otra vez el lío. Los llevó entonces a *Tamoanchan*, la tierra de la vida naciente, y al llegar, *Quilaztli*, la diosa que alimenta las plantas, que es también la misma *Cihuacóatl*, la «Mujer serpiente»,

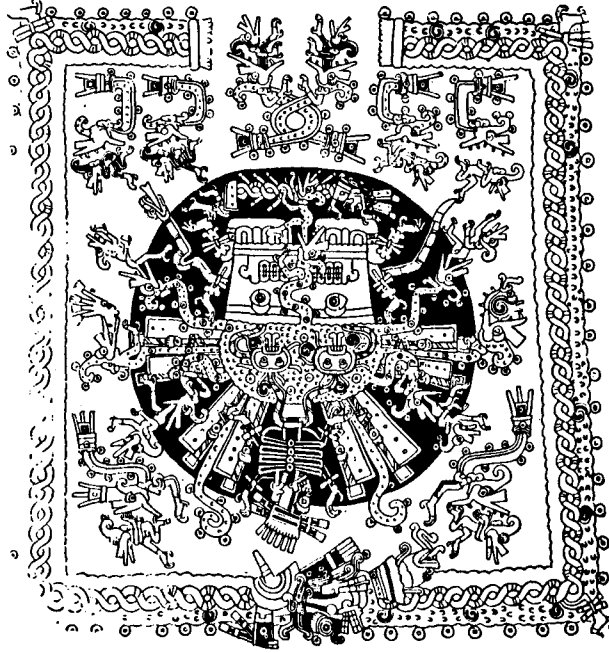
los molió y los puso en una vasija sagrada. *Quetzalcóatl* se sangró sobre ellos, tras el baño de agua caliente que la diosa les había dado.

Todos los dioses hicieron el mismo sacrificio: el dios de las riberas del mar, el que mueve la azada de labranza, el que sale en lugar de otros, el que da consistencia al mundo, el que baja la cabeza y, finalmente, otra vez el mismo *Quetzalcóatl*.

Se dijeron entonces los dioses entre sí:

—¡Han nacido los seres humanos, los *macehuales*!

Y es que nosotros somos los «merecidos», los *macehuales*, porque hemos nacido del sacrificio de la sangre de los dioses.



Representación del Inframundo (Códice Borgia).

EL ORIGEN DE LAS PLANTAS ALIMENTICIAS*

Tolteca

Cuando los seres humanos ya se encontraban sobre la tierra, otra vez se reunieron los dioses y se plantearon:

—¿Qué van a comer los seres humanos? ¡Necesitan alimentos!

En ese momento, la hormiga roja venía trayendo granos de maíz del Monte de los sustentos. *Quetzalcóatl* la vio y le dijo:

—¿De qué lugar traes esos granos? ¡Dímelo, por favor!

La hormiga no quería decírselo, pero ante su insistencia, le informó finalmente:

—¡De allá, del Monte de los sustentos!— y se ofreció a conducirlo.

Quetzalcóatl se transformó en hormiga negra y la siguió, entrando juntos al lugar sagrado. Entre ambos transportaron los granos de maíz hasta la falda de la montaña. Luego los llevaron a *Tamoanchan*, la tierra de la vida naciente.

Allí los dioses los mordisquearon, los pusieron en nuestros labios y, gracias a ello, fuimos creciendo.

Se dijeron entonces los dioses:

—¿Qué podemos hacer con el Monte de los sustentos?

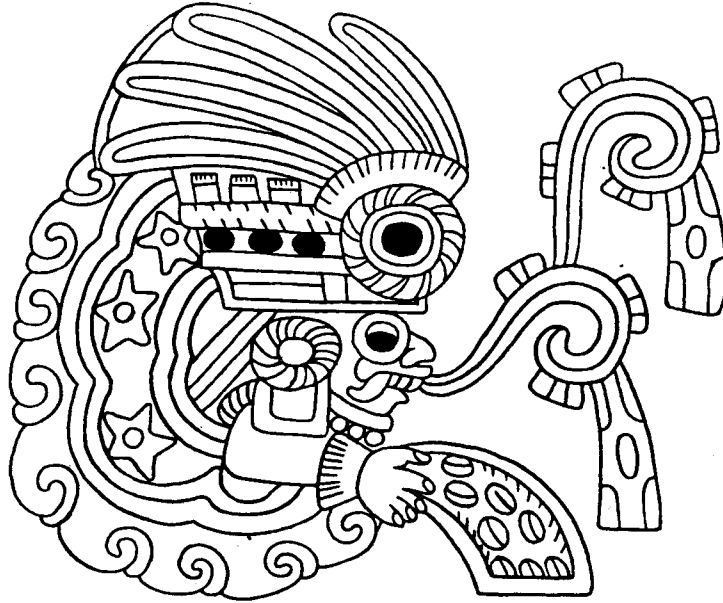
Quetzalcóatl fue enseguida hacia el Monte e intentó cargarlo. Lo ató con cuerdas, pero no pudo levantarlo.

Utilizando los granos de maíz echó suertes *Oxomoco* y su esposa *Cipactónal* comenzó a leer el destino: llegaron a la conclusión de que sólo el dios buboso *Nanāhuatl* podría hacerlo. Enton-

* *Anales de Cuauhtitlán*, en Garibay K., Ángel, *La literatura de los aztecas*, op. cit.

ces éste lanzó un rayo que partió en dos el Monte de los sustentos.

Enseguida llegaron los dioses de la tierra y de la lluvia llamados *Tlaloques*. Dioses azules como el cielo, dioses blancos, dioses amarillos, dioses rojos. Hicieron un montón de tierra y se llevaron todos los sustentos: el maíz blanco, el maíz amarillo, la caña de maíz verde, el maíz negruzco y también el frijol, los bledos, la chía y la chicalota. ¡Todo lo que es nuestro sustento fue robado para nosotros por los dioses de la lluvia!



Tlaloc, dios de la lluvia, envuelto en una nube de agua (Pintura mural de Teotihuacán).

LA INVENCION DEL PULQUE*

Tolteca - Azteca

Después de haber hecho a los seres humanos, los dioses se reunieron para observar su obra. Viendo que sus criaturas parecían tristes, se dijeron:

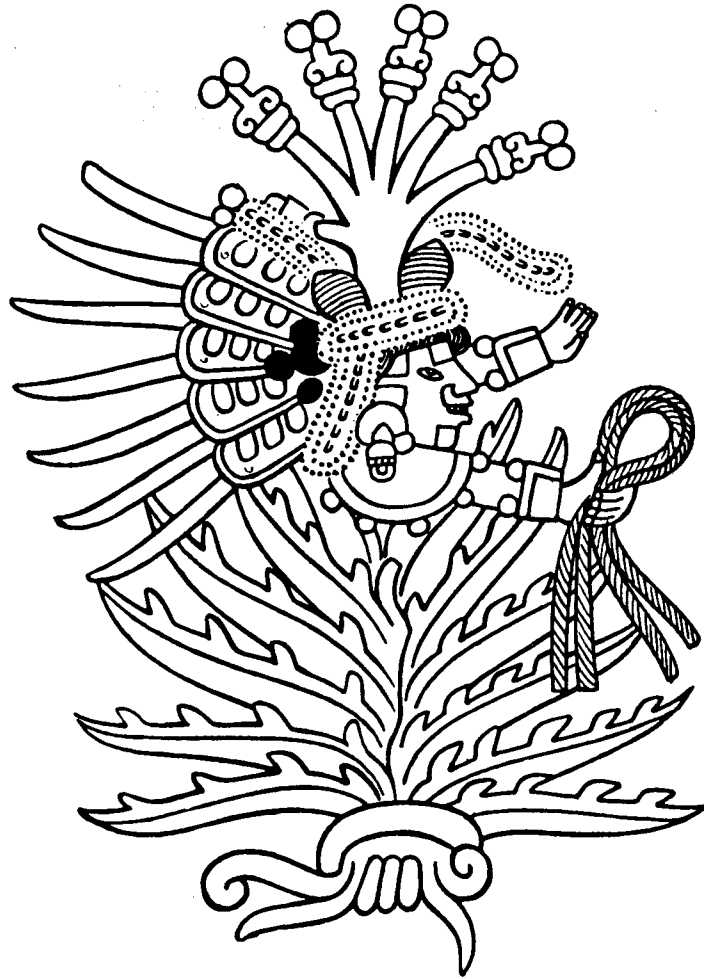
—Debemos hacer algo para que los seres humanos disfruten de la vida y también nos alaben, canten y bailen.

Entonces, *Ehécatl*, el dios del viento, que era una de las formas que adoptaba *Quetzalcóatl*, pensó que tal vez los hombres se alegrarían si él podía regalarles alguna bebida embriagante. Cavilando sobre cómo le sería posible llevar a la práctica su idea, recordó una diosa que tal vez pudiera ayudarlo.

Era *Mayahuel*, la diosa del maguey y del pulque, imagen de los magueyes, que fue la primera en agujerear estas plantas para sacar la miel con la que se hace el vino. De su ombligo o centro salieron los *aztecas*, sus hijos, y en su zumo, el aguamiel, vieron éstos la leche materna. Tenía cuatrocientos pechos para alimentar a sus otros tantos hijos, los *Centzon Totochtin*, los «Cuatrocientos conejos», que eran los dioses de la embriaguez adorados en los diferentes pueblos de la Altiplanicie y que derivaban sus nombres de las tribus de las que eran patronos. A veces aparecía amamantando a un pescado y sus cuatrocientos pechos eran las estrellas del cielo nocturno o «tierra de los peces preciosos», el *Tamoanchan* celestial.

Ehécatl fue entonces a buscar a la diosa *Mayahuel* y la encon-

* *Histoire du Mechiue*, op. cit. Caso, Alfonso, *El pueblo del sol*, FCE, México, 1962. Macazaga, César, *Los ritos de la fertilidad*, Ed. Innovación, México, 1982.



Mayahuel, la diosa del maguey y del pulque (Códice Borbónico).

tró dormida junto a su abuela *Tzitzímil*, que estaba a cargo de su custodia.

—Despiértate, vengo a llevarte conmigo al mundo. Necesito tu ayuda —le dijo a la diosa.

—Vamos pues —respondió ella, aceptando inmediatamente la propuesta.

Con mucho cuidado, a fin de no despertar a la abuela, ambos descendieron del cielo a la tierra. *Ehécatl* llevaba a *Mayahuel* sobre sus hombros. Al llegar a la superficie terrestre, los dos se transformaron en un árbol del que brotaron dos ramas: una, «sauce de quetzal», era la del dios del viento, la otra, «árbol de flores», era la de la diosa del maguey.

Mientras tanto, la abuela de *Mayahuel* se había despertado y alarmado mucho al darse cuenta de la ausencia de su nieta. Sin perder tiempo pidió ayuda a otras diosas, que también se llamaban *Tzitzímil*, y todas bajaron a la tierra en busca de *Ehécatl*. En ese mismo momento, las dos ramas del árbol se quebraron, cayendo al suelo. *Tzitzímil* reconoció inmediatamente a su nieta y, tomándola firmemente, la rompió en varios trozos que entregó a sus compañeras para que los comieran. Hecho ésto, las diosas arrojaron el resto y regresaron al cielo.

Sin embargo, nadie había reparado en la rama «sauce de quetzal», que quedó sobre el suelo. Tan pronto como las diosas se fueron, *Ehécatl* tornó a su forma original y enterró los huesos de *Mayahuel* que habían sido abandonados. Poco después brotó de ellos la planta del *metl*, maguey, cuyas hojas y espinas tienen numerosas aplicaciones, y de la que se obtiene una bebida embriagante, el *octli* o pulque.

XIUHNEL, MIMICH Y LA CAZA*

Tolteca - Azteca

Dos venados bicéfalos bajaron del cielo. En el valle, dos «Serpientes de nubes», *Xiuhnel*, la estrella matutina, y *Mimich*, la estrella vespertina, se dedicaban a la caza. Al ver a los venados, comenzaron a correr tras ellos con la intención de flecharlos. La persecución duró una noche y un día. Al llegar el atardecer, los venados se encontraban ya muy cansados y se dijeron:

—Construyamos unas chozas y ocultémonos en ellas.

Cuando ya habían hecho las chozas, los venados salieron convertidos en mujeres, dando voces para atraer a las estrellas:

—¡*Xiuhnel*, *Mimich*! ¿Dónde estáis? ¡Venid a comer y a beber!

Las «Serpientes de nubes» dudaron un momento hasta que finalmente *Xiuhnel* se acercó a la choza de una de las mujeres, quien le dijo:

—¡Toma, bebe!

Entonces *Xiuhnel* bebió la sangre que le ofrecía y de inmediato se acostó con ella. Luego, la mujer le comió el corazón.

—¡Ay, mi hermano ya ha sido comido! —se lamentó *Mimich*.

—¡Toma, niño mío, come! —le dijo la mujer que estaba con él, que era la diosa terrestre *Itzapálotl*, «Mariposa de obsidiana».

Pero *Mimich* no le contestó. Preparó un fuego con dos maderos y se arrojó en cuanto éste comenzó a arder, siendo seguido por la mujer. Pasaron tres días. Al mediodía del cuarto, *Mimich* sa-

* *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, op. cit. *Anales de Cuauhtitlán*, versión de Velázquez, Primo Feliciano, op. cit.

lió del cielo y cayó sobre un espino grande, y encima suyo se precipitó la mujer.

Mimich llevaba el tocado de papel, el cabello atado en lo alto de la cabeza a la manera de los guerreros y la cara pintada. Iba llorando por la muerte de su hermano, lo cual fue oído por los dioses del fuego. Guiados por él atraparon a la «Mariposa de obsidiana» y la quemaron.



Itzpapálotl, «Mariposa de obsidiana» (Códice Borbónico).

LOS TRECE CIELOS*

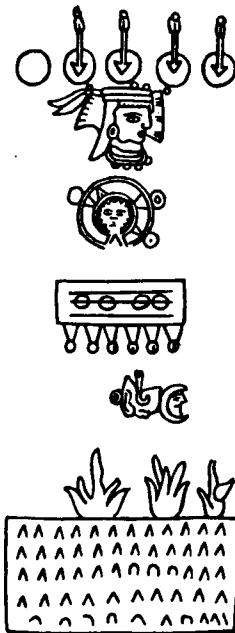
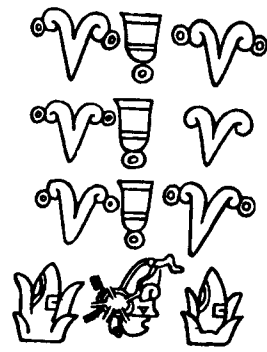
Tolteca - Azteca

Existían trece cielos, aunque los seres humanos no iban allí después de muertos.

En el más elevado, que era doble pues comprendía los cielos trece y doce, vivían *Ometecuhtli* y *Omecíhuatl*, también llamados *Tonacatecuhtli* y *Tonacacíhuatl*, «Señor y Señora de nuestra carne», nombre que también se refería al maíz en cuanto sustento principal. Allí iban los niños muertos antes de alcanzar el uso de razón y eran engendradas las almas de los seres humanos, siendo alimentados con la leche que destilaba un árbol. Estas almas están aguardando para reencarnarse en una nueva humanidad cuando la presente desaparezca en el cataclismo final.

Después venía el undécimo cielo, que era rojo. Luego el décimo, de color amarillo, y el noveno, que era blanco. En el octavo crujían los cuchillos de obsidiana. En el séptimo, cuyo color era azul, vivía *Huitzilopochtli*. Por eso el templo dedicado a este dios en la gran pirámide de *México-Tenochtitlán* se llamaba *Ilhuícatl Xoxouqui*, que significa «cielo azul». El siguiente, el sexto, era verde. En el quinto estaban las estrellas errantes, los cometas y el fuego. En el cuarto vivía la *Huixtocihuatl*, la diosa de la sal. El tercer cielo era por donde caminaba el sol. En el segundo vivían *Citlalatonac*, la Vía Láctea, y *Citlalicue*, también llamada «Falda de estrellas». Finalmente, por el primer cielo, el más próximo a la tierra, caminaba la luna y allí se formaban las estrellas.

* Caso, Alfonso, *El pueblo del sol*, op. cit. *Códice Vaticano 3738*. Publicado por el conde de Loubat de la Biblioteca Vaticana, Roma, 1900.



Los nueve infiernos y los trece cielos (Códice Vaticano A).

EL MAS ALLÁ*

Tolteca - Azteca

Los guerreros muertos en combate o en la piedra de los sacrificios iban al *Tonatiuhichan*, «casa del sol», que quedaba en la parte oriental. Cuando el astro salía, lo esperaban con gran regocijo dando fuertes gritos y golpeando sus escudos. Luego lo acompañaban simulando guerrear hasta que llegaba el mediodía. En esta «casa del sol» la vida era siempre placentera y jamás había sufrimientos, tristeza ni dolor. Después de cuatro años, las ánimas bajaban a la tierra convertidas en colibríes y otras aves de plumajes vistosos, que se alimentaban con el néctar de las flores.

Incluso los guerreros enemigos muertos en batalla o capturados como prisioneros y sacrificados luego en el *téhcacatl*, la piedra de sacrificio, eran recibidos en el *Tonatiuhichan* y tenían su propio dios, llamado *Teoyaomiqui* o dios de los enemigos muertos. Estos hombres-estrellas, por el hecho de alimentar con sus vidas al poderoso guerrero que combate en el cielo, eran equiparados con los aztecas muertos en batalla.

A la casa del sol ubicada en la parte occidental del cielo, *Cinalco*, «la casa del maíz», y también *Cihuatlampa*, «tierra de mujeres», iban las mujeres muertas en el parto, que se llamaban *Mocihuahuetzque*, «guerrero en forma de mujer», o *Cihuateteo*, «mujeres diosas». Eran equiparadas a los guerreros pues se consideraba que habían muerto en la lucha por un prisionero, el niño que llevaban en el vientre, en defensa del cual habían peleado valientemente,

* Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, op. cit. Caso, Alfonso, *El pueblo del sol*, op. cit.

saliendo victoriosas. Por este motivo, los jóvenes guerreros trataban de apoderarse de su brazo derecho, que los haría invencibles en el combate. El cortejo fúnebre iba rodeado por los hombres de su clan, que vigilaban constantemente para que el cadáver no fuera mutilado.

La patrona de estas mujeres era *Cihuacóatl*, la «Mujer serpiente», la que primero parió. Se dice que a la noche volvían a la tierra convertidas en fantasmas, que perjudicaban sobre todo a las mujeres y los niños y se presentaban a los maridos pidiéndoles ropas femeninas.

Cuando el sol llegaba al mediodía, los guerreros que lo venían acompañando se dispersaban por los jardines del cielo, mientras las mujeres *Mocihuaquetzque* los reemplazaban y llevaban al sol hasta el poniente, cargándolo en unas andas hechas de plumas preciosas como las de quetzal. También ellas iban dando voces de alegría, festejando y simulando combatir. Cuando llegaba el crepúsculo, se desparramaban descendiendo a la tierra en busca de husos para hilar, lanzaderas para tejer y los instrumentos necesarios para labrar. El sol era acogido por los habitantes de la tierra de los muertos o *Mictlán*, puesto que para ellos en ese momento comenzaba el día.

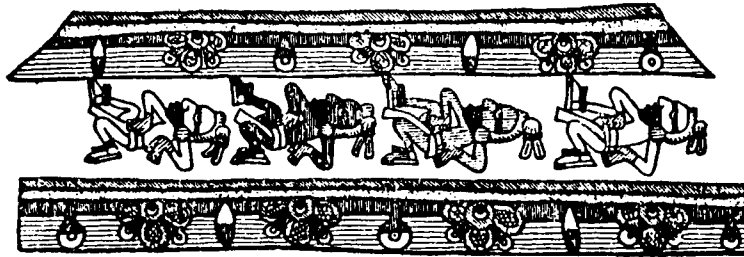
Los que morían ahogados, hidrópicos, gotosos, fulminados por el rayo o por cualquier otra enfermedad o causa relacionada con el dios de la lluvia, *Tláloc*, iba al *Tlalocan*, un paraíso que quedaba en el sur, en la región de la felicidad y la fertilidad, donde crecía toda clase de árboles frutales, maíz, chía, calabazas, frijoles, bledos, ajíes y flores.

Los niños que morían antes de haber alcanzado la mayoría de edad iban al *Chichihuacuauhco*, el «lugar del árbol nodriza», donde había un árbol inmenso, de cuyas ramas goteaba leche que les caía en la boca.

Todos los demás iban al *Mictlán*, la «región de los muertos» y metafóricamente «nuestra casa común», «nuestra común región de perdernos», «sitio a donde todos van», «el lugar donde se existe de

algún modo», «región de los descarnados», etc. Quedaba en el norte y los muertos debían superar una serie de pruebas al pasar por los nueve infiernos, lo cual duraba cuatro años. Después estos muertos desaparecían para siempre.

La primera prueba consistía en atravesar un río muy caudaloso, el *Chicnahuapan*, por lo que el muerto era enterrado con un perro de color leonado para que le ayudase en el cruce. Luego tenía que pasar entre dos montañas que estaban muy juntas y después por una montaña de obsidiana. En cuarto lugar debía cruzar una región donde soplaba un viento muy helado, que cortaba como si llevara navajas de obsidiana; a continuación por donde flotaban las banderas. En el sexto infierno se disparaban flechas, en el séptimo estaban las fieras que comían los corazones, en el octavo se pasaba entre piedras por estrechos senderos y en el noveno y último, el *Chicnauhmicltan*, donde vivían *Mictlantecuhtli* y *Mictlancíhuatl*, «Señor y Señora del inframundo», las almas descansaban o desaparecían.



Guerreros muertos en el cielo del norte (Códice Borgia).

EL TLALOCAN*

Tolteca - Azteca

El dios del agua, *Tláloc*, tenía un aposento dividido en cuatro estancias, correspondientes a los cuatro puntos cardinales, y ubicado en medio de un gran patio, donde había cuatro grandes tinajas de barro llenas de agua.

El agua de la primera era muy buena. De ella llovía cuando se criaba el maíz y las otras plantas alimenticias, y el agua llegaba en buen tiempo. El de la segunda tinaja era mala: cuando llovía de esa se criaban telarañas en las mazorcas, que se ponían negras. Cuando caía agua de la tercera, el maíz se helaba y, cuando caía de la cuarta, el maíz no graneaba y se secaba.

Para hacer llover, el dios del agua había creado muchos ayudantes pequeños de cuerpo, que vivían en las habitaciones de su casa. Éstos usaban unas alcancías que llenaban con agua sacada de las tinajas y unos palos. Cuando *Tláloc* los mandaba a regar alguna región, tomaban sus alcancías y sus palos, y derramaban el agua según se les había ordenado. Los truenos se producían cuando quebraban las alcancías con los palos y los rayos se escapaban entonces de ellas.

* *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, op. cit.



El Tlalocan, paraíso del dios de la lluvia (Fragmento de pintura mural de Teotihuacán).

LA MIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS NAHUAS*

Tolteca-Azteca

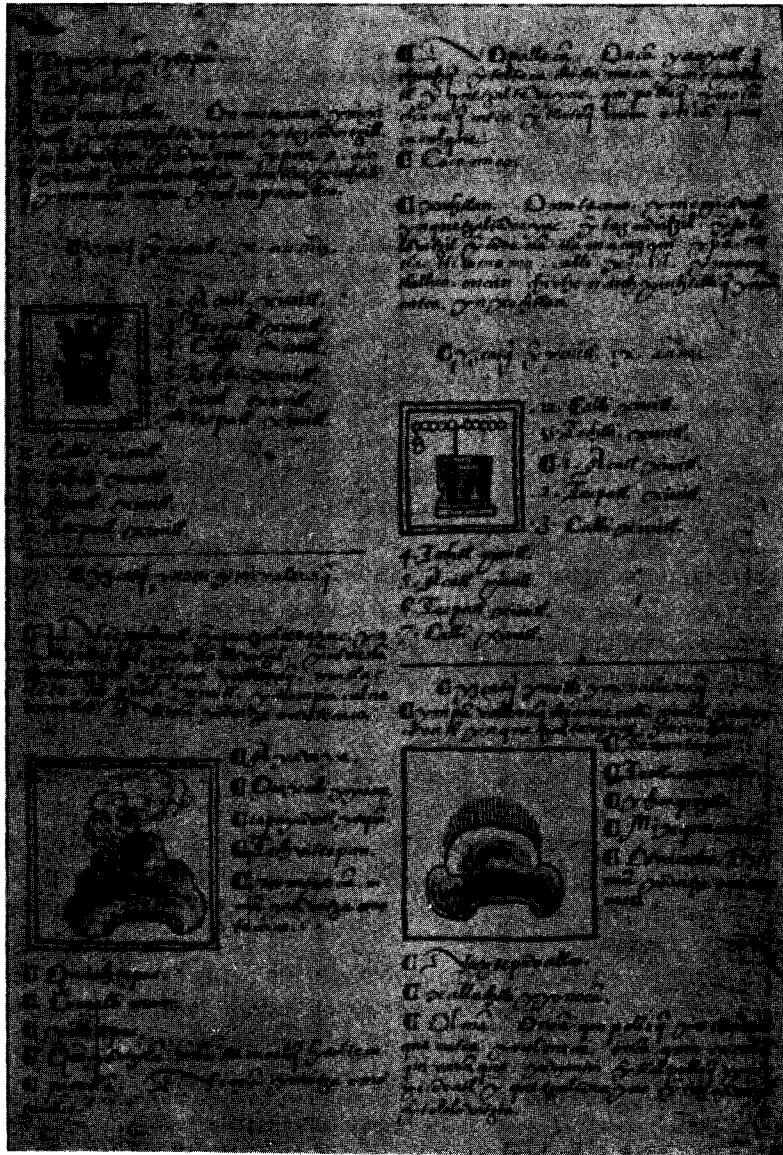
Mucho tiempo hace que llegaron los primeros pobladores a estas partes de la Nueva España, y viniendo con navíos por la mar, arribaron al puerto que queda hacia el norte, en el lugar llamado *Panutlan*, que al presente se dice *Pantla* y que los españoles llaman *Pánuco*.

Una vez en tierra comenzaron a caminar por la ribera del mar, mirando siempre las sierras nevadas y los volcanes, hasta que llegaron a *Quauhquemallan*, siendo guiados por su sacerdote, que llevaba consigo a su dios, a quien siempre pedían consejo sobre lo que debían hacer. Y fueron a poblar a *Tamoanchan*, donde estuvieron mucho tiempo y nunca dejaron de respetar a sus sabios, llamados *amoxoaque*, que quiere decir «hombres entendidos en las pinturas antiguas».

Aunque vinieron juntos, estos sabios no se quedaron con los demás en *Tamoanchan*, sino que volvieron a embarcarse y llevaron consigo todas las pinturas que habían traído sobre los ritos y oficios artesanales. Antes de partir dieron la siguiente explicación:

—Sabed que manda nuestro señor *Tloque Nahuaque*, el «Dueño del cerca y el junto», que os quedéis aquí en estas tierras, de las cuales os hace señores y os da posesión. Él mismo regresa a donde vino y nosotros lo acompañamos. Pero va a volver y tornar a visitaros cuando ya sea tiempo de que se acabe el mundo. Entretanto, vosotros estaréis en estas tierras esperándole y poseyéndolas, con

* Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, op. cit.



Relato de la migración (Historia tolteca-chichimeca).

todas las cosas contenidas en ella, porque para tomarlas y poseerlas vinisteis acá. Quedaos en buena hora, que nosotros nos vamos con nuestro señor dios.

Y así partieron con su dios, que llevaban cubierto en un envoltorio de mantas y siempre les iba hablando y diciendo lo que debían hacer. Se dirigieron hacia el oriente portando todas las pinturas donde tenían las enseñanzas antiguas y las relativas a los oficios artesanales.

Pero cuatro de estos sabios permanecieron con la gente que se quedó: *Oxomoco*, *Cipactónal*, *Tlaltetecuín* y *Xochicauaca*, quienes hablaron de la siguiente manera:

—Vendrá tiempo en que haya luz para el regimiento de estos pueblos. Pero, mientras esté ausente nuestro señor dios, ¿de qué modo se podrá gobernar bien a la gente? ¿Qué leyes se seguirán?

Dado que los sabios se habían llevado las pinturas según las cuales se gobernaba, fue necesario volver a inventar la astrología jurídica y el arte de interpretar los sueños, recomponer la cuenta de los días, de las noches y de las horas, y las diferencias de tiempo. Estos conocimientos se guardaron mientras señorearon y gobernaron los señores de los *toltecas*, de los *mexicanos*, de los *tepanecas* y de todos los *chichimecas*.

Ya no se puede saber cuánto tiempo estuvieron en *Tamoanchan*. Antes se conocía por las pinturas que fueron quemadas en tiempos del señor de *México* llamado *Itzcóatl*¹, bajo cuyo gobierno los jefes y principales que había entonces acordaron que se eliminaran todas, para que no cayesen en manos del pueblo y fuesen menospreciadas.

Desde *Tamoanchan* estos pueblos iban a hacer sacrificios al pueblo llamado *Teotihuacán*, donde en honor del cielo y de la luna levantaron dos pirámides. En este lugar se elegían a los seño-

¹*Itzcóatl*: cuarto *tlatoani* o señor de *México-Tenochtitlán*, que gobernó entre 1428 y 1440. Bajo la inspiración de *Tlacaélel*, en el cargo de *cihuacóatl* o jefe interno, fundó la Triple Alianza con *Texcoco* y *Tacuba* y sentó las bases del poderío azteca, haciendo reescribir la historia para enaltecer el papel de su pueblo.

res que habían de gobernar, y su nombre significa «lugar donde se hacen dioses».

Allí también se enterraban a los principales y señores, sobre cuyas sepulturas se mandaban levantar túmulos que hoy se ven todavía y parecen como montecillos hechos a mano. Asimismo, se pueden ver los lugares de donde sacaron las piedras o peñas con que hicieron dichos túmulos. Los que hicieron al sol y a la luna semejan grandes montes naturales, pero han sido edificados a mano, y aún parece ser cosa imposible decir que han sido edificados así. Sin embargo, es cierto, pues los que los hicieron entonces eran gigantes. Esto se ve claro en el cerro o monte de *Cholula*, porque tiene adobes y encalado.

Se llamaba *Teotihuacán*, el pueblo de *Téotl*, que significa «dios» porque los señores que allí se enterraban eran consagrados como dioses después de muertos. La creencia era que no perecían, sino que despertaban del sueño en que habían vivido. En efecto, los antiguos decían que, al morir, los hombres de nuevo comenzaban a vivir, casi despertando de un sueño, y se convertían en espíritus o dioses. Y cuando alguno moría, de él solían decir que ya era *téotl*, que significa que ya era muerto y se volvería divino.

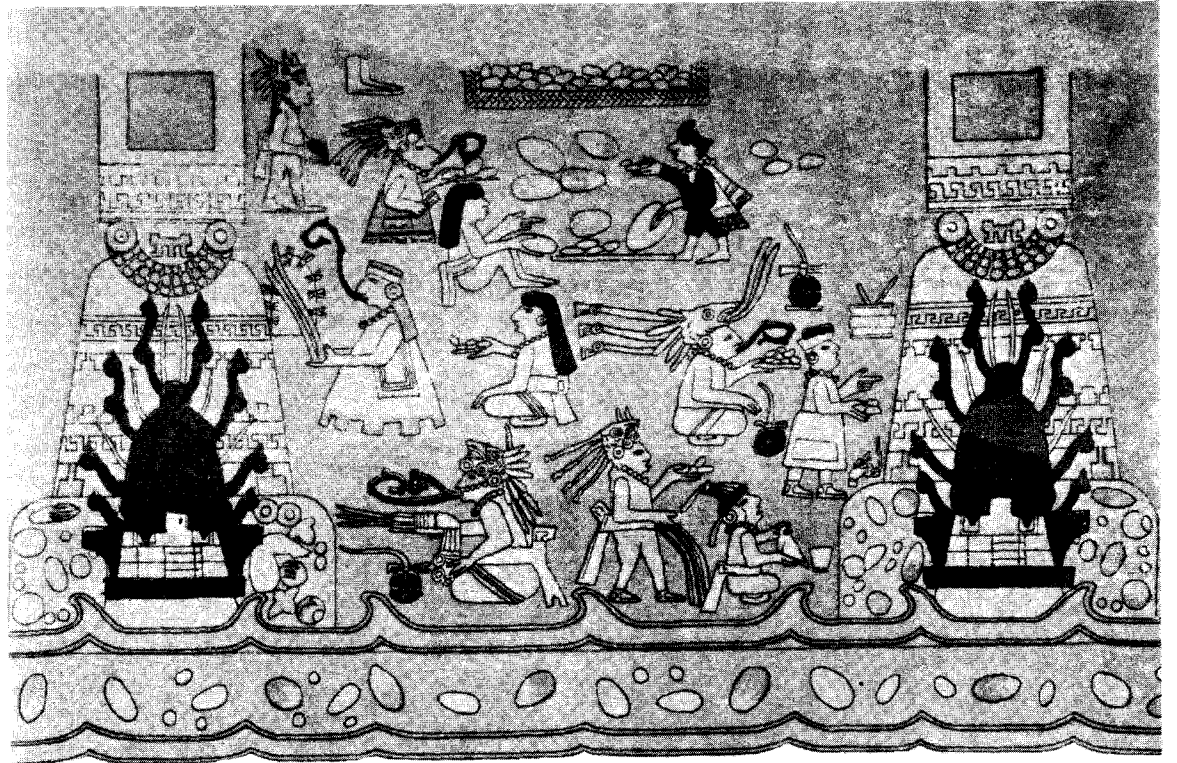
Y estando todos en *Tamoanchan*, ciertas familias fueron a poblar a la zona llamada *Olmeca Huixtotin*. De éstas se cuenta que fueron en pos de los *toltecas* cuando ellos salieron del pueblo de *Tollan* y se dirigieron hacia el oriente llevando consigo sus pinturas. Al llegar al puerto se quedaron allí, pues no pudieron pasar por el mar. De ellos descienden los que al presente se llaman «mixtecas de la costa» y eligieron esa tierra por ser muy buena y rica.

Estos mismos inventaron en *Tamoanchan* el modo de preparar el pulque, el vino del maguey. La que primero supo perforar los magueyes para sacar la miel con que se hace el vino fue una mujer llamada *Mayahuel*, y el que primero halló las raíces que se echan en la miel se llamaba *Pactécatl*. Otros creadores del arte de obtener el vino tal como se hace ahora fueron *Tepoztécatl*, Qua-

tlapanqui, Tlilhua, Papáztac y Tzocaca, quienes realizaron sus intentos en el monte llamado *Chichinauhyan*, pero también «monte espumoso» porque dicha bebida hace espuma.

Preparado el pulque, los nombrados invitaron a los principales, ancianos y ancianas, al monte ya referido, y allí les sirvieron de comer y de beber. A cada uno dieron cuatro tazas de bebida, pero a ninguno cinco, para que no se emborrachasen. Sin embargo, un *huasteca*, que era caudillo y señor de su pueblo, bebió cinco tazas de vino, por lo cual perdió el juicio, quitándose el taparrabos y descubriendo sus vergüenzas. A causa de esta conducta, los inventores del vino se sintieron muy afrentados y se juntaron todos para castigarlo; empero, como el *huasteca* tuviera conocimiento de ello, de puro bochorno huyó con todos sus vasallos y los demás que entendían su lenguaje, yéndose hacia *Panutlan*, de donde habían venido.

Al llegar al puerto no pudieron seguir adelante, por lo cual se quedaron a poblar allí y son los que ahora se llaman *Toneyome*, que quiere decir «nuestros prójimos». También se designan *huastecas*, nombre que tomaron de su señor y caudillo. Y estos *huastecas* se llevaron consigo los cantares que entonaban en sus bailes y todos los aderezos que usaban en la danza. También eran amigos de hacer cosas asombrosas con las cuales engañaban a las gentes, dándoles a entender ser verdadero lo que era falso, como hacer ver que las casas se quemaban o hacer aparecer una fuente con peces, siendo todo una simple ilusión de los ojos. También simulaban darse muerte a sí mismos, infligiéndose cortes y tajos aparentes. Y nunca dejaron de ser conocidos por borrachos, puesto que eran muy dados al pulque y, siguiendo a su señor, que había descubierto sus vergüenzas a causa de su embriaguez, los hombres también andaban sin taparrabos, hasta que llegaron los españoles. Y también porque el dicho señor había bebido cinco tazas de vino en el «monte espumoso», sus vasallos siempre fueron tenidos por muy bebedores, pues parecían andar casi siempre tocados del vino y con poco juicio. Así es que para injuriar a algún loco le de-



Ceremonia religiosa (Pintura mural de Teotihuacán).

cían que había bebido cinco tazas de pulque sin dejar gota y que por esto andaba embriagado.

Después de tener durante largo tiempo señorío y mando en *Tamoanchan* pasaron al pueblo llamado *Xomiltepec*. Más tarde los ancianos y sacerdotes hablaron unos con otros, recordando que su dios les había dicho que no debían quedarse para siempre en *Xomiltepec*, sino que habrían de continuar su marcha para descubrir más tierras.

Así, todos los muchachos, ancianos y ancianas, mujeres y hombres, comenzaron a caminar y, avanzando poco a poco, llegaron hasta el pueblo de *Teotihuacán*, donde eligieron a los que habían de regir y gobernar al resto. Hecha la elección de los señores, los distintos pueblos se dividieron según su lenguaje y partieron encabezados por su señor y guiados por su dios. Adelante iban siempre los *toltecas*, seguidos por los *otomíes*, los cuales se detuvieron en *Coatépétl*, porque su señor los llevó a poblar dicha sierra. Por esta causa ellos tenían por costumbre hacer sacrificios en las alturas de las sierras y poblar las laderas de las mismas.

Los demás pueblos *nahuas*, como los *toltecas* y los *mexicanos*, prosiguieron su camino por los llanos y páramos en busca de nuevas tierras, guiado cada uno por su propio dios. Y de cuánto tiempo duró esta peregrinación no hay memoria.

Durante el camino se detuvieron en un valle, donde lloraron todos los duelos y trabajos, y la mucha hambre y sed que padecían. Este lugar se llamaba *Chicomóztoc*, «las siete cuevas», y aquellos pueblos lo tomaron como oratorio y allí iban a hacer sacrificios en las fechas señaladas.

Tampoco hay memoria ni cuenta del tiempo que permanecieron en este sitio. Estando allí los *toltecas* con los demás pueblos dicen que su dios les habló aparte, ordenándoles regresar al lugar de donde habían venido. Antes de partir, los *toltecas* fueron a hacer sacrificios a aquellas siete cuevas. Ya de camino llegaron al pueblo de *Tollantzinco* y de allí pasaron a *Xicotitlan*, que es ahora *Tollan*.

Después de ellos dieron la vuelta también los *michoaques*, guiados por su señor *Amímitl*, y se dirigieron hacia el occidente, a aquellas partes donde están ahora. También ellos hicieron sus sacrificios en las cuevas antes de partir. Sucesivamente se volvieron los demás *nahuas*: los *tapanecas*, los *acolhuaques*, los *chalcas*, los *huexotzincas* y los *tlaxcaltecas*, cada familia por separado, y llegaron a estas partes de *México*.

Puesto que cada una de estas familias antes de iniciar la marcha hizo sus sacrificios en ese lugar llamado *Chicomóztoc*, las actuales naciones de esta tierra, vanagloriándose, suelen decir que fueron criados en las dichas siete cuevas, y que de allí vinieron sus antepasados. Ello es falso porque no salieron de allí, sino que iban allí para hacer sus sacrificios cuando vivían en ese valle.

Y así, estando en esta parte, y tomada la posesión de las tierras, y puestas las mojoneras entre cada familia, los *mexicanos* prosiguieron su viaje hacia el poniente. Según cuentan los ancianos, llegaron a una región llamada *Colhuacán* y de allí tomaron a volver. No hay memoria de cuánto tiempo duró su peregrinación. Antes de que partiesen de *Colhuacán*, su dios, *Huitzilopochtli*, les habló diciéndoles que volviesen allí de donde habían partido y que él los guiaría, mostrándoles el camino por donde debían ir. Y así llegaron a esta tierra que ahora se dice *México*. Los sitios donde se aposentaron los *mexicanos* durante la vuelta están todos señalados y nombrados en las pinturas antiguas, que son los anales de los *mexicanos*. Luego de una larga peregrinación fueron los postreros que llegaron aquí, a *México*, y mientras se trasladaban, en muchas partes no los querían recibir, ni aún los conocían, sino que les preguntaban quiénes eran y de dónde venían, y los echaban de los pueblos.

NACIMIENTO Y JUVENTUD DE QUETZALCÓATL*

Tolteca

En el momento de nacer, *Quetzalcóatl*, la «Serpiente emplumada», hizo estremecerse a su madre, la diosa de la Tierra «Escudo recostado», *Chimalman*, por espacio de cuatro días. Se dice que ella lo había concebido al tragar una piedra verde llamada *chalchíhuitl*.

Y apenas hubo dado a luz, la madre murió. El niño, que también tuvo el nombre de *Ce-Ácatl*, «Uno Caña», correspondiente al día de su nacimiento, fue criado por la diosa que hace crecer las legumbres, *Quilaztli-Cihuacóatl*.

Cuando ya era crecido, lo llevó su padre *Mixcoátl* a una expedición de conquista. Y el sitio en que se adiestró en la guerra se llamaba *Xihuacan*, «donde están los que tienen turquesas». En ese lugar hizo cautivos.

Pero allí, sus tíos, los *Centzon Mimixcohua*, las «Cuatrocientas serpientes de nubes», mataron a su padre, al que aborrecían. Y cuando lo hubieron matado lo enterraron en la arena.

Sin saber lo que había sucedido, el joven «Uno Caña» comenzó a buscar a su padre:

—¿En dónde está mi padre? —iba preguntando.

—A tu padre lo mataron: allá yace, allá lejos lo fueron a enterrar —le respondió el águila de cabeza bermeja.

Quetzalcóatl recogió entonces los restos de su padre y los llevó a su templo, que era el Monte de *Mixcóatl*, el *Mixcoatépetl*.

* *Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los soles*, en Garibay K., Ángel, *La literatura de los aztecas*, op. cit.



Quetzalcóatl, la «Serpiente emplumada» (Códice Borbónico).

Los tíos que lo habían matado era *Apenécatl*, *Zolton* y *Cuilton*: «Morador de la ribera», «Codornicilla» y «Cautivillo».

Al verlo, se preguntaron:

—¿Con qué va a dedicar su templo? ¿Solamente con un conejo, solamente con una serpiente, a los que luego comeremos? ¡También hay un tigre, un águila, un oso!

—¡Está bien, haré lo que me pedís! —respondió «Uno Caña».

Entonces llamó al tigre, al águila y al oso. Les dijo lo siguiente:

—Venid acá, tíos míos: dizque con vosotros tengo que dedicar mi templo. Pero, por cierto, no moriréis, antes habréis de alimentaros con gente: aquella precisamente con que voy a dedicar mi templo: esa gente son mis tíos!

Y fingiendo que los iba a sacrificar ató a los animales, con cuerdas, por el cuello. Enseguida «Uno Caña» convocó a los topos y les dijo:

—Venid acá, tíos míos: construiremos nuestro templo.

Inmediatamente los topos cavaron hoyos para hacer el templo. *Quetzalcóatl* penetró por las perforaciones y salió por la cumbre.

Viendo lo que ocurría, exclamaron sus tíos, los hermanos de su padre:

—¡Somos nosotros los que vamos a dar pábulo a los palos que enciendan el fuego, los que seremos sacrificados!

Cuando el tigre, el águila y el oso los vieron, se alegraron grandemente. ¡Mucho se habían lamentado estando allí atados con la cuerda!

Quetzalcóatl comenzó a disponer los palos para obtener el fuego. Llenos de cólera, sus tíos se dirigieron hacia él encabezados por *Apenécatl*.

Éste subió rápidamente a la cumbre, pero, al momento, *Quetzalcóatl* le hizo frente y le rompió la cabeza con un espejo esférico, haciéndolo rodar a gran velocidad hacia la falda del monte.

Cuando iba a apresar a *Zolton* y *Cuilton*, las fieras comenzaron a aullar. Inmediatamente sacrificó a los dos e inició el rito.

EL FLORECIMIENTO TOLTECA*

Tolteca

Los *toltecas* fueron los primeros pobladores de esta tierra. Vivieron primero muchos años en *Tollantzinco*, en testimonio de lo cual dejaron muchas construcciones y un templo al que llaman «casa de tablas» que, por haber sido hecho en piedra, todavía se conserva.

De allí fueron a la ribera de un río, al pueblo de *Xicotitlan*, que ahora tiene el nombre de *Tollan*¹. Quedan restos de las muchas obras que hicieron, sobre todo de una que tiene unos «pilares de culebras», con la cabeza apoyada en el suelo y la cola y los cascabeles hacia arriba. También pueden hallarse hoy en día restos de muchas cosas primamente hechas, como pedazos de ollas, vasos, escudillas, etc. Debajo de tierra pueden sacarse, además, joyas y piedras preciosas, esmeraldas y turquesas finas.

Estos pobladores se llamaron *toltecas*, que es como si dijésemos oficiales pulidos y grandes artífices, por la habilidad y primor que mostraban en sus labores. Eran grandes constructores de palacios, pintores y escultores, que ponían su corazón endiosado en sus obras, y alfareros extraordinarios que enseñaban a mentir al barro.

Tenían un templo, que era de su sacerdote *Quetzalcóatl*, mucho más pulido y precioso que las casas suyas. Comprendía cuatro aposentos: el que miraba hacia el oriente se llamaba «aposen-

* Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, op. cit.

¹ *Tollan: Tula.*

dorado», pues estaba recubierto con laminillas de oro. El que daba al poniente era el aposento de esmeralda y turquesa, pues en lugar de encalado llevaba mosaicos formados con las piedras más finas. El tercero daba al sur y estaba recubierto con conchas marinas y plata. El cuarto miraba hacia el norte y sus paredes se revestían con piedra colorada y conchas.

Además había otra casa de cuatro habitaciones, tapizadas las paredes de plumas preciosas amarillas, verdeazuladas, blancas y rojas, respectivamente.

Fuera de estas casas hicieron otras muchas hermosas y de gran valor, no solamente en *Tollan* y *Xicotitlan*, sino en otras partes de la Nueva España, pues casi por todos lados estuvieron los *toltecas*.

Los que trabajaban con plumas se llamaban *amantecas*, y fueron los inventores de este arte. Hacían escudos e insignias y toda clase de labores preciosas.

Tenían asimismo mucha experiencia y conocimientos sobre las calidades y virtudes de las hierbas, y sabían distinguir entre las de provecho y las dañosas y mortíferas, convirtiéndose en los primeros médicos y herbolarios.

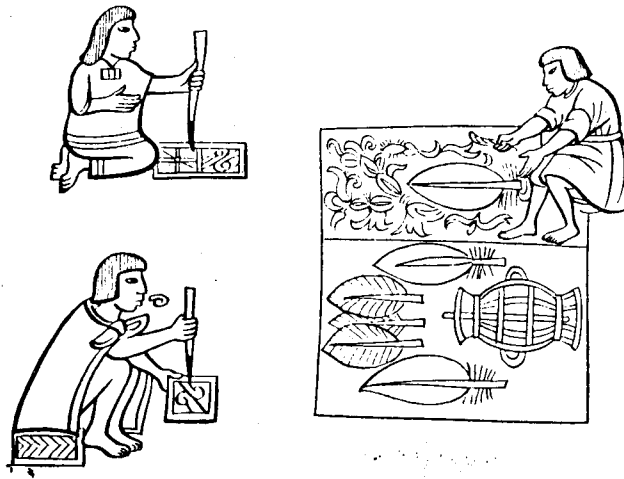
Y tal era la habilidad de los dichos *toltecas*, que conocían casi todos los oficios: fueron pintores, carpinteros, albañiles, encaladores, orfebres, oficiales de pluma y de loza, hilanderos y tejedores, poetas y cantores.

Ellos mismos también descubrieron y supieron trabajar las minas de plata, oro, cobre, plomo, estaño y oropel, igual que las piedras preciosas, esmeraldas, turquesas finas, amatistas, perlas, cristal, piedra azul fina y todas las demás que usaban como joyas, que todavía se emplean y otras que se han olvidado.

Los *toltecas* fueron los primeros que, por sus conocimientos de astrología, llevaron la cuenta de los días del año, las horas y las diferencias de tiempo. Inventaron el arte de interpretar los sueños y eran tan entendidos y sabios que conocían las estrellas de los cielos y su influencia, y las designaban con nombres diferentes.



Trabajo del metal (Códice Florentino).



Artistas toltecas (Códice Durán).

Decían que había doce cielos, y en el más alto vivía el dios supremo y su mujer. A él le llamaban «dos veces Señor» y a su compañera «dos veces Señora», para dar a entender que mandaban sobre los doce cielos y sobre la tierra. De aquel gran Señor dependía el ser de todas las cosas y por su mandado venía la influencia y calor con que se engendraban los niños y niñas en el vientre de sus madres.

Adoraban a un solo señor a quien tenían por divinidad, al cual llamaban *Quetzalcóatl*, cuyo sacerdote llevaba el mismo nombre. Éste era tenido en gran consideración y se cumplía siempre lo que ordenaba. El dios *Quetzalcóatl* no quería más que culebras y mariposas como sacrificio.

Estos *toltecas* eran buenos hombres y apegados a la virtud. Su manera de hablar y saludarse era: señor, señor hermano mayor o señor hermano menor. No decían mentiras ni juramentos.

Su comida era la misma que hay ahora, el maíz, del que sembraban y cosechaban las diversas clases que se conocen, y que utilizaban como moneda. Para vestirse usaban mantas con dibujos pintados en azul; calzaban *cotaras*² y llevaban correas del mismo color.

Eran buenos músicos y mientras cantaban, danzaban; tocaban tambores y sonajas de madera. Componían canciones muy curiosas y eran grandes oradores.

Todos los que hablan claro la lengua mexicana, los *nahuas*, son sus descendientes. Cuando *Quetzalcóatl* se marchó, algunos se quedaron, ya fuera porque estando viejos o enfermos no lo pudieron acompañar, ya fuera por su propia voluntad.

² *Cotaras*: sandalias.

QUETZALCÓATL Y EL ESPEJO*

Tolteca

Cuando vivía el sacerdote *Quetzalcóatl*, reiteradamente quisieron engañarlo los otros dioses para que hiciera sacrificios humanos. Pero él nunca lo aceptó ni consintió, pues amaba mucho a su pueblo, el *tolteca*. Solamente sacrificaba culebras, aves y mariposas. Esto disgustaba mucho a sus enemigos, que comenzaron a escarnerlo y perseguirlo hasta lograr que huyera.

Así fue que se concertaron *Tezcatlipoca*, el «Espejo que humea», *Ihuimécatl*, «Cordón de plumas», y el dios del pulque.

—Es preciso que *Quetzalcóatl* abandone su pueblo para que nosotros podamos venir a vivir en él —dijeron—. Hagamos pulque y démosle a beber para que pierda su prudencia y ya no cumpla las penitencias.

—Yo digo que vayamos a mostrarle su cuerpo —propuso *Tezcatlipoca*.

Dispuestos a cumplir sus intenciones, prepararon un plan.

Primero fue a verlo *Tezcatlipoca*, quien llevó envuelto un espejo doble del tamaño de un jeme. Cuando llegó adonde estaba *Quetzalcóatl*, dijo a los pajes que lo custodiaban:

—Id a decirle al sacerdote que ha venido un mozo a mostrarle y enseñarle su cuerpo.

Cuando los servidores dieron el mensaje a *Quetzalcóatl*, éste preguntó:

* *Anales de Cuauhtitlán*, versión de Velázquez, Primo Feliciano, op. cit.

—¿Qué significa eso, abuelo y paje? ¿Qué cosa es mi cuerpo? Mirad lo que trae antes de dejarlo entrar.

Tezcatlipoca se negó a enseñar lo que traía e insistió:

—Decidle al sacerdote que yo en persona he de mostrárselo.

Entonces *Quetzalcóatl* lo dejó pasar y *Tezcatlipoca* lo saludó de esta manera:

—Príncipe mío, sacerdote *Ce-Ácatl Quetzalcóatl*, te saludo y vengo a hacerte ver tu cuerpo.

—Sé bienvenido, abuelo. ¿De dónde vienes? ¿Qué es eso de mi cuerpo? Muéstrame.

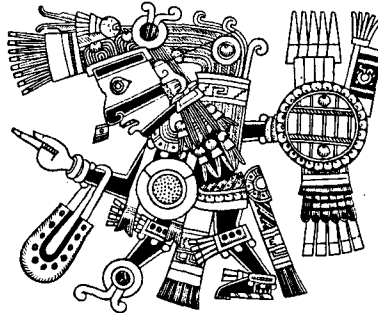
—Príncipe mío, sacerdote, soy tu vasallo. Vengo de la falda de *Nonohualcatépetl* —contestó *Tezcatlipoca*. Luego le dio el espejo y añadió—: Mírate y conócete, que has de verte en el espejo.

Al verse, *Quetzalcóatl* se impresionó y dijo:

—Si me vieran mis vasallos quizá huyeran corriendo.

Por las muchas verrugas que tenía en los párpados, las cuencas hundidas de los ojos y la cara arrugada, se veía arruinado. Luego, agregó:

—Nunca me verán mis vasallos, pues aquí me quedaré para siempre.



Quetzalcóatl, la «Serpiente emplumada», y *Tezcatlipoca*, el «Espejo que humea» (Códice Borgia).

TENTACIÓN Y CAÍDA DE QUETZALCÓATL*

Tolteca

Ihuimécatl, «Cordón de plumas», y el dios del pulque fueron a *Xonacapacoyan*, el «lugar donde se lavan las cebollas», y se hospedaron en la casa de un labriego de nombre *Maxtla*, que era el guardián del Cerro de los *toltecas*.

Entonces guisaron legumbres: tomates, chile, mazorcas tiernas de maíz y vainas tiernas de frijol. Durante unos días estuvieron dedicados a hacer esto.

Como allí había magueyes además, le pidieron a *Maxtla* que les permitiera preparar el licor del maguey, y a lo largo de cuatro días lo estuvieron refinando. Ellos mismos habían descubierto unas ollitas de miel silvestre y con ellas mezclaron el licor.

Después fueron a la casa de *Quetzalcóatl* en *Tula*, llevando lo que habían preparado: las legumbres, los chiles y todo lo demás. Llevaban también el licor del maguey.

Cuando llegaron, intentaron hablar con *Quetzalcóatl*, pero los custodios no los dejaron entrar. Dos y tres veces los rechazaron. Por último, les preguntaron de dónde venían y ellos respondieron:

—Del Monte de los sacerdotes, que también llaman el Cerro de los *toltecas*.

Al oír esto, *Quetzalcóatl* dijo finalmente:

—¡Que entren!

Al llegar junto a él, lo saludaron y le dieron las legumbres. Cuando las hubo comido le ofrecieron el licor del maguey, pero el sacerdote lo rechazó:

* *Anales de Cuauhtitlán*, en Garibay K., Ángel, *La literatura de los aztecas*, op. cit.

—No, ciertamente. No beberé eso. Yo soy un hombre abstinentes y lo que me ofrecéis quizá es embriagante o mortífero.

Sin embargo, los visitantes insistieron:

—¡Prueba! Aunque sea con el dedo meñique. La bebida es buena y burbujea.

Quetzalcóatl lo probó entonces con el dedo, le supo bien y dijo:

—Beberé, abuelo mío, beberé hasta tres veces.

—Has de beber cuatro —replicaron los tentadores.

Y le dieron hasta cinco veces.

—Es tu ofrenda a los dioses —le decían.

Y cuando él hubo bebido, dieron a cada uno de sus vasallos cinco medidas, con lo que quedaron totalmente embriagados.

Luego animaron a *Quetzalcóatl*:

—Príncipe, canta, por favor. Éste es el canto que debes entonar. Entonces *Ihuimécatl*, «Cordón de plumas», comenzó a dictarle la canción:

«¡Ésta mi casa de plumas,
 ésta mi casa de plumas de verde quetzal,
 ésta casa de plumas negras y doradas de zacuan,
 ésta casa de roja concha,
 yo las tengo que dejar!
 ¡Ay, ay, ay!»

Y como ya estaba muy embriagado, dijo *Quetzalcóatl*:

—¡Id a buscar a *Quetzalpétlatl*, la «Preciosa estera», mi hermana mayor! ¡Con ella seguiremos bebiendo!

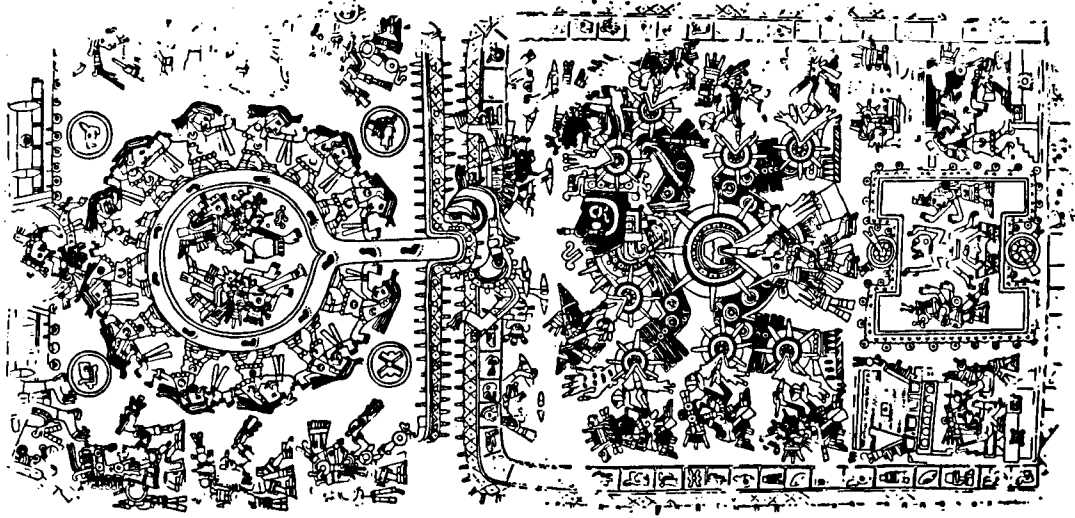
Fueron sus lacayos al *Nonohualcatépetl*, donde ella estaba consagrada al culto y hacía penitencia. Le dijeron:

—¡Noble Señora! Hemos venido a buscarte: te llama el sacerdote *Quetzalcóatl*. Tienes que ir junto a él.

—Está bien, venerable paje, vamos —respondió *Quetzalpétlatl*.

Cuando hubo llegado, se sentó junto a *Quetzalcóatl*. Entonces le dieron cuatro medidas, más una quinta, de licor. Esa era la libación.

Así los embriagaron *Ihuimécatl*, «Cordón de plumas», y el dios



El viaje al abismo de la tierra (Códice Borgia).

del pulque. También a ella le enseñaron un canto:

«¡Oh, tú, *Quetzalpétlatl*, hermana mía!
¿Adónde fuiste en día de labor y penitencia?
Embriaguémonos.
¡Ay, ay, ay!»

Y después que sucedió esto, ya nunca más dijeron:
—Somos gente de abstinencia.

¡Ya no bajaron jamás al baño ritual en el río, ya no se punzaron con espinas, ya nada hicieron cuando despunta la aurora!

Y cuando amaneció el nuevo día, se sintieron llenos de amargura, se sintió angustiado su corazón. Dijo entonces *Quetzalcóatl*:

—¡Ay, desdichado de mí!

Dominado por la tristeza que abrumaba su espíritu, compuso este canto:

«Ya no se tome en cuenta mi suerte.
Aquí he de quedar. Pero ¿cómo aquí?
Aquí, sí y, aún yo cantaré.
aunque mi cuerpo de tierra fue hecho.
¡Afán y dolor son mi herencia!
Nunca ya, inunca recobraré mi vida!»

Y cantó también:

«Aquí me sustentaba mi madre,
la diosa, la de la falda de serpientes:
Yo era su hijo, pero ahora
ya no hago más que llorar.»

Cuando él hubo terminado, también sus vasallos se pusieron a cantar llenos de tristeza todos juntos:

«¡Ay, ay, los que nos habían enriquecido!
¡Ellos, nuestros señores,
Quetzalcóatl, Sacerdote de piedras preciosas!
Nos abandonan ahora.
El árbol está truncado.
Déjenos que lo veamos,
déjenos llorar.»

Y así que acabaron sus cantos los vasallos, les dijo *Quetzalcóatl*:

—¡Abuelos y siervos míos! Voy a dejar la ciudad; debo emprender mi camino. Dad órdenes de que me labren una caja de piedra.

Con toda presteza se cumplió el encargo. Cuando el cofre estuvo hecho, acostaron en él a *Quetzalcóatl*. Durante cuatro días estuvo allí. Se levantó al cuarto día, recuperada la salud.

—Mis abuelos, mis servidores, vayámonos —dijo entonces—. Cerrad todo, esconded todo lo que habíamos descubierto: iera riqueza, era alegría, era todo nuestro bien y hacienda!

Los siervos hicieron lo ordenado. Todo lo ocultaron en donde era el baño de *Quetzalcóatl*, en el lugar que se llama ribera del agua, sitio del musgo acuático: *Atecpan, Amoxco*.

EL SACRIFICIO DE QUETZALCÓATL*

Tolteca

Lleno de congoja y angustia, *Quetzalcóatl* tomó la resolución de irse y dejar su ciudad de *Tula*. Resuelto a todo quedó.

Dicen que mandó enterrar todo: su oro, sus conchas y cuanto era riqueza de los *toltecas*. Todo lo bello, todo lo precioso, lo hizo enterrar en lugares escabrosos, o dentro de las montañas, o en los barrancos.

A los árboles de cacao los convirtió en algarrobos, y a las diversas aves finas, las de plumas rojas y amarillas, las envió primero ante sí para que se dirigieran a las costas.

Y comenzó su camino. Llegó a un lugar donde había un árbol altivo y corpulento. Se colocó a su lado y dijo, al mirarse en su espejo:

—¡Viejo soy ya!

Desde entonces ese sitio se llama «lugar del árbol viejo».

Después lanzó una piedra contra el árbol y esa piedra quedó incrustada, metida en él. El árbol aún la conserva: ha ido creciendo y casi en su cabeza tiene la piedra que lo hiende.

Continuó su camino y, mientras marchaba, le iban tañendo flautas.

Por fin llegó a otro lugar y se sentó en una piedra y en ella apoyó sus manos. Y donde puso las manos quedó la huella, como si hubiera sido en lodo blando. Y también sus posaderas quedaron bien impresas en la piedra en que se había sentado. Esas señales

* Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España* op. cit. *Anales de Cuauhtitlán*, en Garibay K., Ángel, *La literatura de los aztecas*, op. cit.



Inmolación de Quetzalcóatl (Códice Borgia).

perduran y por eso el sitio se llama «donde están las marcas de mano».

Y se cuenta que en el año *Ce-Ácatl*, «Uno Caña», llegó *Quetzalcóatl* a la orilla celeste del agua divina, a la playa del gran océano.

Allí, puesto de pie, se echó a llorar. Tomó sus aderezos y los fue vistiendo: su atavío de plumas de quetzal y su máscara de turquesas.

Cuando ya se había ataviado, él mismo se prendió fuego.

Y en llamas se abrasó.

Por este motivo, ese lugar se llama «la tierra del negro y del rojo», *Tillan Tlapallan*, «donde se arde».

Y es fama que cuando ardió y sus cenizas se alzaron, vinieron también a verlo y estuvieron contemplándolo todas las aves de hermoso plumaje que por los aires andan volando: la guacamaya de rojas plumas y el azulejo y el tordo fino, el luciente pájaro blanco, y los loros y papagayos, los de amarillo plumaje y todas las aves preciosas.

Cuando cesaron de arder las cenizas, a las alturas se elevó su corazón y entró en el cielo.

Dicen los antiguos que se convirtió en la estrella que sale al amanecer, pues ésta apareció por primera vez cuando murió *Quetzalcóatl*, a quien por eso nombraban el «Señor del alba».

Y se cuenta aún más: cuatro días dejó de ser visto, porque había bajado al reino de los muertos. Allí se proveyó de flechas durante otros cuatro y, al pasar los ocho días, salió como la magna estrella, el lucero. Y dicen que fue entonces cuando comenzó a ser dios.

LA DECADENCIA DE LOS TOLTECAS*

Tolteca

Llegado el tiempo de que acabase la fortuna de *Quetzalcóatl* y los *toltecas*, se presentaron tres hombres-búho, tres magos, en *Tollan*, con malas intenciones. Eran *Huitzilopochtli*, *Titlacahuan* (*Tezcatlipoca*) y *Tlacahuepan*.

Con la voluntad de perjudicar a los *toltecas*, *Titlacahuan* se presentó como *huasteco*, desnudo como acostumbraba hacerlo ese pueblo indígena, y se sentó en el mercado a vender ají verde, frente al palacio.

Huémac, que era el señor de los *toltecas* en lo temporal, tenía una hija muy hermosa con quien éstos deseaban casarse. Desde sus aposentos, la muchacha miró hacia el mercado y vio al *huasteco* desnudo, a consecuencia de lo cual comenzó a sufrir mal de amores y se le hinchó todo el cuerpo. Cuando *Huémac* supo de la enfermedad de su hija, preguntó a las mujeres que la cuidaban:

—¿Qué mal tiene mi hija? ¿Qué enfermedad es ésta que le ha hinchado todo el cuerpo?

—Señor, la causa de esta enfermedad fue el indio *huasteco* que andaba desnudo. Vuestra hija lo vio y desde entonces ha enfermado de amor.

Oídas estas palabras, ordenó *Huémac*:

—¡Ah, *toltecas*! ¡Traedme al *huasteco* que anda por ahí vendiendo ají verde!

Lo buscaron por todas partes y no lo hallaron, pero después

* Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, op. cit.

volvió a aparecer sentado en el mercado en el mismo lugar que antes. Entonces lo llevaron al palacio, en presencia de su señor.

—¿De dónde sois? —le preguntó *Huémac*.

—Señor, soy forastero. He venido a vender ají verde — contestó el embustero.

—¿Por qué no os ponéis el *maxtli* y os cubrís con la manta?

—Señor, en nuestra tierra tenemos la costumbre de ir desnudos.

—Vos enamorasteis y enfermasteis a mi hija, vos la debéis sanar —dijo *Huémac*.

—Señor mío, esto no es posible. Matadme primero, pues no soy digno de oír estas palabras, siendo como soy un humilde *huasteco* que ha venido a buscar la vida vendiendo ají verde.

—Por fuerza habéis de sanar a mi hija. No tengáis miedo — insistió *Huémac*.

Después que lo hubieron lavado y cortado el pelo, le tiñeron el cuerpo con pintura y le pusieron el taparrabo y una manta. *Huémac* le dijo:

—Id a ver a mi hija a los aposentos donde la guardan.

Así lo hizo el *huasteco* y durmió con la hija del señor, la cual se curó y se puso buena. De esta manera, el hombre-búho se convirtió en yerno de *Huémac*.

Poco después, los *toltecas*, que se habían sentido afrentados por este hecho, ya que consideraban a los *huastecos* como bárbaros, comenzaron a pronunciar palabras injuriosas y a quejarse:

—¿Por qué el señor *Huémac* casó a su hija con un *huasteco*?

Como *Huémac* se enterara de esta situación, les dijo:

—He tenido noticia de todas las palabras afrentosas que habéis dicho en contra mía a causa de que mi yerno es un *huasteco*. Os mando que lo llevéis disimuladamente a la guerra de *Zacatépetl* y *Coatépétl*, para que lo maten nuestros enemigos.

Los *toltecas* prepararon inmediatamente sus equipos y sus armas y partieron con gran cantidad de peones y el *huasteco*. Llegando cerca del lugar del combate, lo enterraron junto con los pa-



Músicos y danzantes nahuas (Códice Florentino).

jes, enanos y cojos, y ellos se fueron a pelear a *Coatépétl*. Los enemigos vencieron a los *toltecas* y los persiguieron, pero éstos lograron huir y ponerse a salvo, dejando al *huasteco* abandonado, en la creencia de que sería muerto. Enseguida comunicaron lo sucedido a *Huémac*, quien se alegró mucho pues estaba avergonzado de tener tal yerno. Sin embargo, estando enterrado, el *huasteco* enfrentó victoriosamente a los enemigos.

—Ya llegan los enemigos, pero no temáis —dijo a los pajes y enanos—, pues yo les habré de dar muerte —y afirmando esto se levantó y comenzó a perseguir a sus atacantes, matando a gran número de ellos.

Cuando la noticia llegó a oídos del señor *Huémac*, le produjo un gran espanto y pesar, y llamó a los *toltecas* para decirles:

—Vamos a recibir a nuestro yerno.

Llevando consigo armas e insignias de las que se llaman «adorno de plumas de quetzal de los pueblos de la costa», así como rodajas con mosaicos de turquesa, para entregárselas al *huasteco*, salieron a darle la bienvenida y lo recibieron con bailes, cantos y tañidos de flautas, en señal de victoria y alegría. Cuando llegaron al palacio de *Huémac* le pusieron plumas en la cabeza y le pintaron el cuerpo de amarillo y la cara de rojo, haciendo lo mismo con los pajes. Éste era el recibimiento que se daba a los que regresaban triunfantes de la guerra. Después dijo *Huémac* a su yerno:

—Estoy contento ahora por lo que habéis hecho, y los *toltecas* también. Muy bien habéis combatido a los enemigos. Ahora descansad y recobrad vuestras fuerzas.

Estando así aderezado, el hombre-búho mandó que se bailase y se cantase, enviando un pregonero a convocar a todos los del contorno. Cuando se hubo reunido gran cantidad de gente en *Tollan*, el hombre-búho se dirigió hacia una región peñascosa acompañado por los jóvenes y las muchachas. Entonces comenzó a tañer el atabal con intensa repetición y a cantar, siendo seguido por todos los presentes. Pero mientras danzaban, comenzaron a atropellarse unos a otros y a desbarrancarse, convirtiéndose en piedras

al morir. El hombre-búho destruyó además el puente de piedra de un río que pasaba por allí, lo cual provocó la caída y muerte de otros muchos.

Y cuando todo esto pasaba, los *toltecas* no se daban cuenta del mal que significaba ni de quién era el culpable, pues andaban como embriagados por la música y el canto.

A partir de entonces, muchas veces hubo sesiones de danza allá en los peñascos, y cada vez se producían nuevas muertes: los *toltecas* se precipitaban en el abismo y caían en el roquedal.

EL CASTIGO DE LOS DIOSES*

Tolteca

Jugaba a la pelota *Huémac*; jugaba con los dioses de la lluvia y de la tierra, los *Tlaloque*.

—¿Qué ganamos al jugar? —le preguntaron éstos.

—Mis jades, mis plumajes de quetzal —respondió *Huémac*.

—Eso mismo ganarás tú: nuestras verdes piedras finas, nuestras plumas de quetzal.

Jugaron a la pelota y *Huémac* resultó ganador.

Pero entonces los dioses cambiaron lo que iban a dar a *Huémac* como recompensa: en vez de plumas de quetzal, le dieron mazorcas de maíz, en lugar de plumas finas, le dieron mazorcas con verde hoja, con lo que dentro contienen.

Huémac no lo quiso aceptar:

—¡No es eso lo que aposté! ¿No eran jades? ¿No eran plumajes de quetzal? ¡Lleaos eso, no lo quiero!

—Bien, dadle jades, dadle plumas —dijeron los dioses, tomando sus dones y tesoros.

En el camino fueron diciendo:

—Escondamos nuestras joyas: hambre y angustia ha de sufrir el *tolteca*, pero no más de cuatro años.

Y en pleno estío cayó tanto hielo que a la rodilla llegaba; se perdieron los sustentos. Y tal era el ardor del sol que todo seco quedó: árboles, cactus, magueyes y aun las piedras se partían, estallando ante el reverbero del sol.

* *Anales de Cuauhtitlán*, en Garibay K., Ángel. *La literatura de los aztecas*, op. cit.

Padecían sufrimientos los *toltecas* y se morían de hambre, se sacrificaban cautivos de guerra. En el Cerro de las langostas, *Chapultepec*, una anciana vendía banderas de sacrificio. Los que las compraban iban después a ofrecerse en la piedra de los sacrificios.

Transcurridos los cuatro años en que el hambre reinó entre ellos, allá en *Chapultepec* aparecieron los dioses de la lluvia. Allí donde el agua se extiende. Y por el agua fue subiendo una mazorca tierna, el sustento.

Un *tolteca* que estaba allí vio aquella mazorca, con ardor se abalanzó sobre ella y la tomó y comenzó a morderla.

Salió entonces del agua el dios que da las provisiones, *Tláloc*, y le dijo:

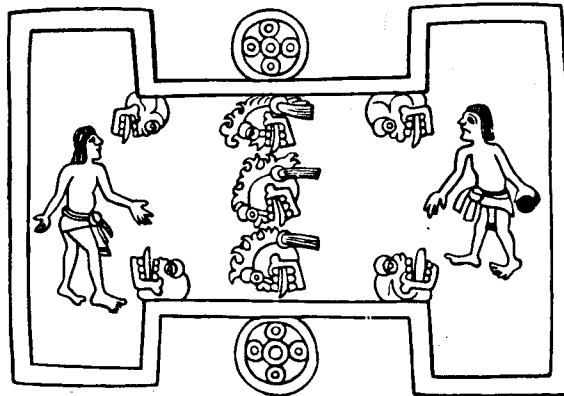
—¿Sabes tú qué es eso?

—¡Bien que lo sé, oh dios mío, pero ha tanto tiempo que lo perdimos!

—Siéntate y espera allí: voy a hablar yo con el señor.

Se hundió en el agua y poco después emergió trayendo una brazada de mazorcas tiernas.

—Anda, hombre. Tómalas y llévaselas a *Huémac* —dijo.



Juego ritual de pelota (Códice Magliabecchi).

LA PROFECÍA DE QUETZALCÓATL*

Tolteca-Azteca

Dicen que *Quetzalcóatl* vino a *Cholula* desde el oriente, de *Yucatán*, aunque otros afirman que de *Tollan*.

Quetzacóatl estuvo veinte años en *Cholula*, pasados los cuales se volvió por el mismo camino por el que había llegado, llevando consigo cuatro jóvenes virtuosos de la ciudad.

Desde *Coatzacoalco*, que distaba ciento cincuenta leguas del mar, los hizo regresar, dándoles previamente algunos consejos y pidiéndoles que dijese a los de *Cholula* que tuvieran por cierto que, en los tiempos futuros, habían de venir por el mar, desde el lugar por donde sale el sol, unos hombres blancos con barbas largas como las de él. Éstos serían hermanos de *Quetzalcóatl* y señores de aquellas tierras.

Los indios siempre esperaron que esta profecía se cumpliera y, por eso, al ver a los cristianos los llamaron *teules*, «dioses», creyéndolos hijos y hermanos de *Quetzalcóatl*, aunque después que los conocieron bien y experimentaron sus obras ya no los tuvieron por celestiales. Desde entonces los llamaron *popolocas*, que quiere decir bárbaros.

* Mendieta, Gerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, op. cit.



El sacerdote Quetzalcóatl barbado (Códice Durán).

EL NACIMIENTO DE HUITZILOPOCHTLI*

Azteca

En una sierra llamada *Coatépétl*, Monte de las serpientes, junto al pueblo de *Tollan*, vivía una mujer de nombre *Coatlicue*, «Faldellín de serpientes», que era madre de unos indios que se decían los *Centzon Huitznahua*, los «Cuatrocientos *Huitznahua*», los cuales tenían una hermana llamada *Coyolxauhqui*.

Coatlicue hacía penitencia barriendo diariamente el cerro *Coatépétl*, y una vez acontecióle que, estando en la tarea, vio descender una pelotilla de plumas. La mujer la tomó y la colocó en su seno, debajo de sus ropas.

Después de terminar el barrido buscó la pelotilla en donde la había guardado, pero no logró hallarla. Como consecuencia de este suceso, la mujer quedó preñada.

Al ver que su madre se encontraba en este estado, los *Centzon Huitznahua* se encolerizaron y preguntaron:

—¿Quién la ha dejado embarazada? ¿Quién nos ha infamado y avergonzado?

Coyolxauhqui, la hermana, les dijo:

—Hermanos, matemos a nuestra madre. Nos ha infamado quedándose embarazada a espaldas nuestras.

Al tener conocimiento de estas intenciones, *Coatlicue* se sintió muy atemorizada. Pero la criatura que llevaba en su vientre la consoló:

* Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, op. cit.

—No tengas miedo porque yo sé lo que tengo que hacer.

Estas palabras calmaron el corazón de *Coatlícue* y le quitaron la enorme angustia que la abrumaba.

Mientras tanto, los *Centzon Huitznahua* se preparaban para cumplir la resolución de matar a su madre, que habían tomado por consejo de *Coyolxauqui*. Así, disponían sus armas y peinaban y ataban sus cabellos en lo alto como hombres valientes.

Uno de ellos, llamado *Quauitlicac*, que era traidor, fue a comunicar a *Huitzilopochtli*, el «Colibrí mágico», que aún se hallaba en el vientre de su madre, lo que decían los *Centzon Huitznahua*. La respuesta de *Huitzilopochtli* fue la siguiente:

—¡Oh, tío mío! ¡Mira bien lo que hacen y presta atención a lo que dicen, pues yo debo actuar!

Los *Centzon Huitznahua* iniciaron la marcha hacia el lugar donde estaba su madre, encabezados por *Coyolxauhqui*. Llevaban sus armas, papeles, cascabeles y dardos de guerra. *Quauitlicac* subió al cerro a avisar a *Huitzilopochtli* que sus hermanos se acercaban a matarlo.

—Fíjate por dónde vienen y avísame —pidió *Huitzilopochtli*.

—Ya están llegando a *Tzompantitlan* —respondió el traidor.

De esta manera *Quauitlicac* le fue informando sobre el recorrido que seguían sus enemigos para venir a su encuentro: *Coaxalpa*, *Apétlac* y, finalmente, el mismo cerro *Coatépétl*.

Cuando los *Centzon Huitznahua* estaban ya muy próximos, nació *Huitzilopochtli*, trayendo consigo una rodela con bolas de pluma, llamada *teueuelli*, un dardo y una vara de color azul. El rostro estaba pintado y en la cabeza tenía un manojo de plumas pegadas. Su pierna izquierda era delgada y también estaba emplumada y ambos muslos y brazos tenían pintura azul.

En seguida, *Huitzilopochtli* dijo a uno que se llamaba *Tochan-calqui* que encendiese una «serpiente de luz solar», *xiuhcóatl*. Así lo hizo y con ella fue herida *Coyolxauhqui*, a consecuencia de lo cual resultó muerta. La cabeza quedó en aquella sierra *Coatépétl* y el cuerpo cayóse abajo hecho pedazos.

Después de la muerte de *Coyolxauhqui*, *Huitzilopochtli* se armó y salió contra los *Centzon Huitznahua*, persiguiéndolos y echándolos fuera de la sierra. Como estos indios no se pudieron defender ni hacerle frente, fueron vencidos y muchos de ellos murieron. A pesar de que pidieron y suplicaron a *Huitzilopochtli* que abandonase la pelea, éste no accedió a sus pedidos, sino que mató a casi todos y les quitó muchos despojos y armas de las que traían, llamadas *anecuhiotl*. Los pocos que pudieron escapar fueron a un lugar llamado *Huitztlampa*.

Dado que *Coatlicue* quedó embarazada de una pelotilla de plumas y no se sabía quién era el padre de *Huitzilopochtli*, éste también fue conocido por el nombre de *Tetzauitl*.



Huitzilopochtli, el «Colibrí mágico» (Códice Borbónico).

LA PEREGRINACIÓN AZTECA*

Azteca

Ésta es la historia de cómo las cuatro tribus de los *mexicanos* vinieron del lugar llamado *Aztlán*, «región del blanco o del alba», que quedaba en medio de una laguna.

Las ocho tribus de los *nahuas* que habían salido de *Chicomóztoc*, «las siete cuevas», eran, por este orden: los *huexotzincas*, los *chalcas*, los *xochimilcas*, los *cuitlahuacas*, los *malinalcas*, los *chichimecas*, los *tapanecas* y los *matlatzincas*. Todos ellos tenían sus casas en *Colhuacán*. Allí encontraron a los *aztecas* cuando llegaron desde *Aztlán* a través del agua. Cuando los vieron, les dijeron:

—Señores nuestros, ¿adónde vais? Permitid que os acompañemos.

—¿A dónde queréis que os llevemos? —preguntaron los *aztecas*.

—No, señores, nosotros os llevaremos.

—Está bien, entonces nosotros os seguiremos —aceptaron los *aztecas*.

En *Colhuacán* recibieron los *aztecas* un dios: *Huitzilopochtli*. Entonces se pusieron en camino; desde *Aztlán* habían traído una mujer llamada *Chimalman*. Repartidos en cuatro divisiones abandonaron *Colhuacán* en el año *1-técpatl*, «uno pedernal», y cuatro de ellos, los *teomamas*, llevaban auestas el bulto con el dios. Sus nombres eran *Cuahcōuatl*, *Apanécatl*, *Tezacouácatl* y la mujer *Chimalman*.

Cuando llegaron a *Quauitl itzintlan*, «debajo del árbol», estable-

* *Histoire de la Nation Mexicaine depuis le départ d'Aztlán...* de 1576, publicado por J. M. A. Aubin, París, 1893.

cieron su campamento en un lugar donde había un árbol grande. Allí hicieron una pequeña pirámide de tierra, sobre la cual colocaron al dios. Luego tomaron las provisiones con la intención de comer, pero el árbol bajo el cual se habían detenido a descansar se partió en dos, por lo que dejaron la comida y permanecieron sentados tristes y con la cabeza baja durante mucho tiempo.

Entonces les habló *Huitzilopochtli* diciéndoles que llamaran a las ocho tribus que los llevaban y les dijeran:

—Nosotros no seguiremos adelante, pues debemos regresar.

Cuando los *aztecas* dijeron eso a las ocho tribus, éstas se pusieron tristes y, después de haberlos despedido, insistieron:

—Señores nuestros, ¿adónde debemos ir? Mejor os acompañaremos.

—No, tendréis que seguir adelante solos —contestaron los *aztecas*.

Entonces las ocho tribus partieron y los dejaron en *Quauitlitzintlan*.

Los *aztecas* se quedaron mucho tiempo en este lugar. Cuando se pusieron en camino nuevamente se encontraron con dos hombres y una mujer que se habían caído entre nopales redondos, debajo de unos mezquites. Eran los que se llamaban «Serpientes de nubes»: *Xiuhnel*, *Mimich* y la hermana mayor de ambos. Otra vez les habló el dios *Huitzilopochtli* a los *aztecas*:

—Aprehended a los que están entre los nopales redondos, ellos serán los primeros que os darán tributo a través de su sacrificio.

Más tarde, *Huitzilopochtli* les dijo:

—De ahora en adelante ya no os llamaréis *aztecas*, sino *mexicanos*.

A partir de entonces adoptaron este nombre y se emplumaron, siguiendo así la indumentaria de su dios. Éste les entregó además un arco, flechas y una bolsa de red para las puntas, indicándoles:

—A todo lo que hay en el aire sabrán disparar los *mexicanos* con sus flechas.



Peregrinación al este del valle de México (Mapa Tlotzin).

Siguieron su camino y llegaron a *Cuextécatl ichocayan*, «donde llora el *huasteca*», y más tarde, en el año *2-calli*, «dos casa», a *Cóatl icámac*, «en las fauces de la serpiente». En este último lugar se ligaron por primera vez los años sobre ellos¹. En el año *2-ácatl*, «dos caña», se hizo el fuego nuevamente en el *Coatépétl* y entonces los *mexicanos* se fueron a *Tula*.

Los lugares por donde los *mexicanos* pasaron después en su migración fueron los siguientes:

En el año *6-técpatl*, «seis pedernal», llegaron a *Atlacuiuyan* o *Tacubaya*, donde permanecieron cuatro años. Allí inventaron el lanzadardos y la flecha, y por eso llamaron al lugar «donde se recibe el lanzadardos». En el año *9-técpatl*, «nueve pedernal», pasaron a *Chapultepec*. Cuando los *tapanecas* y los de *Colhuacán* contaron a los *mexicanos*, viendo temerosos cómo se habían multiplicado, vinieron de las cuatro partes para atacarlos.

Los *mexicanos* se quedaron veinte años en *Chapultepec*. Partieron luego hacia *Acocolco*, donde fueron rodeados por enemigos, en cuyas manos cayeron finalmente. Esto pasó en el tiempo en el cual se ligan otra vez los años. En *Acocolco* los *mexicanos* tuvieron que hacerse vestidos de hojas de maguey. *Huitzilihuitl*, su jefe, junto con su hija menor *Azcalxoch*, fueron conducidos a *Colhuacán*, mientras que *Tezpanxoch*, la mayor, fue llevada a *Ixtlahuacan*: iba desnuda, ningún vestido cubría su cuerpo. En *Colhuacán* gobernaba un señor llamado *Coxcoxtli*. *Huitzilihuitl* le pidió protección para su hija, que no poseía ningún vestido, rogándole:

—¡Oh, señor! ¡Ten un poco de compasión por mi hija!

Pero *Coxcoxtli* respondió:

—No, ella se quedará así, como se encuentra.

En el año *3-técpatl*, «tres pedernal», los *mexicanos* recorrieron la región de *Colhuacán*. En *Contitlan* se detuvieron en *Tizapan Colhuacán*.

¹ Significa que se había cumplido un «haz de 52 años», ciclo principal del calendario *azteca*. Cada vez que esto se producía, se esperaba el posible fin del mundo.

En el año 6-*ácatl*, «seis caña», los *colhuas* se armaron para la guerra y combatieron contra los *xochimilcas*. Cuando los *xochimilcas* habían puesto en peligro a los *colhuas*, el señor *Coxcoxtli* dijo:

—¿No están los *mexicanos* todavía allá? Que vengan.

Cuando los *mexicanos* estuvieron en presencia del señor, éste les pidió:

—Venid, los *xochimilcas* nos vencerán si no nos ayudáis. Yo os prometo como recompensa todo un bulto de granos de cacao² si vosotros los prendéis haciéndolos prisioneros.

—Está bien —respondieron los *mexicanos*—. Pero danos, oh señor, por piedad, un pequeño y mal escudo y una pequeña y vieja espada.

—No, deberéis iros así como estáis.

Los *mexicanos* se retiraron y se consultaron entre sí, tomando finalmente la siguiente resolución:

—Aunque solamente tenemos nuestros cuchillos de pedernal, les cortaremos las narices a nuestros prisioneros. Si les cortamos las orejas, no querrán saber nada de ello. Vamos a llevarnos bultos para poderlas contar. ¡Quién sabe lo que va a suceder!

Entonces tomaron los bultos y partieron para la lucha. Algunos de ellos se fueron en canoas. Formaron su ejército en el «río de la serpiente».

En este tiempo, los de *Colhuacán* tenían como *Tlacaatécatl*, jefe de guerreros, a *Tetzitzilin*, quien llevaba como distintivo de su rango una camisa de tiras de papel extendidas. Éste les ordenó a los *mexicanos* que se pusieran en camino, pero tan pronto como ellos habían hecho los primeros prisioneros se aterrorizó y lloró. Los *mexicanos* avanzaron hasta las puertas de *Xochimilco* y luego regresaron. Cuando estuvieron en presencia de *Coxcoxtli* le dijeron, refiriéndose a las narices cortadas de los prisioneros.

² El cacao era utilizado como medio de pago. El dibujo de un bulto, en los códices aztecas, representaba el número 8.000.

—¡Oh señor! Éstos son todos nuestros prisioneros. Hemos tomado cuatro bultos de ellos.

Inmediatamente *Coxcoxtli* llamó a sus consejeros y exclamó:

—¡Estos *mexicanos* no son seres humanos! ¿Cómo se les habrá ocurrido hacer esto?

A partir de entonces les tomaron mucho miedo.

Solamente a cuatro de sus prisioneros habían traído con vida, pero no los mostraron al señor. Luego levantaron en *Tizapan* una pequeña pirámide de piedra y volvieron a ver a *Coxcoxtli* para decirle:

—Ahora, oh señor, permite que tus sacerdotes santifiquen nuestra pirámide con alguna pequeña cosa.

—Está bien, merecéis una recompensa. Que los sacerdotes hagan lo que pedís.

Luego, cuando los *mexicanos* se habían ido, llamó a sus sacerdotes y les dijo:

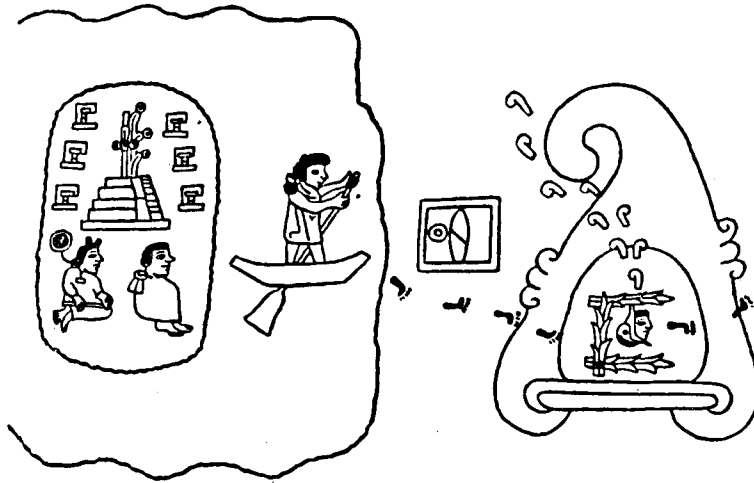
—Ponedles en su santuario excrementos, cabellos y un pájaro nocturno.

Por la noche los sacerdotes cumplieron las órdenes del señor. A la mañana siguiente, cuando los *mexicanos* vieron el interior de la pirámide se dieron cuenta de lo que les habían dejado y se pusieron muy tristes. Entonces quitaron las cosas y santificaron la pirámide con ramas de espinas y de pinos, e invitaron al señor. Cuando éste vino vio cómo sacrificaban a los prisioneros, que habían sido ataviados previamente con adornos preciosos, el «adorno de plumas de la gente de la costa», escudos de turquesa y banderas de quetzal —aunque solamente parecía que llevaban estas cosas, pues en realidad no era así. Luego, sobre los prisioneros sacrificados, los *mexicanos* sacaron fuego, para expresar así que sus años en *Chapultepec* se habían ligado. No habían podido prender el fuego nuevo desde que habían sido rodeados por sus enemigos.

Al ver esto, los de *Colhuacán* se impacientaron y montaron en cólera.

—¿Quiénes son éstos? No son seres humanos, echadlos fuera—dijo *Coxcoxtli*.

Entonces los *mexicanos* fueron arrojados de la tierra y se vieron obligados a entrar sobre balsas de caña al juncal de *Mexicatzinco*. Y mientras pasaban en sus balsas eran cubiertos por una lluvia de flechas.



El camino de Aztlán a Colhuacán (Códice Boturini).

VISIÓN PRODIGIOSA DE MÉXICO*

Azteca

Cuando los *aztecas* se habían asentado en la tierra de *Tollan*, su dios *Huitzilopochtli* ordenó a los sacerdotes, en sueños, que contuviesen el curso de un río que pasaba por allí, para que el agua se derramase por el llano y rodease aquel cerro donde estaban, pues les quería dar una idea de la tierra y el sitio que les había prometido.

Hecha la presa, el agua se derramó y se extendió, formando una gran laguna que los *aztecas* cercaron con sauces, sabinas y álamos, y llenaron de juncia y espadañas. En las aguas comenzaron a nadar todo género de peces y se acercaron las aves acuáticas: patos, ánsares, garzas y gallaretas, que cubrieron el lago, junto con otros muchos géneros de pájaros, como tordos y urracas, unos colorados, otros amarillos, cuyo canto alegró enormemente aquel lugar, que se cubrió, además, de flores marinas y de carrizales.

Con el contento que les producía este ambiente tan deleitoso, los *mexicanos* olvidaron que sólo se trataba de una muestra y dechado de lo que iban a buscar, y dijeron que aquel sitio les bastaba y que no querían irse de allí para buscar otro. Empezaron entonces a cantar y bailar con cantos apropiados y compuestos en honor a la frescura y belleza del lugar.

Así fue que muchos de la compañía, encabezados por los *Huitznahua* y una mujer llamada *Coyolxauhqui*, no querían seguir avanzando, sino que enamorados de aquel sitio decían:

* Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, op. cit.

—Aquí está tu morada, *Huitzilopochtli*. En este cerro *Coatépctl* te es concedido gozar del oro, de la plata y de los demás metales, de las plumas de diversos colores resplandecientes, de las ricas y preciosas mantas, del cacao y de todo lo demás que en este nuevo mundo se críe. También aquí has de ganar con la fuerza de tu pecho, de tu cabeza y de tu brazo lo que resta de las cuatro partes del mundo. Aquí es el lugar donde alcanzarás la gloria y el ensalzamiento de tu nombre: ésta será la cabeza de tu reino. Manda a tus padres y seguidores que discernan sobre esto y que concluya la búsqueda de un sitio donde establecernos, para que descansen ya los *aztecas* y *mexicanos* y tengan fin sus trabajos.

Airado, el dios *Huitzilopochtli* dijo a los sacerdotes:

—¿Quiénes son éstos que así quieren ignorar mis determinaciones y poner trabas a su cumplimiento? ¿Son ellos, por ventura, más que yo? Decidles que yo tomaré venganza de ellos antes de mañana, para que no se atrevan a objetar lo que yo he dispuesto y para lo cual he sido enviado. Así sabrán que sólo a mí han de obedecer.

El rostro del dios estaba en aquel momento tan feo y terrible, y con una expresión tan amenazante, que a todos puso espanto y terror.

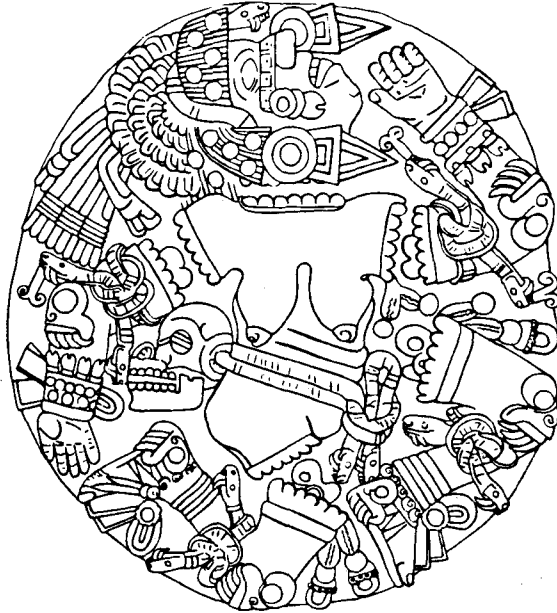
A medianoche, cuando todos estaban descansando, en el lugar que llamaban *Teotlachco*, «juego de pelota», y *Tzompanco*, «lugar de las calaveras», que eran lugares sagrados dedicados a *Huitzilopochtli*, se produjo un estruendoso ruido. Al llegar la mañana, los *mexicanos* hallaron muertos a los principales instigadores de aquella rebelión, junto con la señora que se llamaba *Coyolxauhqui*. Todos tenían abierto el pecho y extraído el corazón.

Aterrorizados los *mexicanos* por el riguroso castigo que *Huitzilopochtli* había dado a los culpables aquella noche, y viéndolo tan feroz y disgustado, no vacilaron en cumplir las órdenes que a continuación les dio. El enojo del dios no había cesado y, ostentando mayor bravura y furor, mandó a sus servidores y sacerdotes que abrieran y deshicieran los reparos y diques que habían hecho y

con los cuales el agua estaba represada, a fin de que ésta siguiera su antiguo curso.

Los *mexicanos*, no osando hacer otra cosa, quitaron los reparos y presas en contra de su propia voluntad, dado el descanso, refresco y mantenimiento que aquellas aguas les brindaban.

Deshecha la laguna, se empezaron a secar los carrizales, las espadañas y los árboles, y a desaparecer la frescura y a morir los peces, las ranas y los demás animales que el agua engendra y que servían de sustento. También se empezaron a ir las aves acuáticas y el lugar se quedó tan seco y sombrío como estaba antes.



Sacrificio de Coyolxauhqui (Relieve en piedra. Museo Nacional de Antropología de México).

EL CORAZÓN DE COPIL*

Azteca

La hermana de *Huitzilopochtli*, que se llamaba *Malinalxoch*, era muy gran hechicera, por lo cual los *aztecas* se separaron de ella siguiendo el consejo de su dios. La mujer tuvo luego un hijo al que enseñó sus malas mañas y, cuando tuvo edad suficiente, le contó el agravio que su hermano *Huitzilopochtli* le había hecho al abandonarla y separarla de su pueblo.

El hijo, cuyo nombre era *Copil*, enojado y airado su corazón, movido por las lágrimas de la madre, le prometió ir a buscarlo y procurar destruirlo junto con su compañía. Cuando *Malinalxoch* tuvo conocimiento de la llegada de *Huitzilopochtli* y de los *aztecas* a *Chapultepec*, lo comunicó a *Copil* y éste comenzó a recorrer los pueblos, para encender y mover los corazones de todos contra los *mexicanos*, y a incitarlos a que los destruyesen y matasen, a la vez que los señalaba como hombres perniciosos y tiranos belicosos, de malas y perversas costumbres, asegurando tener gran conocimiento de ellos.

Como consecuencia, los pueblos, temerosos y asombrados por las nuevas tan espantosas, se negaron a admitir semejante gente y resolvieron cercarlos y matarlos, sin dejar uno solo, para lo cual se conjuraron todas las ciudades comarcanas de *Azcapotzalco* y de *Tacuba*, *Coyoacán* y *Xochimilco*, *Colhuacán* y *Chalco*.

Viendo el malvado *Copil* que su juego ya había surtido el efecto buscado, subióse a un cerrillo que estaba al principio de la lagu-

* Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, op. cit.

na, que se llamaba *Tepetzinco*, hoy «Peñón de los Baños», al pie del cual había unas fuentes de agua caliente, conocidas de todos, para aguardar allí el fin de los *mexicanos*, lo que le aseguraría el señorío de toda aquella tierra.

Sin embargo, el dios *Huitzilopochtli*, su tío, conociendo su maldad, había dado aviso a todos los *mexicanos*. Antes de que los enemigos los cercasen, los sacerdotes debían ir al cerro portando al dios o a su efigie, matar a *Copil* y sacarle el corazón. Así, uno de sus sacerdotes, que se llamaba *Cuauhcóhuatl*, tomó la efigie de *Huitzilopochtli* a cuestas y se fueron al cerro, capturando a *Copil* desprevenido. Después de matarlo, le sacaron el corazón y se lo presentaron al dios *Huitzilopochtli*, quien mandó que su sacerdote, metido en el tular, lo arrojase en medio de éste con la mayor fuerza que pudiese. El corazón fue a caer a un lugar que ahora llaman *Tlalcocomolco*, del cual dicen que nació el tunal donde después se edificó la ciudad de *México*. También dicen que luego que *Copil* fue muerto, surgieron en ese sitio las fuentes de agua caliente, que todavía existen y que se llaman *Copilco*, «agua de Copil».



Técpatl, el cuchillo de sacrificio (Códice Borbónico).

EL ÁGUILA EN EL NOPAL*

Azteca

Cuaucóhuatl y *Axolohua* fueron pasando por el lago y vieron mil maravillas allí entre las cañas y las juncias.

El mandato que les había dado *Huitzilopochtli* a ellos, que eran sus guardianes, sus *teomamas*, había sido el siguiente:

—En donde se tienda la tierra entre cañas y entre juncias, allí se pondrá en pie y regirá *Huitzilopochtli*.

Así, por su propia boca, les había hablado y dado esta orden.

Y ellos vieron en el lago: sauces blancos, cañas blancas, juncias blancas y también ranas blancas, peces blancos, culebras blancas.

Vieron después una cueva: cuatro rocas la cerraban. Una, la que daba al oriente, se agitaba sola, sin ser movida por el agua.

La segunda roca de la cueva miraba al norte: de ella salía agua azul verdosa, que parecía de esmeraldas.

Cuando los sacerdotes vieron esto, se pusieron a llorar.

—¿Aquí ha de ser entonces?

Es que estaban viendo lo que les había dicho, lo que les había ordenado *Huitzilopochtli*:

—Habéis de ver muchas maravillas entre cañas y entre juncias.

—¡Ahora las estamos mirando —se decían— y es admirable! ¡Cuán verdadero fue el dicho, bien se realizó su orden!

Mientras estaban sumidos en la contemplación, *Axolohua* fue jalado debajo del agua, pero luego reapareció, diciendo:

—He visto a *Tláloc*. Me ha dicho: «Ahora mi querido hijo

* Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica Mexicáyotl*, en Garibay K., Ángel, *La literatura de los aztecas*, op. cit.

Huitzilopochtli ha llegado a su meta, aquí estará su casa. ¡Pero tendrá que trabajar duramente para que los dos podamos vivir juntos sobre la pirámide!».

Luego los dos fueron a buscar a los *mexicanos* y les dijeron:

—*Mexicanos*, venid, venid a admirar lo que hemos descubierto. Hablemos con *Huitzilopochtli*, él nos dirá qué debemos hacer.

En seguida se dirigieron a *Temazcatitlan* y allí se detuvieron. Por la noche, el sacerdote *Cuauhtlaquezqui*, que era el mismo dios *Huitzilopochtli*, dijo:

—*Cuahcōhuatl*, ¿habéis visto allí todo lo que hay entre cañas y juncias? ¡Aún resta otra cosa que no habéis visto todavía! Es un nopal salvaje y sobre él hay un Águila que está enhiesta. Allí come, allí se peina las plumas. Con eso quedará contento vuestro corazón: ¡allí está el corazón de *Copil*, que tú fuiste a arrojar donde el agua hace giros y más giros! Pero allí donde fue a caer, en aquella cueva entre cañas y juncias que habéis visto, ¡del corazón de *Copil* ha brotado ese nopal salvaje! ¡Y allí estaremos y regiremos: allí esperaremos y daremos el encuentro a toda clase de gentes! Nuestros pechos, nuestra cabeza, nuestras flechas, nuestros escudos, allí les haremos ver: ¡a todos los que nos rodean los conquistaremos! ¡Allí levantaremos nuestra ciudad de *Tenochtitlán*! ¡En el sitio donde el Águila grazna, en donde abre las alas, en el sitio donde come y en donde vuelan los peces, donde las serpientes silban! ¡Allí estará *México-Tenochtitlán*!

—Muy bien, mi señor sacerdote. ¡Vamos a hacer que lo oigan mis padres todos juntos!

Entonces *Cuahcōhuatl* mandó reunir a los ancianos y les dio a conocer las palabras de *Huitzilopochtli*.

Después de oírlas, los *mexicanos* fueron de nuevo a la orilla de la cueva, entre las cañas y las juncias.

Llegaron finalmente al sitio donde se levantaba el nopal salvaje y vieron de pie al Águila. Estaba comiendo y echaba a la cueva los restos. Y cuando el Águila vio a los *mexicanos* se inclinó profundamente.

Y el Águila veía desde lejos.

Su nido y su asiento era de cuantas finas plumas hay: de azulejos, de aves rojas y de quetzal.

También vieron allí cabezas, patas y huesos de aves preciosas tendidos por tierra.

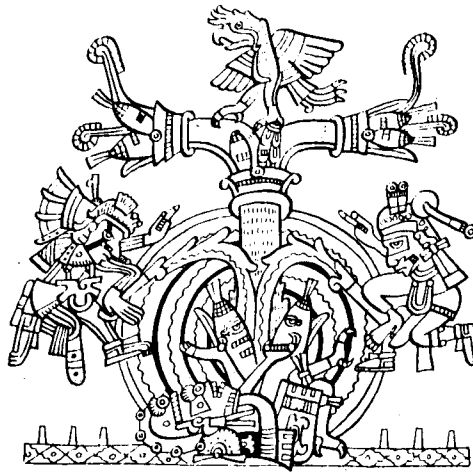
Les habló el dios nuevamente y así les dijo:

—¡Ah, *mexicanos*: aquí es! ¡México es aquí!

Y aunque no veían quién les hablaba, se pusieron a llorar y exclamaron:

—¡Felices nosotros, dichosos al fin: hemos visto ya dónde ha de ser nuestra ciudad! ¡Vamos a reposar ya aquí!

En el año *2-técpatl*, «dos pedernal», levantaron la pirámide donde rendían culto a *Huitzilopochtli* y *Tláloc*.



Fundación de México-Tenochtitlán (Códice Durán).

RETORNO A AZTLÁN*

Azteca

Viéndose *Moctezuma* el Viejo¹ tan gran señor y en tanta gloria y con tantas riquezas, resolvió averiguar en qué lugares habían habitado sus antepasados y cómo era *Chicomóztoc*, donde estaban aquellas siete cuevas de las que las historias de los *mexicanos* hacían tan particular relato. A tal fin hizo llamar al *cihuacóatl Tlacaélel*² y le dijo:

—He determinado juntar mis valientes hombres y enviarlos bien aderezados y preparados con gran parte de las riquezas que el dios de lo creado y señor por quien vivimos, del día y de la noche, nos ha dado, para que las ofrezcan allí y las den a quienes hallaren en aquellos lugares. También tenemos noticia de que *Coatlicue*, la madre de nuestro dios *Huitzilopochtli*, quedó con vida. Puede ser que aún no haya muerto y, en tal caso, han de ofrendarle lo que llevan y contarle, para su gozo, lo que su hijo ha ganado con la fuerza de su brazo, pecho y cabeza.

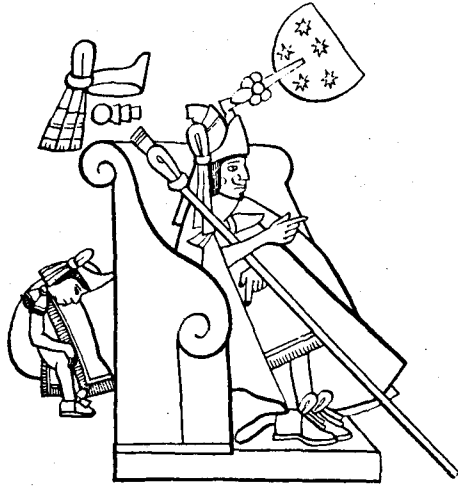
Tlacaélel le aconsejó no mandar guerreros a esa empresa, sino hombres sabios que, con sus conocimientos, descubriesen mejor el lugar misterioso.

Moctezuma, considerando el buen consejo de *Tlacaélel*, acordó

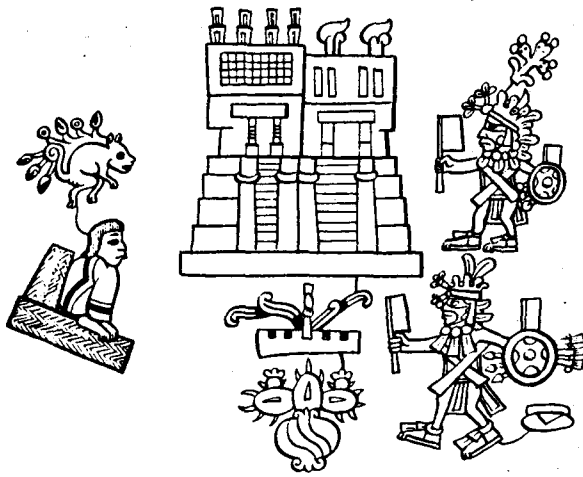
* Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, op. cit.

¹ *Moctezuma* el Viejo: el quinto de los *tlatoanis* aztecas, que gobernó entre 1440 y 1464. Cuando los españoles llegaron, este cargo lo ocupaba *Moctezuma* el Joven.

² *Cihuacóatl*: literalmente «mujer serpiente», la máxima autoridad en el gobierno interno del pueblo *azteca*, mientras que el *tlatoani* se ocupaba preferentemente de las relaciones con el exterior. Este puesto fue desempeñado por *Tlacaélel* durante el mandato de tres *tlatoanis*, desde 1427 hasta 1480.



Moctezuma, el «Viejo», y el cihuacóatl Tlacaélel (en León-Portilla, Miguel, Los antiguos mexicanos, FCE, México, 1970).



México-Tenochtitlán (Códice Telleriano-Remensis).

hacer venir al historiador real, un anciano de nombre *Cuauhcoátl*, y le dijo:

—Padre anciano, quería saber qué recuerdo tienes en tu historia de *Chicomóztoc*, «las siete cuevas» donde habitaron nuestros antepasados padres y abuelos, y del lugar donde habitó nuestro dios *Huitzilopochtli* y de donde sacó a nuestro pueblo.

—Poderoso señor, lo que yo, tu indigno siervo, sé de lo que me preguntas es que nuestros padres moraron en un feliz y dichoso lugar que llamaron *Aztlán*, que quiere decir «blancura». Allí, en medio del agua, se levantó un gran cerro que llamaban *Colhuacán*, porque tiene la punta algo retorcida hacia abajo. En este cerro había unas bocas o cuevas donde habitaron nuestros padres y abuelos durante muchos años. Allí tuvieron mucho descanso bajo el nombre de *Mexitin* y *Azteca*. Allí gozaron de gran cantidad de patos de todo género, de garzas, de cuervos, de gallinas de agua y de gallaretas. Gozaron del canto y de la melodía de los pajarillos de cabezas coloradas y amarillas, gozaron de muchas diferentes especies de pescados; gozaron de la frescura de las arboledas que había en las riberas y de las fuentes cercadas de sauces, de sabinas y de alisos grandes y hermosos. Andaban en canoas y hacían camellones³ en que sembraban maíz, chile, tomate, bledo, frijoles y todas las semillas que trajeron y que ahora comemos. Pero después de que salieron de allí a la tierra firme y dejaron aquel deleitoso lugar, todo se volvió contra ellos: las hierbas mordían, las piedras picaban, los campos estaban llenos de abrojos y de arbustos. Grandes jarales y espinos les impedían el paso y no tenían dónde sentarse ni dónde descansar. Todo estaba lleno de víboras, culebras y sabandijas ponzoñosas, y de pumas, jaguares y otros animales que les eran perjudiciales y dañosos. Esto es lo que dejaron dicho nuestros antepasados y lo que tengo escrito en mis historias antiguas, y ésta es la relación que de lo que me preguntas, poderoso señor, te puedo contar.

³ camellones: sementeras.

El señor respondió que, efectivamente, era verdad lo que decía, pues *Tlacaélel* daba la misma versión. Luego mandó que llamasen y buscasen por todas las regiones a los sabios que se pudiesen hallar. Ante él fueron traídos sesenta hombres y gente anciana, a quienes les dijo:

—Padres ancianos, quiero saber dónde está el lugar del cual salieron los *mexicanos* y qué tierra es aquella y quién la habita, y si está viva la madre de nuestro dios *Huitzilopochtli*. Por lo tanto, preparaos para ir allá en la mejor forma que os fuere posible y en el tiempo más breve.

Luego mandó sacar gran cantidad de mantas de todo género, de vestiduras de mujer, piedras ricas de oro y joyas muy preciosas, cacao, *teonacaztli*⁴, algodón, rosas negras en gran cantidad y plumas de mucha hermosura, las mejores y más grandes —en fin, de todas las riquezas de sus tesoros lo mejor y más precioso—, y lo entregó a aquellos hombres, dándoles sus mantas y pagas para que lo hiciesen con el mayor cuidado, y mucha comida para el camino.

La comisión partió y al llegar a un cerro llamado *Coatépétl* todos se pusieron los ungüentos sagrados y juntos hicieron invocaciones a *Huitzilopochtli*, para que les mostrase el lugar donde sus padres habían vivido. Sus ruegos fueron atendidos y el dios llevó a los sabios, que se habían convertido en aves, pumas, jaguares, coyotes y otros animales, al sitio en cuestión.

Llegados a una laguna grande, en medio de la cual estaba el cerro *Colhuacán*, ya en la orilla recobraron la forma de hombres que antes tenían y vieron algunas personas que andaban en canoas, ocupados en pescar y en otras tareas. Los llamaron y la gente de la tierra, al ver desconocidos que hablaban su misma lengua, se acercaron con las canoas a averiguar lo que querían:

—¿De dónde venís? —preguntaron.

—Señores, nosotros somos de *México*. Hemos sido enviados

⁴ *teonacaztli*: flor que se añadía al cacao.

por nuestros señores para buscar el lugar en donde habitaron nuestros antepasados.

—¿A quién tenían por dios? ¿Quién los guiaba?

—Su dios y guía era *Huitzilopochtli*. Por eso, nuestro señor *Moctezuma* y el *cihuacóatl Tlacaélel* nos han enviado a buscar a su madre, *Coatlicue*, además de *Chicomóztoc*, «las siete cuevas». Si ella está con vida debemos entregarle algunos presentes. Si no, se los daremos a sus servidores.

Entonces les mandaron esperar y fueron a hablar con el servidor de la madre de *Huitzilopochtli*, llevándole la noticia.

—Sean bienvenidos. Traedlos acá —dijo el anciano.

Luego volvieron con sus canoas y llevaron a los sabios y todo lo que éstos traían al cerro *Colhuacán*, del cual dicen que de la mitad para arriba es de una arena muy fina, de modo que no se puede subir por ser muy resbalosa. Entrando en la casa que el anciano tenía al pie del cerro, lo saludaron con mucha reverencia y dijeron:

—Venerable anciano y señor, somos tus siervos. Hemos venido al lugar donde es obedecida tu palabra y reverenciado el hálito de tu boca.

—Sed bienvenidos, hijos míos. ¿Quién os envió acá?

—Señor, nos envía *Moctezuma* y el *cihuacóatl Tlacaélel*.

—¿Quiénes son *Moctezuma* y *Tlacaélel*? Esos nombres no son de acá, porque los que se fueron de aquí se llamaban *Tezacátetl*, *Acacitli*, *Ocelopan*, *Aatl*, *Xomímitl*, *Auéxotl*, *Huicton* y *Tenoch*. Estos eran siete varones y estos siete iban como caudillos de cada linaje. Además fueron cuatro sacerdotes de *Huitzilopochtli*, maravillosos, cuyos nombres eran *Cuauhtloquetzqui* y *Axolohua* y otros dos.

—Señor, te confesamos que no conocemos ya a esos señores, ni los hemos visto, pero los hemos oído nombrar alguna vez.

—¡Oh Señor de lo creado! ¿Pues cómo han muerto? En este lugar estamos vivos todos los que ellos dejaron, ninguno ha muer-

to. ¿Quiénes son los que viven ahora? —preguntó el anciano espantado y admirado.

—Los nietos de los que has nombrado, señor.

—¿Quiénes son los sacerdotes y servidores de *Huitzilopochtli*?

—Un gran sacerdote de nombre *Cuauhcóatl*, a quien le habla y da a conocer su voluntad.

—¿Lo visteis vosotros ahora cuando partisteis? ¿Os dijo algo? —preguntó el anciano.

—No, señor. Solamente hemos visto a nuestro señor *Moctezuma* y al *cihuacóatl Tlacaélel*.

—¿No avisará cuándo ha de volver? Acá dejó dicho a su madre que él volvería y está la pobre hasta el día de hoy en espera, tan triste y llorosa que no hay quien la consuele. ¿No sería conveniente que la vierais y le hablarais?

—Señor, nuestros señores le mandan presentes a la gran señora y nos han encargado que la viésemos, la saludásemos y se los diésemos a ella misma, para que tuviera conocimiento de las riquezas de que goza su hijo —respondieron los sabios *mexicanos*.

—Venid conmigo —les dijo el servidor.

Los *mexicanos* tomaron los presentes y siguieron al viejo, el cual empezó a subir por el cerro con ligereza y sin pesadumbre, mientras ellos iban tras él por la arena, con gran dificultad y trabajo. El viejo, volviendo la cabeza, vio que la arena les llegaba casi hasta la rodilla y que no podían subir. Entonces les dijo:

—¿Qué os pasa? ¿No subís? Daos prisa.

Al querer seguirlo más velozmente, se quedaron metidos y atascados en la arena hasta la cintura y, no pudiendo moverse, dieron voces al viejo, que marchaba con tanta presteza que parecía que no tocaba la arena. Éste se volvió y preguntó nuevamente:

—¿Qué os ha pasado *mexicanos*? ¿Qué os ha hecho tan pesados? ¿Qué coméis allá en vuestras tierras?

—Señor, comemos los alimentos que allá se producen y bebemos cacao —le respondieron asombrados.

—Hijos, lo que coméis y bebéis os tiene lentos y pesados y no

os deja llegar a ver el lugar donde estuvieron vuestros padres. Todas las riquezas que traéis no las usamos acá, puesto que vivimos en pobreza y llaneza. Dejadlas acá y quedáos que yo llamaré a la señora de estas moradas, madre de *Huitzilopochtli*, para que la veais.

Tomando sobre los hombros una carga de las que portaban los *mexicanos*, la subió como si se tratara de paja y volvió por las otras, llevándolas con gran facilidad.

Cuando había subido todo lo que los *mexicanos* traían, salió una mujer, de avanzada edad según revelaba su aspecto, y la más fea que se puede pensar e imaginar. Traía la cara tan negra y llena de suciedad que parecía cosa del infierno. Lloraba amargamente y les dijo a sus visitantes:

—Sed bienvenidos, hijos míos. Habéis de saber que después de que se fue de este lugar nuestro dios y mi hijo *Huitzilopochtli* estoy sumida en la tristeza, esperando su regreso. Desde aquel día no me he lavado la cara, ni peinado mi cabeza, ni mudado mi ropa. Este luto y tristeza durará hasta que él vuelva. ¿Es verdad, hijos míos, que os enviaron señores de aquellos siete linajes que llevó de aquí mi hijo?

Ellos alzaron los ojos y, viendo una mujer tan abominable y fea, llenos de temor se le humillaron y dijeron:

—Grande y poderosa señora, a los señores de los linajes no los vimos ni nos hablaron. El que nos envió acá es tu servidor el señor *Moctezuma* y el *cihuacóatl Tlacaélel*, para que buscáramos el lugar donde habitaron sus antepasados y te viéramos y besáramos las manos de su parte. Que sepáis cómo él rige la gran ciudad de *México*. Y para que conozcáis su riqueza te envía estas cosas y presentes, que son los bienes de tu hijo *Huitzilopochtli*, el cual con su brazo, pecho, cabeza y corazón los ha obtenido. Esto nos concedió el señor de lo creado, del día y de la noche, y con esto damos fin a nuestras razones.

Ya algo aplacada de su llanto, ella les dijo:

—Sea enhorabuena, hijos míos: yo os lo agradezco. Pero de-



Coatlicue, la Diosa Madre (Escultura monumental. Museo Nacional de Antropología de México).

cidme, ¿las ropas de mi hijo son de la manera que muestran estas mantas y plumas tan ricas?

—Sí, señora —respondieron los sabios—. Así se viste y se adreza, con esos ricos atavíos, porque es el señor de todo.

—Está bien, hijos. Mi corazón queda sosegado, pero decidle que tenga lástima de mí y del gran trabajo que sin él paso. Miradme cómo estoy, en ayuno y penitencia, por su causa. Seguramente se acordará de lo que me dijo al partir: «Madre mía, no tardaré mucho. Regresaré en cuanto lleve a estos siete linajes a la tierra que les ha sido prometida y en donde han de habitar y poblar. Cumpliré así los años de peregrinación que me están señalados, durante los cuales tengo que hacer guerra a todas las regiones, ciudades, villas y lugares, para sujetarlos a mi servicio. Pero, del mismo modo que los gane me los han de quitar, volviéndolos a ganar gentes extrañas que me han de echar de aquella tierra. Entonces regresaré a este lugar, porque aquellos a quienes yo sujete con mi espada y rodela, esos mismos se han de volver contra mí y han de echarme cabeza abajo, y yo y mis armas rodaremos por el suelo. En ese momento, madre mía, se habrá cumplido mi tiempo y vendré huyendo a refugiarme en vuestro regazo. Hasta entonces no debes tener pena. Pero lo que os suplico es que me deis dos pares de sandalias, uno para ir y otro para volver».

Coatlicue continuó hablando así:

—Entonces yo le dije: «Hijo mío, id pues en buena hora y no os detengáis sino para venir cuando se cumpla ese tiempo que decís». Me parece, hijos míos, que él se debe hallar bien allá, puesto que se quedó y no se acuerda de su pobre madre, ni la busca, ni le hace caso. Por eso yo os mando que le digáis que ya se está cumpliendo el tiempo y que regrese pronto. Y para que se acuerde que deseo verlo y que soy su madre, dadle esta manta de henequén y este braguero del mismo material para que se lo ponga.

Los mensajeros tomaron la manta y el braguero y volvieron a descender del cerro. Estando en la falda del mismo, la vieja empezó a llamarlos nuevamente y les dijo:

—Esperad un momento y veréis cómo en esta tierra nunca envejecen los hombres. ¿Véis viejo a mi servidor? Pues dejadlo descender y veréis qué joven llega adonde vosotros estáis.

El anciano empezó a descender y, cuanto más bajaba, más joven se iba volviendo. Cuando estuvo junto a ellos era un mancebo de veinte años y les dijo:

—Habéis de saber, hijos, que este cerro tiene la virtud de rejuvenecer. El que ya es viejo y quiere rejuvenecer, sube hasta donde le parece y vuelve de la edad que desea. Si pretende volver muchacho sube hasta arriba, si quiere volver mancebo, hasta un poco más arriba de la mitad, y si de buena edad, hasta la mitad. Por eso están vivos todos los que dejaron vuestros padres. Ninguno ha muerto, pues rejuvenecemos cuando queremos.

Para que los mensajeros no se fueran con las manos vacías, mandó traer de todos los géneros de patos, ánsares, garzas, aves y peces que se criaban en la laguna y de todas las legumbres y rosas que en aquella tierra se daban. Haciendo grandes sartas con las flores se las dio junto con dos mantas de henequén y dos bragueiros, uno para el señor *Moctezuma* y otro para *Tlacaélel*, diciéndoles le perdonasen que no tuviera otra cosa para enviarles, y con esto los despidió.

Los mensajeros tomaron los regalos, se convirtieron en animales, como lo habían hecho antes, y regresaron en esta forma al cerro *Coatépetl*. Después de haber recuperado allí su aspecto humano, volvieron a *México* para informar a *Moctezuma* de todo lo que habían visto y oído.

PRESAGIOS SOBRE LA CONQUISTA*

Azteca

Primer presagio

Diez años antes de venir los hombres de Castilla, se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraba como si estuviera goteando, como si estuviera punzando en el cielo.

Ancha de asiento, angosta de vértice. Bien al medio del cielo, bien al centro llegaba, bien al cielo estaba alcanzando.

Y de este modo se veía, allá en el oriente se mostraba y así llegaba hasta la medianoche. Estaba aún en el amanecer, entonces la hacía desaparecer el sol.

Y en ese tiempo pudo verse durante un año. Comenzó en el año 12-*calli*, «doce casa».

Cuando se mostraba había alboroto general: todos se daban palmadas en los labios, estaban azorados, hacían interminables comentarios.

Segundo presagio

Sucedió aquí en *México*. Por su propia cuenta se abrasó en llamas, se prendió fuego espontáneamente el templo de *Huitzilopochtli*. Se llamaba su sitio divino, el sitio denominado *Tlacatecan*, «Casa de mando».

* *Informantes de Sahagún*. Códice Florentino, en León Portilla, Miguel, *El reverso de la conquista*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1974.

Ardieron las columnas. Salieron las llamas de fuego, las lenguas de fuego, las llamaradas de fuego.

Rápidamente consumió el fuego todo el maderamen del templo. Al momento hubo un vocerío estruendoso. Decían: «¡Mexicanos, venid de prisa, apaguemos el fuego! ¡Traed vuestros cántaros!...».

Pero cuando le echaban agua, cuando intentaban apagarlo, sólo se enardecía, flameando más. No pudo apagarse, del todo ardió.

Tercer presagio

Un templo fue herido por un rayo. Sólo de paja era: en donde se llama *Tzomolco*, «en el cabello mullido». Se trataba del templo de *Xiuhtecuhtli*. No llovía recio, sólo lloviznaba levemente. Así, se tuvo por presagio. Decían de este modo: «No más fue golpe de Sol». Tampoco se oyó el trueno.

Cuarto presagio

Cuando aún había sol, cayó un fuego dividido en tres partes. Apareció por donde el sol se pone e iba derecho hacia donde sale. Como si fuera brasa, iba cayendo en lluvia de chispas. Larga se tendió su cauda; lejos llegó su cola. Y cuando fue visto hubo gran alboroto: como si estuvieran tocando cascabeles.

Quinto presagio

Hirvió el agua, el viento la hizo alborotarse. Como si se agitara con furia, como si se rompiera en pedazos al revolverse. Fue su impulso muy lejos, se levantó muy alto. Llegó a los fundamentos de las casas; y derruidas las casas, se anegaron en agua. Eso fue en la laguna que está junto a nosotros.

Sexto presagio

Muchas veces se oía a una mujer que lloraba. Iba gritando por las noches. Andaba dando grandes voces:

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

Y a veces decía:

—Hijitos míos, ¿a dónde os llevaré?

Séptimo presagio

Muchas veces se atrapaba, se recogía algo con las redes. Los que trabajaban en el agua atraparon cierto pájaro ceniciento, parecido a una grulla. Luego lo llevaron a que lo viera *Motecuhzoma*, en la «Casa de lo Negro», la casa del estudio mágico.

Había llegado el sol a su apogeo, era el mediodía. Había algo como un espejo en la mollera del pájaro, como rodaja de huso, en espiral: era como si estuviera perforado en el medio.

Allí se veía el cielo, las estrellas, el Mastelejo. Y *Motecuhzoma* lo tuvo a muy mal presagio, cuando vio las estrellas y el Mastelejo.

Pero cuando miró por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allá, en lontananza, como si algunas personas vinieran de prisa, bien estiradas, dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros, y los traían a cuestras unos animales como venados.

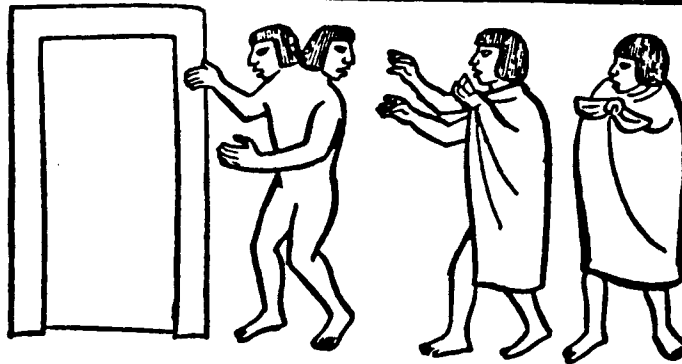
Al momento llamó a sus magos, a sus sabios. Les dijo:

—¿No sabéis qué es lo que he visto? ¡Unas como personas que están en pie y agitándose!

Ellos, queriendo dar una respuesta, trataron de ver, pero desapareció todo.

Octavo presagio

Muchas veces se mostraban a la gente hombres deformes, personas monstruosas, de dos cabezas, pero con un solo cuerpo. Las llevaban a la «Casa de lo Negro», se las enseñaban a *Motecuhzoma*. Cuando las había visto, luego desaparecían.



Presagios funestos (Códice Florentino).

LA DESTRUCCIÓN DE MÉXICO-TENOCHTITLÁN*

Azteca

Y todo esto pasó con nosotros.
Nosotros lo vimos,
nosotros lo admiramos.
Con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.

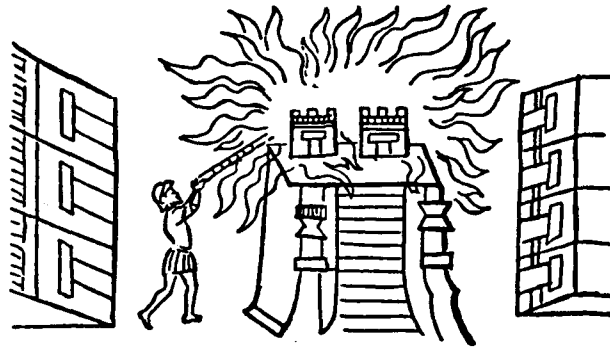
* Ms. *Anales de Tlatelolco* (1528), en León-Portilla, Miguel, *Visión de los vencidos*, UNAM, México, 1976.

Hemos comido palos de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
piedra de adobe, lagartijas,
ratones, tierra en polvo, gusanos...

Comimos la carne apenas,
sobre el fuego estaba puesta.
Cuando estaba cocida la carne,
de allí la arrebataban,
en el fuego mismo, la comían.

Se nos puso precio.
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.

Basta: de un pobre era el precio
sólo dos puñados de maíz,
sólo diez tortas de mosco;
sólo era nuestro precio
veinte tortas de grama salitrosa.



Incendio de la ciudad de México-Tenochtitlán (Informantes de Sahagún).

ÍNDICE

PRÓLOGO de Mario Valotta	5
LA CREACIÓN DEL MUNDO. <i>Tolteca-Azteca</i>	31
CÓMO SE HIZO LA TIERRA. <i>Tolteca-Azteca</i>	34
LOS CUATRO SOLES. <i>Tolteca</i>	36
LOS SOLES Y LOS ALIMENTOS. <i>Tolteca-Azteca</i>	38
EL LEVANTAMIENTO DEL CIELO. <i>Tolteca-Azteca</i>	40
LA APARICIÓN DEL SOL Y LA LUNA. <i>Tolteca</i>	42
RECONSTITUCIÓN DE LOS SERES HUMANOS. <i>Tolte- ca</i>	47
EL ORIGEN DE LAS PLANTAS ALIMENTICIAS. <i>Tolte- ca</i>	50
LA INVENCION DEL PULQUE. <i>Tolteca-Azteca</i>	52
XIUHNEL, MIMICH Y LA CAZA. <i>Tolteca-Azteca</i>	55
LOS TRECE CIELOS. <i>Tolteca-Azteca</i>	57
EL MÁS ALLÁ. <i>Tolteca-Azteca</i>	59
EL TLALOCAN. <i>Tolteca-Azteca</i>	62
LA MIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS NAHUAS. <i>Tolteca- Azteca</i>	64
NACIMIENTO Y JUVENTUD DE QUETZALCÓATL. <i>Tolteca</i>	72
EL FLORECIMIENTO TOLTECA. <i>Tolteca</i>	75
QUETZALCÓATL Y EL ESPEJO. <i>Tolteca</i>	79
TENTACIÓN Y CAÍDA DE QUETZALCÓATL. <i>Tolteca</i>	81
EL SACRIFICIO DE QUETZALCÓATL. <i>Tolteca</i>	86
LA DECADENCIA DE LOS TOLTECAS. <i>Tolteca</i>	89
EL CASTIGO DE LOS DIOSES. <i>Tolteca</i>	94

LA PROFECÍA DE QUETZALCÓATL. <i>Tolteca-Azteca</i>	96
EL NACIMIENTO DE HUITZILOPOCHTLI. <i>Azteca</i>	98
LA PEREGRINACIÓN AZTECA. <i>Azteca</i>	101
VISIÓN PRODIGIOSA DE MÉXICO. <i>Azteca</i>	108
EL CORAZÓN DE COPIL. <i>Azteca</i>	111
EL ÁGUILA EN EL NOPAL. <i>Azteca</i>	113
RETORNO A AZTLÁN. <i>Azteca</i>	116
PRESAGIOS SOBRE LA CONQUISTA. <i>Azteca</i>	126
LA DESTRUCCIÓN DE MÉXICO-TENOCHTITLÁN. <i>Azteca</i>	130